



JOAQUIN GUTIERREZ

# PUERTO LIMON











**PUERTO LIMON**





**JOAQUIN GUTIERREZ**

# **PUERTO LIMON**

**SEXTA REEDICION**



**Editorial Costa Rica**  
**San José**  
**1985**

CR863.4

G984p      Gutiérrez, Joaquín, 1918—  
                Puerto Limón / Joaquín Gutiérrez. — San Jo-  
                sé: Editorial Costa Rica, 1985.  
                p. 184

ISBN 9977-23-148-6

1. Novela costarricense. I. Título.

DGB/PT

84-136

(c) Joaquín Gutiérrez.  
Editorial Costa Rica 1981

Impreso en Costa Rica. Hecho el depósito de ley.



*A Elena*

*A Carmen Lyra*

*viva, conmigo, hasta mi muerte.*



## MIRANDO Y MIRANDO

Nací junto al mar  
y con sus juguetes aprendí a jugar.

Todo como un cuento:

nací junto al mar  
en un <sup>sleepy</sup>puerto chico, sucio y soñoliento  
un día en que el viento  
corría <sup>out of breath</sup>sin aliento

sobre el tajamar. - <sup>cutwater</sup> (pier, bridge, jetty)

Nací junto al mar

en Puerto Limón

y aún hierva su <sup>juice</sup>zumo en mi corazón

y aún canta su espuma en mi paladar. <sup>palate</sup>

Mi madre, rosario, <sup>rosary</sup>

mi padre, finquero, <sup>farmer</sup>

<sup>well-mannered</sup>Bonachón y austero

—padre y compañero—

ella, <sup>sewing</sup>costurero,

misa y relicario.

Del viejo y la vieja

fui negra la <sup>sheep</sup>oveja,

pero ellos darían todo el mundo entero

por su <sup>rope</sup>perdulario.

Entre mis abuelos los tengo franceses,

un <sup>Basque</sup>vasco <sup>rook</sup>peñasco y dos irlandeses,

y entre mis abuelas una india limeña,



*Jour-d'agréable*

una sefardita y una agria extremeña  
siempre en mecedora, mal de los meniscos, *rocking chair* = abad knee? or  
avara en bombones y rica en pellizcos. *choclates* *pinches* = rich in a nimia  
Entre todos ellos me criaron rezando *praying*  
(no grite!, no corra!) y de vez en cuando  
un clarín sonoro, *flecting, yearning*  
un recuerdo ardiente, fugaz, anhelante:  
lo que me contaba mi abuelo Teodoro  
que fue comunero cuando era estudiante.

*Sparsa*

¿Estudios? Muy malos: inglés, aritmética,  
algo de latín y de apologetica. *tactics of verbal defense*  
¿Y de anatomía? *(esp. religious)*

Lo que poco a poco me enseñó Lucía.

Huir de las aulas hacia los potreros, *classroom*  
pasar días enteros

robando jocotes, *down pour*  
irse cara al viento por los agüaceros  
y alcanzar la luna con los papalotes. *kitts*

Y en forma creciente la vaga conciencia  
de que al otro lado de los textos píos  
desnuda y radiante estaba la ciencia.

Hasta el día caliente de los desafíos *challenge (duel)*

cuando un mano a mano tuve con Jehová:  
—Adiós, Viejo Lindo— le dije resuelto,  
me sentí más alto, más limpio y esbelto  
y cayeron flores del jacarandá.

De todo el colegio saqué sólo un cetro:

mido bien un metro

noventa de altura,

más que un comerciante

trepado en un cura, *hang*

y como soy libre y a nadie le debo

me siento más alto que el Gran Almirante

parado en su huevo. *defiant*

*hipless*

Con la adolescencia los versos: Darío,  
 Heine y Baudelaire, Quevedo y Villón.  
<sup>foisting</sup> Enhebran tercetos,  
<sup>to round off</sup> redondear sonetos,  
 cruzar por los prados cuidando la hierba,  
 ver en cada vaca la <sup>deer</sup> lírica cierva  
 y oír en el río  
 la eterna canción.

Junto a los sonetos los grandes amores,  
 esos, tan eternos, que duran un mes.  
 Te quiero, te quiero, te quiero, te quiero,  
 te quiero al derecho, te quiero al revés, <sup>the right way around</sup>  
 ¡Qué lindo tu traje azul de organdí  
 cuando te besaba como un aguacero  
 con besos de <sup>mint</sup> menta y de <sup>sesame</sup> ajonjolí!

<sup>blow</sup> Y vino el hachazo, se <sup>extinguish</sup> apago Sandino,  
 mataron al noble, al valiente  
<sup>morning</sup> fuego matutino  
 que <sup>bleed</sup> tiñó de rojo todo el Continente.  
<sup>to wiggle the hammer</sup> Gimio Nicaragua, mugían en Chontales  
 los toros, <sup>howl</sup> bramó la sangre patriota,  
 y por toda América, en los <sup>outskirts</sup> arrabales,  
 en las serranías, <sup>mines</sup> minas y <sup>fields (with a t)</sup> trigales  
 juramos por miles <sup>avenge</sup> vengar la <sup>defeat</sup> derrota.

Y así llegó el día del descubrimiento,  
<sup>sample</sup> un folleto <sup>thumb</sup> chico, <sup>clutch</sup> hojeado y <sup>pinch</sup> mugierto:  
 "Recorre un fantasma el mundo" decía,  
 (yo miré <sup>backwards</sup> hacia atrás por ver si venía)  
 y desde aquel día  
 voy con el fantasma seguro y contento.

De pronto dos hijas, como dos <sup>calves</sup> terneros,  
 como dos <sup>calabash trees</sup> guacales

<sup>stars</sup>  
 llenos de luceros,  
<sup>honeyscombs</sup>  
 como dos panales,  
<sup>fig trees</sup>  
 como dos higueras,  
<sup>drizzle</sup> como dos garúas, <sup>meadows</sup> como dos praderas,  
<sup>hammock</sup>  
 como dos hamacas de seda y de lino,  
 como un vaso de agua y un vaso de vino,  
<sup>ladder</sup>  
 una rica y grávida de pensamiento  
 y la otra novia del sol y del viento.

Luego la novela, <sup>doze, snooze</sup>  
 buscar a los hombres en el duermevela  
 de la negra tinta y la hoja blanca,  
 domar la <sup>pile</sup> potranca,  
 asir la centella, <sup>to grasp the sword</sup>  
<sup>spurs</sup>  
 sentir que te clavan espuelas de plata  
 hasta que de pronto, en el cuarto oscuro  
<sup>exorcism (conjuración)</sup>  
 actúa el conjuro,  
<sup>blossoms</sup> <sup>bottle</sup>  
 florece en el frasco de tinta la estrella  
<sup>burst</sup> <sup>bar fire</sup>  
 y estalla la noche como una fogata.

Los viajes, los viajes, <sup>gleam landscape</sup>  
 cosechar auroras, <sup>pick</sup> espigar paisajes:  
<sup>vineyards</sup>  
 vinédos chilenos, cementos bravíos  
<sup>weathered</sup>  
 de Broadway, trigales dorados del Don,  
<sup>name</sup>  
 amansados ríos  
 patriarcas de China,  
 roqueríos de Grecia, pampas de Argentina,  
 todos fuistes míos  
 violenta pasión!

Los viajes, los viajes, <sup>unriddle, rumple, reuse</sup>  
<sup>pick up</sup>  
 empacar los sueños, arrugar los trajes,  
 dejar los amigos, perder los hermanos  
<sup>cover</sup>  
 y en la telaraña de los meridianos  
<sup>home (humble bee)</sup>  
 quedar atrapado como un moscardón.



De allí las nostalgias: ¿dónde están Cristina,  
Sara, Rosalía, Leonor, Catalina?

Aquellas sonrisas, ¿a dónde volaron?  
Los viejos amigos, ¿dónde se escondieron?

Los primeros sueños, ¿cuándo se esfumaron?

¿Dónde están Yolanda, Calufa, Chabela?

¿Por qué no me buscan? Yo estoy esperando  
que toquen mi puerta algún día. ¿Hasta cuándo  
los podré esperar?

Y azul y escondido el eco revela:

es alegre y fina la luz de la estela - *muchos, dulce*  
y *costumbrada* porfiada y negra la rosa del mar.

Y así he caminado mirando y mirando,  
un ojo *hoy, el ojo* entornado y el otro entornando.

Con ambos he visto a Pedro el Herrero,  
a Juan Pescador y a Luis Sabanero, *hoy, el otro*

a María que lava la camisa ajena *of another*  
y a Pablo que labra la tierra de otro  
*muchos (cosas)*  
creyéndola buena.

Por eso es don Pueblo mi único Señor:  
rendirle tributo, mi *mi* orgullo mayor.

Con un ojo he visto la fuerza del viento  
pero con el otro, la del pensamiento.

Con uno he mirado la noche que llora,  
el otro ojo fijo, *con el otro* prendido en la aurora.

Con uno he mirado la rosa marchita,  
con el otro el grano, la fuerza infinita,  
cuanto nos da vida y cuanto nos la quita.

¿Y con cuál has mirado el presente?

Ese lo he mirado con toda la frente.

¿Y con cuál has mirado el camino?

Con el ojo rojo que nada en el vino.

¿Y con cuál has mirado a la amada?  
Con un millón de ojos de sangre embriagada.

Por el ancho mundo mirando y mirando,  
mirando y buscando  
el pájaro ciego,  
el potro de fuego  
y el castillo de oro de la madrugada.

## CAPITULO I

De la penumbra de un rincón —Silvano había ido acostumbrando los ojos a la oscuridad— surgió un grupo de peones que cuchicheaban animadamente. El muchacho miró su <sup>maleta</sup> valija y el paquete con el arma que había dejado junto a la puerta, y pensó que era mejor colocarlos a su lado. Al hacerlo los hombres se rieron. Los miró otra vez. No se habían reído de él . . . quizás.

Comenzó a estudiarlos a hurtadillas: dos de espaldas, sólo las camisas caqui y las matas de pelo apelmazadas, sucias; otro de perfil con la nariz llena de agujeros, como de corcho, y el flaco que dirigía la conversación con mil ademanes vivaces, de ojos tan penetrantes que cada vez que se cruzaron con los suyos lo obligaron a correr la vista.

—Me fui al mejor hotel tentando por encima del pantalón mi rollito de billetes— contaba el peón con un claro dejo nicaragüense. —“¿Quiere un cuarto con baño?”. Pero claro, si eso en Honduras es como sacarse la lotería—. Dio una larguísima chupada al cigarrillo y al volverse a botarlo de un papirotazo estudió de nuevo a Silvano entre cerrando los ojillos. Le brillaron rojizos, como cocuyos. —Subí —continuó su relato—, dejé la alforja en una silla y pregunté por el baño. ¡Si ya olía a perro, chocho!

Silvano se distrajo cuando la negrita que atendía trajo los cubiertos, los desparramó sobre la mesa y se quedó luego mirándolo, con la punta de la lengua, de un color rosa subido, asomada entre los dientes.

—¡Any! —la llamaron de adentro.

El nica proseguía: —Crucé el solar y entré. ¡Ay juemialma!, si se me hace la boca agua de sólo acordarme. Echen cuentas: seis meses



volteando montaña, solo, íngrimo, tan rijoso que de noche tenía que rociármela para poder dormir. ¿Y qué, qué se creen? Pues sí, negro, allí estaba, una cholita con unos ojos achinadillos que se le fruncían del puro gusto de verme. En el centro del baño había un taburete donde me senté y del techo bajaba una canoa por donde dejaban salir el agua. Y ella paradita, con un jabón y un cepillo lista para bañarme. ¿Este es el baño?, le pregunté. “Ajá”, me dijo. ¿Y vos me vas a lavar? “Ajá”. Sólo decía ajá. Así que, ¿me descuero? Ella movió la cabeza de arriba a abajo y yo me deschingué reventando los botones; me senté en el banco, la chola abrió la compuerta y me cayó el chaparrón encima. Entonces comenzó a jabonarme y a frotarme por todos lados con el cepillo, y cuando la agarró con los sobacos se dio tanta maña en hacerme cosquillas que terminé por caerme del banco. Cuando me vio en el suelo se asustó, se corrió a una esquina y allí se quedó quedita, con el resuello agitado, como una venadita encandilada. Bueno, icon decirles que no alcancé a quitarme todo el jabón!

— ¡Carajo!

— No frégues, Paragüitas, no seás mentiroso.

— ¿Por qué mejor no terminamos con esta chingadera de huelga y nos vamos todos a Honduras?

— ¿Y a eso lo llaman cuarto con baño?

Silvano terminó de beber el café, pagó y salió. Al pasar junto a los peones éstos interrumpieron el cuchicheo y sintió clavados en la nuca cinco pares de ojos.

Enfrente, el patio del ferrocarril desierto; los rieles huyendo paralelos y reflejando un sol enceguecedor. Hacía un calor de las once mil vírgenes. Más allá, frente al mercado, tres zopilotes se disputaban una carroña. Parecía un perro. Uno de los buitres había zampado la cabeza y aleteaba furioso tratando de desprenderse.

El burrocar en que debía continuar su viaje a la finca no se veía y era idiota esperarlo bajo ese solazo con los bultos a cuestras. Debía haberlos dejado en el hotel. Se volvió a mirar, pero el grupo de peones había salido y conversaban ahora en la puerta. En ese momento notó que la Jefatura de Policía ofrecía un extraño aspecto con todas las ventanas tapiadas con sacos de arena. No se divisaba a nadie. ¿Dos ojos? No, no eran. Tal vez la cortina de cretona que bailaba con el viento.

La negra venía por los durmientes con una gran batea de pepermín equilibrada sobre la cabeza. Le compró, se echó un trozo entero a la boca para quitarse el amargo del café, y el gusto de la menta le refrescó el paladar. Pronto llegó al río que corría turbulento bajo los graznidos de una bandada de papagayos. Se sentó en la valija y se quedó mirando el correr de las aguas que arqueaban el lomo en la curva y se precipitaban luego contra la herida calcárea que se abría en el flanco del cerro. Pero todo esto lo veía con el pensamiento en blanco, las ideas recortadas contra un telón de fondo iluminado por los relámpagos de la angustia.

En los últimos días todo había transcurrido en forma vertiginosa. El martes había dado su último examen de bachillerato. Biología. Sacó la bolita de la tesis con los dedos temblones: "Las leyes de Mendel".

—"Si encontráramos sustancias químicas que actuaran sobre un gene y no sobre otro, podríamos dirigir a voluntad la herencia y producir en laboratorio especies nuevas..."

Son las dos de la tarde, mitad de verano, calor pegajoso. Uno de los examinadores se suelta el cinturón y se despatarra en la silla. Otro cabecea, ebrio de sueño. Quizás ni lo estén escuchando. Se irrita y continúa endilgando disparates:

—"Así podríamos producir en probeta burócratas, con hermosos ojos azules, incapaces de oxidar el ácido úrico como los monos coludos..."

Sus condiscípulos lo miran con la boca abierta. ¡Qué fastidio!

A la salida un compañero le avisa que lo anda buscando el Rector. Sube corriendo las escaleras, toca y entra. El Rector tiene el cuello entreabierto: a pesar del balcón de par en par el aire está sofocante.

—Silvano —le habla con prosopopeya— su tío lo manda a llamar con urgencia.

—¿Pero por qué?

—Nos envió primero una carta y ahora acaba de llegar un telegrama. Tiene que irse a la finca; allí él lo espera; lo antes posible.

—¿Y no dice cuándo?

—No se inquiete; todo lo hacemos por su bien. Y tome —le entrega un sobre con billetes y una carta—, después los cuenta; allí están las instrucciones.

El quiere alegar, un mal presentimiento se le ha anidado en el corazón, no quiere aceptar, pero las palabras se hacen un bólido girando frenéticas.

—¿Y mi papel en la velada? —balbucea al fin.

—Le buscaremos un reemplazante—. El Rector se pone de pie y se dan la mano, la suya laxa, sin futuro, la otra pedagógica, enérgica.

Sale despacio. ¿Por qué esa precipitación? El no hubiera querido entrar así, de sopetón, en la vida. Un telegrama. ¿Y la comida de despedida? ¿Y el traje azul, cruzado, primero que le hacían sobre medida?

Al entrar al dormitorio del colegio, Huevito, su mejor compañero que está enfermo con ictericia, se incorpora en la cama: —¿Por qué traés esa cara?

—Que me voy mañana. Yo mismo se lo pedí a mi tío. Cuanto antes escapar de esta cárcel—.

Su amigo se encarruja y lo mira triste. Por un instante piensa confiarle que en la carta su tío le encarga un rifle de repetición (una ametralladora, como su imaginación la engrandece) pero, sin saber bien por qué, se sorbe y calla.

—Yo conozco Limón —continúa Huevito—, fuimos una vez con mamá. Por cierto que antes de ver el mar yo creía que era café, como los ríos.

Otro alumno mete la cuchara: —Limón es horrible, mucho mejor Puntarenas.

—Esas son tonterías —salta Silvano—, Limón está todo pavimentado y Puntarenas es sólo un arenal hediondo a mariscos.

Ahora va bajando, su valija al brazo, los anchos escalones. Puede comprar el arma donde Pujol, dice el telegrama que lo desasosiega, frente a la Plaza. Al salir a la calle el corazón se le encoge: han quedado atrás los gruesos muros de adobe, protectores, maternales. Ya no podrá pasearse más por el patio grande, leer a la sombra del añoso ciprés. Ese ha sido su mundo durante largos años; mundo aburrido, pero sin sorpresas; limitado y espeso, pero sin incertidumbres y sin angustias. Va ahora a la deriva por calles que nacen en cualquier parte y terminan quién sabe dónde. Nubes grandes cruzan por el cielo y sombras plumizas discurren aladas sobre el pavimento. El no quería salir así, de sopetón, a la vida. La presente llena de apetitos irresistibles, pronta a abrazarlo y sofocarlo entre sus blandos, enormes y gordos brazos desnudos.



—¿Me da una cerveza?

—¿Qué marca?

No sabe de marcas; no sabe ni siquiera por qué entró en la pulpería. El cantinero insiste:

—¿Tenés veinte años? Mirá que no podemos servirle a menores. Ya el otro día me clavarón una multa.

—Entonces cigarrillos.

—¿De cuáles?

—¡Ah carajo, de cualquiera!

—¿Y para qué me grita?

Abandona la idea de fumar, sale y se recuesta en un poste. Las gentes pasan como marionetas que alguien, escondido, maneja con hilos. Mueven una pierna, la otra. Le inspiran una horrible lástima aunque reconoce que el caso suyo es peor. A él nadie lo espera, nadie lo busca. Está parado en esta esquina pero muy bien podría estar en otra cualquiera. Como un ciego al que dejaran solo en una bocacalle de una ciudad que ignora. Justo, así como un ciego. ¿Y la ametralladora? ¿Para qué? ¿Para qué para qué para qué? Dos mujeres se volvieron a verlo y se sonrieron. Luego un cojo, arrastrándose:

—El gordo, señor, ¿un pedacito? Mire que si se lo saca se puede ir a Nueva York.

Sabemos tan poco, somos tan poco. Pestañas muertas que se detienen unos instantes en las mejillas secas de la eternidad y después siguen cayendo, cayendo interminablemente por quién sabe qué agujero sin fondo. Escucha una música y levanta la vista. Está frente al mismo bar en donde quiso comprar cigarrillos; como tonto le ha dado vuelta en redondo a la manzana.

¿Y si un día parte, da mil vueltas por el mundo, pasan veinte años y una tarde cualquiera se da cuenta de que está de nuevo en la misma esquina y que el mismo altoparlante sigue tocando la misma música?

El cojo lo ha seguido —¿Un pedacito?, señor, la buena suerte. Y todo ¿para qué? ¿Para qué? ¿Para qué? ¿Para qué?

★

★ ★

En el coche del ferrocarril hierven las conversaciones.

—El Gobierno está pegado con saliva.

—¡Qué va!, vos no conocés a don Ricardo.

—Te lo digo por los gringos. Dicen que ya partieron dos cruceros desde la Zona del Canal.

Un chico pasa voceando el diario con las últimas noticias de la huelga.

—Debían barrerlos por lo sano —afirma con voz grave un finquero gordo que se fatiga las polainas con un bejuquillo—. A todos, carajo, a todos.

—Nunca se había visto nada igual.

—No creás, si ya en tiempos de Volio. Siempre habrá envidiosos y agitadores.

—Dicen que tienen mucha dinamita y que están volando los puentes. ¿De dónde la sacarán?

—Los rusos, a lo mejor.

—¿Pero cómo?

—Con submarinos, de esos de bolsillo que se pueden meter por las lagunas del Tortuguero.

El conductor se acerca con la pipa entre los dientes. —Yo que ustedes mejor . . . cuidado con las orejas indiscretas —advierte como quien no quiere, mirando hacia el techo.

Silvano enrojece y en ese momento la locomotora da un sacudón y el tren comienza a mover lentamente sus enormes vértebras con gran estrépito de hierros.

★

★ ★

Salió de sus recuerdos como sale el nadador de la zambullida. Por la orilla del río venía subiendo, con los zapatos en la mano, una mulata. Se miraron al mismo tiempo y la mujer dejó de silbar. La cabellera suelta le chorreaba y el traje mojado se le pegaba a los muslos.

—¿Me viste bañándome?

—No.

—¿Y qué hacés aquí entonces?

—¡Bah! ¿Es que uno no puede sentarse donde le da la gana?

La mujer endulzó el tono: —¿De veras no me viste?

— ¡Que no!, ya le dije.

—¿Y por qué me contestás así? De sobra me podías haber visto. Todo este rato me he estado bañando allí. —Le señaló el pocerón que se desmenuzaba a unos cien metros río abajo.

Por entre las piernas de la mujer él vio el río corriente turbulento y oscuro. Se puso de pie y quedaron frente a frente, casi tocándose. La mujer olía a cacao secándose al sol.

—¿Te enojaste por algo? —dijo ella pasándose la lengua por los labios—. Achará, tan lindo el chiquillo y tan enojón.

El recogió sus bultos y comenzó a alejarse.

—No te vayás, ¿qué apuro tenés?

Siguió lo más rápido que le daban las piernas y, cuando al fin se volvió a mirar, la mujer ya no estaba. Los zopilotes planeaban ahora ahítos, solemnes, bajo la carne azul del cielo y hacía el cerro se alejaba el zangoloteo de la negra de la batea. Se echó otro trozo entero de permín a la boca y en eso vio a un negro que lo llamaba agitando los brazos. Corrió hacia el burrocar y pocos instantes después la mula plomiza partía arrastrando a tirones el pesado carromato.

Todo le resultaba distinto, muy distinto a como se lo había imaginado en las dos fiebradas noches anteriores. Nada alrededor parecía indicar que doce mil peones de las bananeras estuvieran en huelga, en la huelga más importante librada nunca en la historia de los países del Caribe contra la todopoderosa United Fruit Co. Nada sugería la sorda batalla encarnizada bajo aquel cielo azul purísimo. Ciertamente que había visto las ventanas de la Jefatura de Policía tapiadas con sacos de arena, pero en cambio a pocos metros de allí una mujer podía bañarse tranquilamente en el pocerón.

—¿Falta mucho? —preguntó oblicuamente al negro, un viejo con cataratas que se volvió a mirarlo y no le contestó. El repitió la pregunta tocándolo con el codo.

—¿Falta mucho para qué?

—Para que nos saquemos la lotería —dijo entonces disparateando, como siempre que se ponía rabioso.

El negro se encogió de hombros y volvió a latigear a la mula que ya tenía el pelaje grisáceo bañado con los frescos deltas de sangre de las picaduras de los tábanos. Corrían ahora por en medio de un bananal de tiernas hojas verde jade que la brisa mecía suavemente.

Al dar vuelta a una curva los esperaba Héctor Rojas, plantado en mitad de la línea, con el casco tropical echado hacia atrás y dos grandes rodajas de sudor bajo los brazos. Detuvo a la mula con un grito, despidió al negro, ocupó su lugar, restalló el látigo junto a la oreja de la mula y sólo cuando el vehículo tomaba de nuevo velocidad se volvió y le dio la mano a su sobrino.

—¿Me trajiste el rifle?

—Sí, tío, aquí está. ¿Se lo paso?

—No, después. Ahora contame cómo te fue en el bachillerato.

—Bien, tío.

—¿A ver, en qué?

—En biología me saqué tres coloradas—. El ventarrón no dejaba oír.

—¿En geología?

—No, tío, en biología. Bios, vida, el estudio de la vida. ¿Usted no sabía?

No contestó de inmediato y sólo al cabo de unos instantes preguntó con aspereza: —¿Y la muerte, qué? ¿Esa no la estudian?

—¿Cómo, por qué?

—Esa es la que debían estudiar, la vida en cambio se vive y basta. Yo podría ser profesor de eso, de muertología —terminó sonriendo.

Y Silvano comprendió en ese momento que la calma que reinaba entre las hojas tiernas de los banales era la calma engañosa del matorral en donde se esconde la víbora. De súbito se sintió nervioso. —Oiga, tío —dijo sin reflexionar— ¿y por qué no vende la finca?

—¿Que qué?

—Sí, la vende —insistió candoroso— y con la plata se mete en otro negocio, en otra parte, no aquí.

—¿Te parece?

Había ironía en la pregunta pero el muchacho no lo notó.

—Sí, tío, hágalo. Se compra una finca por San Isidro. O por Escasú.

—¿Y qué tiene de malo una finca de banano? ¿Y de dónde crees que hemos sacado para ir viviendo? ¿De dónde crees que he podido pagar tu educación? —Héctor Rojas hablaba con forzada lentitud—. Es muy fácil llegar y decir, ¿pero por qué la voy a vender? ¿Sólo porque unos desgraciados se han declarado en huelga? ¿Sólo por eso?



Entraron al puente y el vendaval les azotó el rostro. Por entre las juntas de los tablones se veía el río corriendo rabioso y achocolatado. La mulata le había dicho que se bañaba desnuda en el pocerón. ¿Sería? Le picó la cabeza y se rascó. Sólo porque unos desgraciados . . . El sol, seguro. Ellos se escapaban de clases y se iban a la poza de Tibás a ver a las muchachas desvestirse, escondidos detrás de unos pedrones.

—¿Y en lo demás?

—¿En lo demás qué?

—¿Cómo te fue en los otros exámenes? Parece que llegaste alorado.

—Ah, bien, bien. En castellano y matemáticas una colorada.

—Yo era bueno para todo menos para matemáticas.

—A mí me gusta más la geometría.

—Así es. Pero después en la vida de muy poco me sirvieron todas las tonterías que me obligaron a aprender de memoria. Los ríos de Asia. ¡Maldito lo que me importan los ríos de Asia y las cotiledóneas! ¿Tienes sed? Yo sí tengo—. Frenó la mula con un cruel tirón de las riendas, frente al comisariato, un destartado caserón que se levantaba sobre pilares podridos a un costado de la línea, y recogiendo el paquete con el arma saltó a tierra.

Adentro, encandilados por el solazo como venían, tuvieron que moverse al principio casi a tientas pues sólo al cabo de unos segundos comenzó a aparecer ante sus ojos el increíble revoltijo de mercaderías que había allí amontonadas. En un rincón un biombo formaba un reservado. De allí llegaban voces.

Don Héctor destapó la cerveza con los dientes y comenzó a beber a pico de botella. Silvano pidió un vaso, pero renunció a usarlo cuando vio que el pulpero lo secaba en su delantal, oscuro de mugre.

—¿Y qué se dice por San José? —preguntó el hombre sonriendo, dos dientes de oro, de medio lado.

—¿Qué se dice de qué?

—No, yo preguntaba por si había voluntad.

Héctor Rojas se encogió de hombros y Silvano le pasó el diario al pulpero quien comenzó a deletrearlo mirando de soslayo hacia el reservado.

Por la puerta del fondo, semioculto por una cortina de gangoche y tapado con trapos, un palúdico tirataba con tanta fuerza que hacía rechinar la tijereta. Frente a él dos niñas, de grandes ojos mansos, lo

miraban compungidas. La más chica estiró una manita como si fuera a tocarlo, pero la otra le dio un codazo que la obligó a retirar el brazo y volverse a mirar en torno, como con miedo.

De pronto una voz, pastosa, atrás, junto a la puerta:

—Hombre, mirá quién está aquí, nada menos que don Héctor Rojas.

Silvano no pudo reprimir un estremecimiento. A contraluz, en el umbral, estaba el mismo peón que en el hotelucho de Siquirres narraba sus aventuras. ¿Sería el mismo? Y si lo era, ¿cómo había podido llegar tan pronto?

El pulpero saludó al recién llegado, y Paragüitas se fue acercando con la mano extendida: —Caramba, don Héctor, ¿no se acuerda de mí? —Miró fugazmente a Silvano y le hizo un leve saludo con la cabeza—. ¿No se acuerda cuando le trabajé de zanjero, allá por la Estrella?

—No, no me acuerdo —dijo el finquero volviéndose a pagar y dejando al otro con la mano extendida.

—Pues qué lástima que tenga mala memoria —continuó el nicaragüense sin darle, al parecer, importancia al desaire—. Yo sí lo recuerdo muy bien. Casualmente el otro día, cuando me mostraron un telegrama suyo . . .

Héctor Rojas giró sobre los talones:

—¿Qué telegrama?

—¡Ah ve!, parece que ahora le interesó.

Los peones que estaban en el reservado fueron saliendo y se extendieron en abanico por toda la pulpería. Un peón viejo se sentó en el mostrador y se saludó con el nica. El cantinero comenzó a retirar las botellas.

—¡Así que hasta eso han llegado, hasta robarse la correspondencia!

—No, don Héctor, si fue sólo una copia la que me mostraron. Y no le eche la culpa al telegrafista. El no fue el que nos la dio.

Un peón alto y encorvado se acercó al nica a pedirle fuego y se quedó a su lado, junto a la puerta.

—¿Y qué se trae ahora entre manos? —dijo don Héctor—, mire que no acostumbro perder el tiempo.

El peón se frotó la quijada flaca con la yema del pulgar y luego, con un movimiento brusco, extendió ambas manos palmas arriba: —Nada. ¿No ve? Sucias, nada más, sucias con tierra.

—¿Así que más encima se las da de gracioso?

—No, don Héctor, si lo que me da es tristeza.

Rojas se volvió a recoger el vuelto y el nica continuó:

—A ustedes nadie los entiende. La United los trata a patadas, igual que a nosotros, pero ustedes siguen creyendo que el enemigo somos nosotros, los peones.

Don Héctor se agachó a recoger el bulto; una vena abultada le cruzaba la frente.

—¿Y eso tan pesado? ¿No será una máquina de coser? dijo el peón que estaba sentado en el mostrador.

—O de bordar.

—¿No quiere que le ayude? —dijo un tercero.

El peón viejo largó una risotada, pero al ver que nadie lo seguía la ahogó rápido en el pañuelo. El cantinero empujaba hacia adentro a las niñas que se habían asomado.

—Mire —dijo Paragüitas con su voz pastosa de siempre—, en Siquirres le podíamos haber quitado eso a su sobrino. Pero preferimos . . .

—¡Quítese!

—Espérese que le diga.

—¡Quíteseme de enmedio, carajo!

Silvano miró a su tío y el aliento se le cortó: don Héctor había sacado el revólver.

—¡Que se quite, le dije!

Seguio la trayectoria de su mirada y vio los zapatos del liniero, de cuero de chanco, color pejivale, cubiertos de barro reseco. Fue entonces ¿Se oyó un grito? ¿Fue un fulgor? ¿Y ese olorcillo acre que le picaba en la nariz? ¿Y por qué giraban los vidrios de colores, las botellas, las ollas, las escobas colgando de mecates? Hubo ojos, también, cejas metálicas, párpados que se abatieron un instante brevísimo, esa resina estomacal súbita ingurgitando y las grandes flores rojas tronchadas en el barro, y todo para qué, señor, explíquemelo, yo tengo que entenderlo, y el peón en el último instante se hizo a un lado y él siguió a la tromba de su tío, pero la voz, como un animalillo con ventosas prendido a la nuca, monótona, cansina:

—Vean que se los advertí, después no se quejen.

Y el largo escalofrío en el espinazo, porque eran capaces de todo; eso sí lo sabía; de eso sí estaba seguro!





## CAPITULO II

Las bestias frente al peligro simulan la muerte para defenderse. Se prende la luz y la chinche se mimetiza sabia, se aplasta astuta. ¿O han visto a la iguana? Al primer disparo myeve imperceptiblemente su cuerpo para que la rama en que está asoleándose le sirva de protección. ¿Y el armadillo? ¿Y el ciempiés?

La imaginación excitada de Silvano ve en la oscuridad, proyectada en cuadrángulo por la ventana hacia la noche, una caja mortuoria. Aunque no son estas macabras premoniciones, que enlaza al vuelo su percepción enervada, las culpables de su terror. Son los dos zapatos, altos sobre el barro reseco pegado a las suelas, retorcidas las punteras, rotos los costurones.

Han transcurrido ya seis horas pero el recuerdo lo tiene vivo aún, como lacre caliente, en la memoria. Al lado de los zapatos se abrió un agujero del tamaño de una moneda pequeña y se levantó una columna minúscula de polvo. ¿Ruidos? Un estrépito, un fulgor, un crujido. ¿Había sido todo producto de su imaginación? La columna diminuta de polvo se convirtió en un minúsculo telón que cayó lentamente. Puertecillas del infierno, tal vez, y aquel silencio, más cercano de la carne que de los oídos.

—Silvano, dejá de hacer temblor con la pierna.

Héctor Rojas habla en vano. Los zapatonos reaparecen en las paredes, en el techo, en la enagua blanca de la cocinera que entra con la sopa.

— ¡Creyeron que era una máquina de coser! —Don Héctor se ríe forzosamente y por primera vez decide terminar la frase: —¿De coser?

Más bien de hacer ojales. Porque eso los hice, miarse en los pantalones. Y vos dejá de hacer temblor con la pierna, te dije.

—Mentira.

—¿Mentira, qué?

Los ojos del finquero se han reducido a dos líneas metálicas.

—Tío, ¿por qué me trajo aquí?

—¿Cómo que por qué? Ya sos bachiller, ¿no es cierto?

—Pero de todos modos. Claro que yo sé que tengo que trabajar en algo, en cualquier parte, en cualquier parte —casi gritando— pero no aquí, no, aquí no!

—¿Y qué querés hacer entonces?

—No sé. No sé. Trate de entenderme. Si me pone atención tal vez me entienda. Usted llegó aquí hace veinte años, entonces aquí no había nada, todo esto era selva virgen y pantanos. Yo eso lo entiendo. Y entiendo también que para usted ésta es la vida misma. Pero para mí no. Trate de entenderme. Pero trate de veras, ¡haga el esfuerzo!

—No tengo que hacer ningún esfuerzo. ¿Qué esfuerzo voy a tener que hacer para entender esa simpleza? —Se levanta con las manos hundidas bajo el cinturón, va hasta la ventana, regresa y se sienta de nuevo frente al plato de sopa. —Lo que pasa es que nacen sin esperanza! Nosotros no éramos así. —Coge la cuchara y se queda con ella en la mano—. ¿Y cuál es esa otra vida que sí te gusta?

—Yo no sabría decirle, tío. Tome en cuenta que los últimos cuatro años los he vivido encerrado en un internado. Yo no conozco la vida.

—Pues ya la irás conociendo.

—Pero no ésta, cualquier otra pero no ésta!

—¿Y cuál vida querés? Decime cuál, a ver si hay alguna manera de arreglarlo.

Era inútil. Un diálogo de sordos. Se convenció y guardó silencio. ¿Cómo explicarle? ¿Cómo convertir en palabras esos grandes espacios apenas iluminados, esa calma sedante, esa armonía? ¿Podría decirle que era una vida en la que nadie tendría que pasar humillaciones, una vida sin violencias innecesarias, sin mezquindades?

—A lo mejor —la voz prepotente vino a sacarlo de sus reflexiones—, ya vos también crees que yo vivo chupándole la sangre a los peones, que todo esto que he hecho con mis propias manos me lo he robado. A lo mejor ya te envenenaron también con esas prédicas...

No, no, no. No era eso. El no creía eso. El estaba seguro de que en ese mundo con el cual soñaba su tío también tendría cabida, pero no el que tenía adelante, sino aquel otro, el de su infancia, el que les enseñaba a nadar en Portete. El que les traía ardillas de la finca. Ese tendría cabida. Todos tendrían cabida. ¿Pero cómo explicárselo? ¿Cómo, si él tampoco lo tenía claro y todo se reducía a un sueño vago, a una luminosidad distante?

—Dale gracias a Dios, muchacho —su tío habló con la boca llena—, de que me pude dominar. Porque mire que venirme con la mano tendida, ese don nadie, nica muerto de hambre, como si yo . . . —Tragó el bocado—. Y ya verás mañana. Porque mañana saco la fruta, pase lo que pase. Que se pudra mi madre si no la saco.

La cocinera entró a recoger los platos y se encontró con las fuentes casi sin tocar. —Tanto esmerarse— protestó con los brazos en jarras—. Una todo el día jodida sopla que sopla esa leña húmeda. Sólo porque de veras, pero les debía dar vergüenza. Si hasta la lora picotea más que ustedes.

Silvano alargó la mano obediente para servirse y el movimiento se le paralizó. Sonó como un lamento lúgubre que se alejó luego rodando por los enormes espacios abiertos de las vegas del río.

— ¡Ay Jesús! —dijo la mujer y se santiguó.

—Sonó por el puente —dijo Silvano, pero con voz tan baja que nadie lo oyó.

Don Héctor escuchaba atento, vuelto hacia la ventana.

—Cualquier borracho en el campamento —dijo la mujer reaccionando—. Es que también, con esas caras de susto con que llegaron hoy ya me tienen a mí también viendo cosas.

Don Héctor fue a asomarse al corredor. Una brisa fresca galopa sobre los cocoteros y hace titilar sus follajes esqueléticos contra la luna; que está saliendo, tres cuartos, rojiza, bordeada de un halo de lluvia. Enfrente la cerca de clavelones, masa parduzca recortada en la sombra; el frío acero de la línea que remonta la loma, y más allá la extensa llanura descubierta.

—Mejor así— dice por fin el finquero como hablando consigo mismo. —Mejor así. Salir de una vez del empacho. Aunque si supieran que todo esto de nada les va a servir, que el mundo está hecho así y así será siempre . . . ¿O creerán que van a quitármelo todo y que les voy a

tener que trabajar de peón? Eso sería gracioso, los peones dueños de la finca y yo de conchero!

—¿Fue de revólver?

—¿Qué?

—El tiro, tío.

—No sé. Seguro el chiricano que salió de cacería aprovechando la luna.

Silvano se volvió a mirarlo y no pudo dejar de sentir respeto al verlo. Magnífico cuello de toro enrojecido por el sol y plantado sólidamente en el tórax robusto. Ya tenía las sienes plateadas, pero el conjunto rebosaba vigor, un vigor saludable y explosivo.

—Buenas noches, tío.

—Sí, está bien, es mejor que te vayás a acostar. Yo voy enseguida.

Ahora se da vueltas y vueltas entre las sábanas, desvelado. La idea vuelve pegajosa, como engrudo, como alquitrán tibio. Pueden venir esa misma noche. "Después no se quejen" había dicho el nicaragüense. Pueden venir y lo pueden matar. La muerte adquiere de pronto una inmediatez escalofriante. Y no se trata de la muerte ajena (aquel muchacho en su motocicleta bajo las ruedas del camión) ahora es la muerte propia la que se cierne sobre sus sueños, (se le había salido un zapato y se le veía el talón roto del calcetín). Y frente a esa idea obsesiva, ¿de qué le puede servir conjurar esa eternidad inmóvil que le promete su religión? ¿De qué le puede servir? ¿Qué esperanza le puede significar ese infinito mar sin olas, cristalizado e inmóvil (la culpa había sido del muchacho, eso lo dijo toda la gente que se arremolinó) bajo una bóveda de silencio y vacío? ¿Y qué lo apegaba tanto a la vida? ¿Acaso no se sabe desvinculado de su ambiente, suelto, como el eslabón suelto de una larga cadena? (¿Además se le parecía, tanto que una señora le había preguntado si era pariente suyo). ¿Acaso no reconoce que aquéllos que para su tío y los de su grupo son pilares fundamentales sobre los que construían sus vidas — el ahorro, formar un hogar, dejar un legado, ser un hombre de provecho— a él le resultaban pequeñeces irrisorias, sin sentido? (Cuando llegó la ambulancia en el asfalto sólo quedó una mancha oscura como un lagarto enrollado). Sabe además que él no podría vivir comprimido dentro de un sofocante mundo de pagarés, intereses e hipotecas, contabilizándolo todo, hasta el idealismo, hasta el menor gesto de generosidad.



Su tío lo acaba de arrancar del mundo de sus libros, de las tardes lluviosas, cristales frescos y la frente apoyada imaginándose paisajes ignorados, sueños imposibles. Lo ha arrancado de allí y lo ha precipitado de bruces, bárbaramente, en aquella realidad infernal. ¿Y todo con qué derecho, con qué?

Sabe que enfrente hay una voluntad colectiva, oscura, abrumadora. Millares de seres anónimos lo están vigilando recelosos desde las sombras, estudiándolo atentos para conocer al que algún día será el futuro patrón, el futuro amo y señor de sus músculos. Y frente a ese enemigo, que él no ha buscado, se sabe, solo, solo en medio de la noche, solo bajo la herida amaranto que dejó un crepúsculo fugaz en un cielo de petróleo, solo junto al mugido del río que se despedaza desde hace millones de años contra las piedras, solo en medio de la naturaleza hostil, solo con su soledad y con su angustia. Está en la tierra de nadie, está entre dos ejércitos que se preparan febriles para un combate decisivo; y lo peor es que esa tierra de nadie acintura ya toda la tierra y que ya no queda un rincón del mundo donde esconderse.

Vendrán, tratarán de vengarse, cumplirán férreos su determinación de hacer triunfar la huelga. Han lanzado la consigna de que no se embarque ni un solo racimo, y su tío ha jurado sacar mañana la corta!

Algo marcha irrefrenable, dentro de su misma cabeza, por debajo de sus plantas, en el repliegue de las horas, reptando por los subterráneos de la historia, como miríadas de topos que, creando laberintos oscuros bajo sus pies, lo socavarán todo.

Deja de pensar, se pone los pantalones y sale al patio por la escalera de atrás. Al pasar bajo el estanque una gota le cae y se le escurre por el espinazo provocándole un escalofrío. La piel tibia de la noche tiene reflejos anaranjados; mil ruidos extraños llegan desde la selva. Durante unos minutos permanece de pie, inmóvil, aterrado frente a la oscuridad. Orina de prisa y entra de nuevo en la casa, casi corriendo.

--¿Dónde fuiste?

--Al patio, tío. ¿Lo desperté?

--No, te oí salir:

Sintió vergüenza al confiarle: --Yo no tengo sueño.

La respuesta llegó demorada: --Mañana va a ser un día duro, hay que dormir—. Y como si le descansara decirlo, su tío agregó: --No creo que se la traguen.

—¿Y qué irán a hacer?

—Ah, eso no sé, pero algo harán. Por si acaso, si crees en Dios, rezale.

—No creo. Ahora al menos.

Se produjo un silencio entrecortado por las carreritas de las zarigüeyas en el entretecho.

—Yo sí —dijo don Héctor como si acabara de comprenderlo—. Aunque me doy cuenta que es un Dios para los campesinos y las mujeres, o tal vez por eso mismo, a veces siento que me hace falta.

—Pero rezarle ahora es como humillarse.

—Pero hay humillaciones peores.

Y la conversación terminó allí, horizontal.



La luna ha ido subiendo, se derrama ahora lechosa y mortecina por el piso de tablas y alcanzó a subir algunos palmos por la pared opuesta. Silvano le da vuelta a la almohada, y se incorpora sobre un codo para mirar el bulto blanco, totalmente cubierto por las sábanas, de su tío dormido. La respiración de don Héctor es uniforme, lenta, carnosa.

Una roncha le arde en la rodilla. ¡Quién sabe qué bicho! ¿Un alacrán? No. Una chinche, tal vez. Mientras se rasca piensa que debería vestirse, ponerse siquiera los pantalones. Los mira arrugados sobre la silla, pero no se resuelve a sacar los pies de la cama. Por lo demás es una idea absurda: nadie se viste en mitad de la noche sin una razón concreta. El no la tiene y sin embargo la necesidad de hacerlo vuelve, floja al comienzo, avasalladora luego. Tiene que vestirse, cuanto antes. ¡Tiene que vestirse!

En ese momento un ruidillo suave entra subrepticamente por la ventana. (Aguanta la respiración). Sí, no puede equivocarse. Toda la noche ha estado escuchando los pequeños crujidos de las maderas, la actividad clandestina del comején, la respiración misteriosa de la selva. Ahora se trata de algo distinto. (Vuelve a respirar). Es un leve rastrilleo, como el de alguien que caminara por arena seca. Y el ruido se aproxima. Los segundos que antes se sucedían perezosos ahora se precipitan. No son los ruidos de la montaña. No. Más bien ese rumor sordo que prece-

de a los terremotos y hace aullar a los perros. Como si la tierra se quejara. Tal vez una columna de hormigas: a veces pasan por millones destrozándolo todo.

—Silvano, ¿estás despierto? —Su tío se ha sentado en la cama.

—Sí.

—¿Estás oyendo?

—Sí.

—¿Qué crees que será?

—No sé, tío, no sé.

El ruido domina ya todos los demás. Es arena rastrillada por millares de botas, ya no cabe duda. Como un torrente subterráneo que se abriera paso por entre un subsuelo calizo. De súbito lo comprende todo, se arroja sobre su tío y comienza a remecerlo:

— ¡Oiga, oiga, son ellos!

Don Héctor salta de la cama, se frota el rostro con ambas manos, se asoma a la ventana y sin decir palabra se precipita con el arma hacia el corredor.

Silvano mira alrededor: no hay dónde esconderse. Se pone los pantalones. Siente el corazón enorme, agolpado en la garganta. En cualquier instante, junto con el ruido que llega en vaharadas desde la noche, pueden comenzar a entrar por la ventana. Cierra los ojos. Allí están, en rojo y negro, a través de los párpados. Avanza a gatas hacia la ventana y una astilla se le clava en la rodilla. Le duele. Sabe que ha brotado una gota de sangre tibia, redonda, que crece como una ameba y tiembla. Se asoma. La luz de la luna, aceitunada, brilla inmensa sobre la llanura. Son muchos, muchísimos. Cada uno lleva una hoja de plátano ondeando en alto y con la débil claridad les adivina, colgando de la faja, los anchos y pesados machetes. La hoja de un machete debe ser fría. O quizás ardiente, como un tizón, al entrar en el estómago. Desfilan las blancas camisas, los rostros enjutos, los mechones de pelo. Y los ojos, candentes como brasas. Piensa que su deber sería acudir al lado de su tío, pero ese pensamiento se diluye fugaz y deja paso a una sola idea que va creciendo como un hongo enorme que todo lo cubriera. Lo van a matar. Lo van a matar gentes por las que no siente odio, ni rencor, ni lástima siquiera. El rastrilleo de las botas sobre el arenón de la línea ha adquirido tal crescendo que le parece sentirlo bullir en el fondo mismo de sus oídos. Hacia el puente nace la absurda, la fantasmagórica romería.

Centenares de hojas de plátano pasan lentamente frente a la casona, luego tuercen a la derecha y se pierden en la sombra del otro lado de la loma. Desde lejos, brotando de las entrañas de la noche, va naciendo aquel desfile de pesadilla. — ¡Diana! ¡Vení, vení pronto! —rastrillando, espantosamente rastrillando y balanceando aquellas luces de plátano, lívidas como los rostros palúdicos, como las camisas sudadas y sucias.

Vislumbra de pronto la posibilidad de que su tío, en un raptó de ira ciega, descargue una ráfaga. Varias veces se engaña viéndolo levantar el arma y apuntar. Si lo hiciera se precipitarían saltando sobre sus propios muertos, aullando enfurecidos, haciéndolo todo pedazos como una gran ola de venganza que destruiría hasta los cimientos de la casona y sembraría sangre y ceniza sobre los potreros.

Y desde ese momento las horas comenzaron a igualarse, se le oscurecieron los sentidos, el tiempo comenzó a perder su esencia, se ablandaron los minutos y sobre un fondo oscuro apareció una miríada de puntitos rojos. Retrocede, siempre a gatas, y se sienta en las tablas del piso a rascarse la roncha. Se rasca maquinalmente. Se rasca.

Hacia el oriente, un color rosa insurgiendo. ¿El alba? Quizás. Es un color como el de los pétalos que se guardan mucho tiempo entre las páginas de un libro. Y una aguda sensación estomacal y una resina espesa sobre los párpados. Todo girando, todo girando permanente y eternamente girando. ¿Por qué rosado? Aunque muchas veces el cielo se tiñe de rojo sin razón alguna en mitad de la noche.

Después se levantó el viento, agitó las palmeras, y de un nubarrón solitario cayeron algunos goterones.



## CAPITULO III

La noche que Héctor Rojas pasó inmóvil y perplejo en el corredor de su finca con el fusil colgando a un costado, no procedió así por cobardía. Lejos de eso. Fue un impacto mucho más profundo el que encadenó sus músculos y paralizó su voluntad. Recibió el golpe en un repliegue inédito del alma y a eso debió, en última instancia, la vida. Ante cualquier otro estímulo normal, el estupor inicial hubiera dado paso, en un temperamento como el suyo, a un arrebato incontrolado. Su reacción natural, si hubiera sentido miedo, habría sido proceder violentamente, el arma habría vomitado fuego y plomo y horas después sólo hubiera quedado en la llanura un pino de humo creciendo entre cadáveres. Esta vez fue otra cosa. Se sintió de pronto como un niño al que de improviso aplasta el mandato irrevocable de un adulto. ¡Durante veinte años ha empleado todo su coraje y toda su voluntad en aquella plantación de bananos; durante veinte años ha venido actuando con un solo propósito, con una sola meta; y, de súbito, delante, estorbándole el paso, aquella realidad imbécil e infranqueable como un muro!

El quiere sacar su corta, embarcar su fruta, recibir el cheque e invertirlo de nuevo en sembrar más hectáreas, tender más kilómetros de tranvía, exportar más fruta, recibir más dinero, sembrar más hectáreas, más fruta, más dinero, más hectáreas, fruta, dinero, hectáreas... ¡Alto! ¡El muro enfrente!

Como una boa interminable los peones desfilan frente a la finca. Provocadoramente, en un círculo sin fin, cruzan por delante de la casona, trepan la loma, regresan sigilosos por el cacaotal abandonado, y vuelven a pasar. Al cruzar por delante se vuelven a mirarlo. Sus ojos brillan en la oscuridad. Y brilla aún más el espejo de los machetes desnudos.

Héctor Rojas no llega a pensar que con un leve movimiento de su dedo índice . . . Es más, no llega siquiera a recordar que tiene un arma mortífera al brazo. No lo recuerda, porque se lo impide un súbito desplomarse de toda su estructura mental. En la ecuación hectáreas-fruta-dinero, un muro no tiene cabida, es algo idiota, inexistente.

Lo había oído todo, sí. Los peones pedían mejores salarios, que no les pagaran con vales descontables únicamente en los comisariatos de la compañía y que se establecieran en toda la zona dispensarios con suero antiofídico. El iba en Puerto Limón con su esposa y lo había oído.

“Centenares de hombres morimos como perros en los bananales picados por las culebras. No hay sueros. Los salarios no nos alcanzan para comprar polainas, a veces ni siquiera zapatos. Vivimos a canilla pelada desafiando la muerte . . .”

Al escucharlo había pensado que el orador debía ser nicaragüense, tenía el dejo y además todos los nicas se daban ínfulas literarias. Era un tipo flaco, desagradable, que para hablar se había encaramado en un estañón en la esquina del mercado. El con Elvira iban atrasados al cine y sólo habían recogido algunas frases sueltas al pasar.

—Apurate, Héctor —le había dicho ella— no te detengás que vamos a llegar tarde.

“Queremos suero antiofídico para salvar la vida de nuestros hermanos y dicen que somos unos pedigüenos. Queremos ahorrarle al país centenares de vidas y dicen que somos unos asesinos. No queremos comer sólo arroz, frijoles y yuca . . .”

Yuca, frijoles y hectáreas, fruta, dinero y frijoles. Todo en triadas, como si hubiera algo burlón en el fondo. Así también se llamaba la película que vieron esa noche: *Las Tres Pasiones de una Mujer*.

Elvira había dicho: —No me gustó para nada la película; esa mujer no se merecía ni una sola pasión y tuvo tres.

—Sí, tuvo tres —había dicho él, algo molesto—, y bien podía haber tenido tres docenas.

—No —había replicado ella—. Toda mujer merece una pasión, pero para tener más de una debe merecer más de una.

—Estás muy tonta esta noche —había dicho él, y ella entonces lo había mirado de una manera ambigua que no le había gustado para nada.

A la salida del cine la muchedumbre que escuchaba a Paragüitas se había disuelto. Pero sus frases aún flotaban bajo los mangos del Mercado.

“Vivimos a canilla pelada, desafiando la muerte . . . Pedimos cápsulas de quinina y lo que nos dan son cápsulas de plomo . . .”

Varias veces, mientras miraba la película las había recordado. Por cierto, y en eso estaba de acuerdo, que era injusto que la United les pagara con vales. El mismo les pagaba con dinero. Pero era cierto en cambio que ni la United ni él tenían suero antiofídico en sus campamentos. Elvira, en la oscuridad del cine, se había vuelto a cuchichearle algún comentario sobre la película que no había alcanzado a comprender. El tipo sabía hacer sus frases, eso había que reconocerlo. Y en eso, cuando pasaron de regreso por el Mercado, Elvira había coincidido.

—Me impresionó el que hablaba —había dicho—. Debe ser tuberculoso.

—No. Siempre son flacos y de ese color. ¿Y por qué te impresionó?

—¡Ah!, eso no sé. Yo no sé nunca por qué me impresionan las cosas.

—¿De modo que te impresionó porque sí?

—No seás tonto.

Era evidente que ambos andaban de mal humor, pues de otro modo no se explica que él hubiera insistido: —No me vas a salir ahora con que ese hombre merece una pasión, como la mujer de la película—. Apenas lo dijo se arrepintió. Cuando trataba de sutilizar frente a su mujer siempre terminaba ofuscándose.

—No —dijo ella hablando ahora cuidadosamente—. Ese hombre no se merece una pasión, pero en cambio una gran pasión sí puede merecérselo.

—Eso sí que está bonito —había dicho él irritándose—. De modo que eso es lo que piensas de un vulgar agitador, de un tipo que habrá que encerrarlo en un calabozo o mandárselo de regreso a Somoza para que allá le den su merecido, que aquí nada ganamos con tipos como ese!

Después de eso no hablaron más hasta la casa. En el momento en que él metía la llave, ella le había dicho suavemente: —Ves, ahora sí creo que me gustó la película—. Y se había reído, extrañamente, con sus nerviecitos malos, la pobre.

Por eso decidió dejarla con la última palabra. Lo había aprendido en dieciocho años de matrimonio. Resultaba sedante para su mujer y le ahorrraba muchos disgustos.

Y resulta que ahora estaba de nuevo frente a "esos carajos". En la pulpería no lo había reconocido, pero ahora sí. Era el mismo tuberculoso que había oído hablar trepado en el estañón. Cómo le gustaría tenerlo delante para poder decirle algunas cosas. Decirle, por ejemplo: "¿Y qué? Yo soy rico, pero también podría ser pobre. ¿Y qué? ¿Quieren suero antiofídico? Ciertó, las víboras abundan por toda la zona, pero a Archibaldo Rojas, mi padre, lo picó una terciopelo en el dorso de la mano, tal como lo oyen, pero no por eso se lanzó a una huelga, ni paralizó la exportación de bananos, ni dinamitó puentes tampoco. No, señores, eso no fue lo que hizo. Los peones lo rodearon: "¡Don Archibaldo, córtese la mano, pronto! ¡Mire que no hay suero y esa bicha era muy grandota. Córtesela, antes de que sea tarde!" Y uno de ellos afilaba el cuchillo en el molejón. Porque en ese tiempo no era raro encontrar mancos que habían sido picados por una terciopelo o por una coral. Pero Archibaldo Rojas no hizo eso. No, señores. No se cortó el brazo, ni se sentó a llorar en una piedra ni se puso florcitas rojas en la herida. Y menos todavía se lanzó a una huelga. No, señores. Lo que hizo fue que se ató la mano con una cabuya usando el cañón del revólver como torniquete. La cabuya penetró en la piel y la mano se le puso blanca. Yo era un niño, de pie, a su lado, y no se me olvidará jamás. Mi padre sacó la cuchilla y se hizo un tajo uniendo los dos puntos ya enconados por donde habían entrado los colmilos y la boca de la herida se abrió como un clavelón. Entonces chupó, chupó y escupió, chupó y escupió. Después rompió un cartucho con los dientes y se regó la pólvora en la herida. Porque el veneno hay que cauterizarlo, ¿entienden? Quemar el veneno, calcinarlo. Se regó la pólvora y arrimó un fósforo. ¿Entienden? Eso es lo que hay que hacer y no las estupideces que ustedes están haciendo. Y Archibaldo Rojas era mi padre y yo soy su hijo y estas tierras eran terrenos baldíos que él denunció y que yo heredé y que ahora son mías, y el tranvía es mío, y ese lastre que rastrillan es mío también, y están en mi finca y esta es mi casa y todo esto es mío y ustedes son unos estúpidos que creen que así se pueden arreglar las cosas, y tienen que irse, pronto, váyanse, váyanse de aquí, váyanse, porque todo esto es mío, mío, ¿oyeron, cabrones? ¡Mío!"

Sin embargo no fueron palabras las que salieron de su garganta. Fue solo un grito inarticulado y bronco. Y de improviso, como el niño que se siente de pronto desolado, sujeto a fuerzas y dominios que desconoce, como un ser perdido en la inmensidad del tiempo y del espacio, al principio lentamente porque le costaba encontrar en el fondo de la memoria las palabras olvidadas, pero luego cada vez más y más rápido, Héctor Rojas comenzó a rezar.





## CAPITULO IV

Al otro día de madrugada, salieron los Rojas hacia Siquirres. Allí les dijeron que el primer tren a Limón venía con retraso. Más de una hora llevaban esperando enfurruñados y hoscos, cuando escucharon el ruido de un motocar. Un negro corpulento, sin esperar a que el vehículo se detuviera, se puso de pie en la plataforma.

—¿Va a Limón? —gritó don Héctor. El negro asintió moviendo la cabezota. —¿Entonces nos lleva?

—¡Oh, no! —el negro levantó los brazos al cielo— el motocar **no es** mío.

—Claro que no, tampoco los rieles son suyos. Pero el **asunto es** que nos tiene que llevar.

—No, mí no pueda llevar. Mí llevar y después joden a Tom.

—¿Quién es Tom? —preguntó Silvano.

—Yo —dijo el negro golpeándose el pecho con un puño enorme.

—Tom —dijo don Héctor persuasivamente—, no tienen por qué hacerte nada; después, si es necesario, yo mismo le explico a la Compañía.

Tom se comenzó a reír: —Míster, yo sabe bien. Vos no decir nada a la compañía. Hia, hia! Vos llegar a Limón y te olvidás y la Compañía después decir a mí: “Tom, vos subiste a los Rojas y los peones no querer a los Rojas y puede poner una piedra en la línea y el motocar se descarrila y vos no puede pagar motocar”, y regañan a Tom y clavar multa —terminó, se sentó y soltó el freno disponiéndose a partir.

Don Héctor lanzó los bultos en la plataforma y subió de un salto: —Te digo que yo hablo mañana mismo con la Compañía. ¡Suba, Silvano! Yo sólo tengo una palabra.

—Sí —dijo el negro dejando de reír—, vos tener sólo una palabra, pero no la dice.

Silvano se sentó adelante, al lado del negro.

—Pues de aquí no nos vamos a bajar— dijo don Héctor. —Así que ya sabés, nos llevás por las buenas o por las malas.

El negro hizo rodar sus grandes ojotes de porcelana: —¡Jesus Christ! ¿Y cuáles son las buenas?

—Dos pesos cada uno!

Tom se rascó la cabeza por debajo del sombrero desteñado de fieltro. —Ves —dijo maliciosamente— entonces mí llevar. ¡Pero eso sí, oíme bien, vos después no decir nada a la Compañía!

Segundos después el vehículo volaba por los rieles levantando un ventarrón tan fuerte que les aplastaba el ala de los sombreros. Silvano optó por quitárselo.

—¿Siempre así, tan ligero? —preguntó por decir algo.

—¡Oh, yeah! ¡Siempre ligero. La vida siempre ligero. Tom Winkelman siempre ligero! —dijo y apretó aún más el acelerador.

—A mí también me gustaba correr —dijo Silvano acercando la boca a la oreja de Tom para dominar el ruido —Tenía una bicicleta, hasta una vez en que venía de San Isidro a todo ful bajando la cuesta, se me atravesó una vaca y por sortearla me fui contra un caño y choqué con tanta fuerza que salí volando por el aire, pasé por encima de la baranda de una casa y caí sentado en el corredor. Todavía no sé cómo no me pasó nada.

Tom había escuchado todo con gran atención: —¿Por encima de la baranda? ¡Oh, what a jump, Jesus Christ, what a jump!

A la orilla de la línea dos negrillos semidesnudos revolvían una batea con granos de cacao. Tom seguía repitiendo:

—¡What a jump, for God's sake! —Luego preguntó: —¿Mucha tiempo en Limón?

—Me gusta —contestó Silvano al oírle mal.

—¿Te gusta Limón?

—Sí, me gusta el mar.

—¿El mar? ¡Oh, yeah! El mar ser bueno. Todos los hombres le echan basuras y el mar nunca tener basuras.

Dejaron atrás una choza donde una negra, sentada en una mecedora destartalada, le remendaba los pantalones al hijo de brucés sobre el regazo. Comenzaron a menudear los primeros cocoteros.

—Cuando yo era chiquito —contaba ahora el negro— mi mama trabajar mucho y nos da de comer y siempre dejar una poquita comida en la olla y después la echa al mar. “Para los pescados del mar”, decía mi mama.

Una mulata joven se apartó al oír el motor. El vendaval le levantó la falda y se le entrevió su musgoso vientre desnudo. Ya desde lejos les dijo adiós, alegre, con la mano. Aquella visión sumergió a Silvano en una lagunilla de recuerdos y, con los nervios deshechos por la noche anterior, dejó, bajando los párpados, que lo lamieran. El olor juvenil del patio, el vaho polvoroso de los viejos muros de la catedral de Heredia. Al morir su padre —su madre había muerto en el parto— lo recogió la tía Palmira, solterona, la mayor de los tres hermanos. Viviendo en su casa terminó la escuela primaria y entró en la Normal de la cual saldría, al morir Palmira, para ingresar en el Seminario. Un mes de noviembre su tía cayó enferma.

—Silvano, ¿estás allí? —solía llamarlo.

—Sí, tía.

—Acercate entonces.

Si se demoraba, ella comenzaba a gritar:

— ¡Vení, vení pronto que me ahogo!

El se sentaba en el cuarto sumergido en penumbras y oloroso a remedios y ella le tomaba la mano, se tranquilizaba, caía poco a poco en un profundo sopor y terminaba por quedarse dormida. Cuando comenzaba a roncar él se zafaba de sus dedos secos y se iba en puntillas a la cocina.

—¿Ramona, vos crees que la tía se va a morir?

La muchacha campesina se persignaba primero y luego exclamaba parpadeando: — ¡Lagarto, lagarto!

El le ayudaba a entretener el niño, un hijo natural de seis meses, mientras la veía trajinar, agacharse a soplar el fuego, moler el maíz en la vieja piedra indígena. Como la cocinilla era muy estrecha, de vez en cuando, sin quererlo, sus cuerpos se rozaban. En esos casos Ramona echaba inmediatamente a cantar.

— ¡Silvano, vení!

Corría y encontraba a su tía sentada en la cama, cubriéndose el pecho enjuto con un chal negro de lanilla.

—Sos malo, muchacho, quedate aquí conmigo. Dejá de andar olisqueando por ahí. Ya me está llamando la tierra. No me dejés sola.

—Bueno; tía.

—Tengo miedo.

—¿De qué, tía?

—No sé. No sé de qué y así es peor.

—A mí también me da miedo.

—Recemos, entonces. —Y dirigido por ella comenzaban juntos a desgarrar interminables rosarios.

Un día Palmira entró en franca gravedad. Desvariaba con frecuencia: — ¡He pecado mucho, Dios mío. He sido orgullosa, muy orgullosa con mi castidad. Y el orgullo es el pecado de Satanás. Que Dios me perdone, y que me reciba en su santo seno. Vos tenés que pensar en eso, Silvano. Cuando vayás a pecar, decí: Tía Palmira pecó, pecó todos los días de su vida y ahora se está quemando!

El procuraba en vano distraerla, arrancarla de aquella obsesión, pero todo era inútil. Pronto la mente afiebrada volvía a monologar:

—Yo era la mayor, se casó tu papá, se casó Héctor, se fueron con sus mujeres y me dejaron sola. Sola me paseaba por los corredores, arreglaba el jardín. Todavía me veo, con el llavero colgando, de aquí para allá, inventando quehaceres para alejar los malos pensamientos. Me encerré con mi castidad y comencé a secarme y cuanto más seca estaba más fácilmente ardía con cualquier llama. —Tosía, con una tos fea y cavernosa, y continuaba: —Hice clavar maderas en las ventanas y puse candado nuevo. Les tenía pánico a los ladrones. Los oía respirar debajo de la cama. ¡Ay, Señor, ten misericordia de mí! Yo soy como tú quisiste que fuera, ¿por qué no me hiciste distinta? ¿Por qué no me hiciste hombre, como Héctor? Y no te vayás, Silvano, dejame que te lo cuente todo, todavía estoy lúcida y me alivia contártelo. No quiero por nada irme al otro mundo con esto adentro. Venía uno a visitarme. Era guapo, pero todos decían que venía por mi plata. Yo me encerraba: díganle que no estoy. Después me asomaba por los visillos y lo veía alejarse. En la esquina se paraba, se daba vuelta y se fumaba un cigarrillo mirando para acá. Siempre hacía lo mismo, hasta que se cansó. Cuando ya no volvió creí que iba a volverme loca, pero me consolé pensando que había ganado una batalla y que mi azucena estaba intacta para ofrecérsela al Señor de los Ejércitos.



Una tarde, al volver de la Normal, Silvano encontró a Ramona en el patio acariciando un pollito.

—Yo no sé por qué, pero el gallo le tiene tirria. Apenas lo ve lo picotea. —Dijo, apretando tierna la bolita amarilla contra su rostro.

El se acuclilló enfrente y se quedaron mirando. Era la primera vez que se miraban así, hasta adentro.

—Silvano, vení, apurate que me ahogo.

Encontró a su tía de bruces fuera de la cama. La acostó, le arregló las almohadas y le dio la cucharada de remedio.

—Apenas cierro los ojos te aprovechás para escaparte al patio. ¿Qué comezón te ha dado? —Lo miraba con sus ojillos hundidos, receñosos. —Te estaba contando. Mi castidad era como una fruta, las frutas hay que comérselas o dejar que se las coman los pájaros. Yo no. Yo la guardé. Al principio me perfumaba la ropa, la cómoda, la casa entera. Después perdió el aroma, le aparecieron manchas, y el mal olor se me subió a la cabeza. Por eso ahora huelo mal y hablo disparates. Fray Jerundio me decía que ayunara, pero si ya entonces lo que me comía era un huevito pasado por agua y unos quelites. ¡Ay, San Antonio, ayúdame, toma mi azucena, todavía no es tarde, te la ofrezco de todo corazón!

El médico llegó al atardecer y recetó otras pócimas. Al irse, Palmira entró en un sopor profundo y sólo cerca de la medianoche se despertó, masculló algo ininteligible, agitó los brazos como si le faltara aire y se volvió a dormir. Silvano, apenas la oyó roncar, pasó en puntillas delante de su cama y cruzando el patio fue a tocar suavemente en la puerta de Ramona. De las estrellas se desprendían goterones de plata.

Siempre conservó un regusto a ceniza de su primera experiencia amorosa. En la madrugada, cuando volvió sigilosamente al cuarto de su tía sintiéndose doblemente culpable, se la encontró en petrificado espasmo, los dedos crispados agarrando la colcha, los ojos dilatados de asombro y deslumbramiento. Y eran el mismo espasmo, la misma crispación, el mismo deslumbramiento!

Un caballo que pastaba en medio de los rieles, en vez de apartarse comenzó a galopar delante del vehículo. El accidente parecía fatal. Tom se puso de pie y haciendo bocina con las manos lanzó un rugido estentóreo y el animal saltó a un lado en el segundo preciso. El motocar le rozó los cuartos traseros.

El negro se volvió con una inmensa sonrisa: —¿Viste? ¡Me hizo caso!

Dejaron atrás el caballo, entraron en una larga curva y el mar apareció de golpe. Llegaba a tenderse en la inmensa playa de Moín como un guerrero cansado. Velas pescadoras tijereteaban el horizonte.

—¡El mar! —dijo Tom excitado.

Silvano lo miró con cariño. Le gustaba descubrir ese amor del negro por el océano. —¿Usted tiene hijos? —le preguntó tratando de crear intimidad.

—Sí, tres.

—¿Y dónde viven?

—En Limón.

—¿Allí están con la mamá?

—No, solos. Azucena nos ayuda.

—¿Azucena? —preguntó don Héctor.

—Sí, mi hermana, ella trabajar de cocinera con vos.

—Pero claro, si ahora recuerdo que a veces nos pedía permiso para ir a ver sus sobrinillos. Pero no sabía.

—¿Y su esposa? —preguntó Silvano.

—¿Ruby? Ruby morir hace tres años. Entonces yo trabajar de jardinero y Rubý de cocinera donde Míster Maker, el superintendente de la Compañía. —Al hablar de su esposa la alegría, que le había iluminado el rostro al ver el mar, desapareció— Ruby se enferma y no la cuidaron —añadió con voz baja—. Nosotros trabajar con ellos, quince años trabajar con ellos, y no la cuidaron. Yo hacer de todo. Le unta vaporub y darle píldoras y hacerle sinapismos. Y cuando ellos me ven trabajar en el jardín pregunta desde lejos: “Tom, ¿cómo sigue Ruby?” Y yo diga: ¿Cómo va a seguir? Está fregada la pobre. Y ellos hacer cara triste, pero dan la vuelta y se van. Por eso cuando la enterré fui donde Míster Maker y yo le diga: Mista Maker, yo no querer trabajar más de jardinero, yo querer trabajar de motorman. Y él decir: “¿Y por qué no quiere?” Y yo le diga que no quiere. Y él decir: “¿Pero por qué no quiere?” Y yo le diga: No puede le diga porque Mista Maker se enoja. Y él decir que no se enoja y que le diga. Y yo le diga: yo no quiero trabajar más de jardinero porque aquí yo viva triste.

Ya habían dejado atrás Moín y Portete y ante sus ojos desfilaban raudas las primeras casuchas de los arrabales del Puerto. Construcciones

de madera, techos de zinc arañados por la herrumbre, corredorcillos delanteros en los que cultivaban, en tiestos de todas clases, lujuriosas begonias y afiligranados helechos. Frente al estadio una pandilla de negros estaban jugando al críquet. A lo lejos un barco mugió.

El motocar se detuvo al entrar al patio de la estación. Tom recogió los billetes, los colocó cuidadoso bajo la badana del sombrero y les dio la mano para despedirse. —Mejor no diga nada a la Compañía —suplicó con mirada de niño.

Los Rojas se lo aseguraron y partieron por mitad de la calle. Era tanto el calor que en el asfalto se formaban ampollas tornasoladas y se les pegaban los zapatos. Cruzaron por detrás de la iglesia y pasaron frente a la escuela. Ambos iban sin hablar, don Héctor calculando cómo enfrentar la curiosidad inquisitiva de su mujer y Silvano imaginándose su encuentro con Diana, su prima.

—¿Y cómo le fue, don Héctor?

De un portal salió un joven de paso elástico, vestido deportivamente de blanco y con un mechón castaño caído sobre los ojos.

—Bien, Beto.

—¿Viene de la finca?

—Sí.

—¿Y qué tal por allá?

—Sin novedad. ¿Y por aquí?

—Nada tampoco. Sólo que al fin parece que el gobierno se decidió a actuar. Dicen que van a mandar tropas para entrar por la fuerza en los campamentos de los huelguistas.

—¿Será cierto eso?

—Así dicen. Dicen que ya partieron de San José. Además en Línea Vieja asaltaron otro comisariato.

—Deben tener hambre —dijo Silvano.

Beto Cortés lo miró con extrañeza: —¿Hambre esos carajos? —Y luego, volviéndose hacia don Héctor— ¿Quién es? ¿Su sobrino? —Cuando oyó la respuesta continuó, volviéndole la espalda: —¿Y qué me dice, don Héctor, de eso que le hablé?

—Oiga, Beto, es que ahora no estoy para negocitos.

—Mire que es una oportunidad.

—Sí, bueno, gracias, ya habrá otras.

—¿Quién es? —preguntó Silvano al llegar a la esquina.

—El hijo de la viuda de Cortés. Siempre anda proponiéndome negocitos medio raros.

—¿Pero a qué se dedica?

—Corretea propiedades. Y ahora último está organizando a un grupo de muchachos. Aprenden a disparar; por lo que pudiera ocurrir. Por cierto que vos te podías meter en eso.

Y ya no hablaron más hasta que llegaron a la casa. Esta era una construcción sencilla, de madera, de un solo piso, con un gran patio atrás lleno de árboles frutales. Una verja pintada de verde separaba el patio de la calle. Adentro, con todas las persianas bajas, reinaba una penumbra verdosa y fresca.

Al fondo del corredor apareció Elvira. Alta, casi tanto como su marido, exhibía con cierta agresividad una belleza extraña y exótica: piel oscura, ojos verdes, labios carnosos y fuertes pómulos. Venía sujetándose al pecho una bata de seda y al llegar junto a su marido le ofreció sin hablar una mejilla que éste besó. —Te estábamos esperando —dijo a Silvano— Diana se ha pasado los últimos días calculando las horas de tu llegada. ¿Pero cómo llegaron tan temprano? ¿No dicen que el tren venía atrasado?

—Es que nos vinimos en motocar.

—Nos trajo un negro en un motocar de la Compañía —precisó Héctor.

La mujer frunció el ceño, pero no dijo nada. Ya llegaría el momento oportuno de averiguar más. Abrió la puerta de uno de los dormitorios y al verlo en desorden se volvió hacia su marido: —Usted va a tener que hablar muy seriamente con Diana, Héctor. Yo no lo puedo hacer todo y ella ayuda cada día menos en la casa. ¿Vos crees, Silvano, que te hará falta cobija? Nosotros dormimos con sólo una colcha.

Héctor entró al baño y Elvira condujo a su sobrino al patio: —Vení, que quiero verte a la luz. Vamos a tener que engordarte un poco. Has crecido una barbaridad y estás muy flaco. Y no te quedés allí como alelado. Le señaló una silla de mimbre y ella se tendió en la hamaca, imprimiéndole con una pierna un lánguido balanceo. —Azucena —gritó hacia la cocina— prepará una limonada que deben venir muertos de sed.

Hija de un viejo empleado de la Aduana, Elvira Soto era de extracción social más modesta que los Rojas. Toda su vida la había pasado en Limón, a la escuela casi no había asistido y se había casado a los quince

años, después de un noviazgo vertiginoso que dio ocasión a interminables habladurías. En el Puerto le temían porque no tenía pelos en la lengua; con amigas casi no contaba, y el único desagüe de su talento natural eran las mesas de póker en las que ganaba, con regularidad, sumas de cierta importancia que luego gastaba en trapos para ella y su hija.

—Y cuénteme de Diana —pidió Silvano.

—Esa mocosa está imposible. Voluntariosa y rebelde. En lo único en que piensa desde que amanece es en su papel. Porque la escogieron, vos no sabías, para actuar en una comedia que están preparando. Tiene que hacer de Hamlet, imagínate. Cosas de aficionados, pero no creás, les sale bonito. Con la huelga se postergó el estreno. —Se quedó un rato callada, arreglándose una brizna de cabello que el viento le mecía sobre la frente. —Aunque la verdad —añadió después— que yo no sé de qué puede servir tener talento en este basurero.

—No crea, tía, el talento siempre sirve.

La mujer sonrió con escepticismo.

—Bueno, dejemos eso. Y contame que me muero de curiosidad, ¿por qué se vinieron tan apurados de la finca?

—Bueno, nos vinimos.

—¿Pero cómo? Si Héctor salió de aquí hace unos días diciendo que no iba a volver por lo menos en dos semanas. ¿Y vos qué fuiste a hacer allá?

Silvano se puso a la defensiva. —Tal vez mi tío quiso que nos viniéramos juntos...

La mujer arriscó la nariz: —Vamos a ver, eso yo lo voy a averiguar prontito:

Bajo el papayo del patio, cargado de grandes ubres doradas, una gallina escarbaba gusanos para sus polluelos. Silvano se fijó en las pantuflas de su tía, de seda, con dragones bordados con hilo de oro.

—Yo tenía muchas ganas de verlas —dijo levantando la vista.

—Y nosotras también.

—Y todavía no le he contado, ya soy bachiller.

—¡Ah, de veras, te felicito! —Lo dijo pensando que en un año su sobrino había cambiado mucho. Ya no era el niño de antes, confiado, espontáneo. Un leve bozo le sombreaba el labio. Además, cuando lo miraba de frente, corría la vista. Ella en las mesas de póker conocía esos caracteres. Jugaban casi siempre con timidez, pero en un momento dado se podían volver muy peligrosos.



—Andá, Silvano, —dijo don Héctor saliendo al patio— ya está desocupado el baño.

El muchacho obedeció, pero en mitad del corredor se detuvo a escuchar.

—¿Y qué les pasó? —preguntaba su tía— ¿No me podés contar?

La voz de Héctor llegó como un murmullo áspero. Ella insistió y entonces él habló con irritación:

—No es necesario que todo el mundo se entere. No grite. ¿Oyó?

—Como si todo el mundo no lo fuera a saber.

—Bueno. Ya está bueno —dijo él. Y después, con forzada serenidad: —¿Y por aquí? ¿Has vuelto a jugar?

—Anoche. Pero el Yayo parecía loco, quería verlo todo. Es que con esta maldita huelga están todos tan furiosos que casi no se puede jugar.

Silvano se desinteresó, entró al baño, se desnudó y se metió bajo la ducha. El agua estaba tibia, pero salía con magnífica fuerza. Se miró el cuerpo mientras se enjabonaba. Tenía razón su tía, claro que debía ganarse unas libras, tal vez haciendo ejercicios. Se enjabonó dos veces y para resistir un deseo turbio boxeo furiosamente dos o tres minutos con la sombra. Al cerrar la ducha escuchó de nuevo las voces en el patio.

—¡Mentira, oyó! —gritaba ahora su tío— Y no tengo nada de qué avergonzarme. Yo sé muy bien cómo hay que portarse, pero eso fue distinto, muy distinto.

Terminó apurado de vestirse y al salir del baño oyó a su tía lanzar un grito. Corrió y en el corredor se cruzó con don Héctor, quien venía hacia la casa con las manos en los bolsillos del pantalón.

—Para que lo vayás conociendo —le dijo Elvira—. ¡Mirá con quien vino a descargar la rabia! Y decime vos ahora ¿qué es toda esa historia?; ¿de dónde inventaron toda esa tontería? ¡Doscientos colones botados en una arma que ahora sólo les va a servir para matar zopilotes!

—¡No, tía —Silvano habló apurado—, si de veras fue así, si fue terrible!

—¿Pero dónde está lo terrible? Decilo de una vez. ¿Qué fue lo que les hicieron?

—Bueno, ¿cómo explicarle? Que eran muchísimos y que rodearon la casa, todos con machetes . . .

Azucena, la negra cocinera, llegó con las limonadas. Traía, como siempre, su sombrero de fieltro, con una pluma verde, encasquetado hasta las orejas. —¿Oh, madama se cae? —preguntó apurándose solícita a sacudirle la arena que aún le quedaba en las rodillas.

Elvira comenzó a reírse.

—¿Pero se cae solita? —insistió Azucena.

—¿Solita? —repitió Elvira riéndose cada vez con más fuerza— ¡Ay, qué negra tan bruta! ¡Seguro, solita! —Echó la cabeza hacia atrás y dejó que la risa agitara libremente su carnoso cuello desnudo. Con las carcajadas se derramó la limonada en la falda y cuando Azucena trató de secarla con las palmas de las manos su risa llegó al paroxismo. Pronto Silvano se fue contagiando. Azucena les hizo coro y al cabo de unos instantes los tres se miraban entre sí y se reían, a más no poder, con los rostros congestionados, faltos de aire y agitando los brazos.

De lejos llegaba el rumor acompasado de las olas reventando en el tajamar.



## CAPITULO V

Diana entró al atardecer abriendo y cerrando todas las puertas con estrépito.

— ¡Silvano, qué maravilla! —exclamó al verlo— pero decime, prontito, ¿dónde está papá?

—Salió.

—¿Y está bien? ¿No le ha pasado nada?

—No, nada. ¿Por qué?

— ¡Ay qué susto más horrible! —lanzando un hondo suspiro se dejó caer sentada en la cama—. ¡Si vos supieras! Me he venido corriendo sin parar desde el Correo. Hubo un bochinche espantoso. Se juntó mucha gente y un tipo comenzó a discursar y lanzó un montón de amenazas y yo de pronto me acordé de papá y me vine corriendo. ¿Pero, de veras está bien?, ¿me lo jurás?

—¿Por quién querés que te lo jure?

—Por Dios. ¿Por quién va a ser?

—¿Pero por cuál Dios?

—Ay, no, Silvano, me asustás. ¡Cómo que por cuál Dios, si no hay más que uno! ¿Qué te pasa a vos?

—Nada me pasa. Parece que tiene que habernos pasado algo a alguno de los dos. Pues no, no nos ha pasado nada.

Ella le sonrió: —Bueno, te creo. Y ahora contame muchas cosas. Porque te das cuenta ¡qué maravilla! ¡vos aquí y para siempre! Contámelo todo en orden. Primero —y fue llevando la cuenta de sus preguntas con sus dedos gordezuelos— cómo te fue en los exámenes; segundo, qué planes tenés para el futuro; tercero, pedime a mí que te cuente porque

tengo un montón de novedades, y, cuarto, de San José me escribió un pajarito diciéndome que te habían visto con una chiquilla. Comenzá por eso último. ¿Es cierto? ¿Verdad que no?

Frente a la efervescencia rosada de su prima, Silvano se sintió de pronto pesadamente sensato. —Contesto obediente tu interrogatorio —dijo—. Cuarto punto, no es cierto; tercero, ya lo sé todo; segundo, sí; primero, bien.

—¡Sos espantoso! ¿Cómo se puede ser tan inteligente? Te acordaste de todo patas arriba y ahora soy yo la que no recuerdo lo que te pregunté. Pero mejor salgamos, me carga estar encerrada en un cuarto.

Fueron a sentarse al tajar. Metros más abajo, entre la espuma burbujeante, correteaban por las rocas cangrejillos parduscos. Ella le mostró la rodilla:

—Mirá, me caí. Ahora que venía corriendo. Es que vieras qué susto tan terrible; el tipo que hablaba tenía unas cejas así, enormes, y una voz de trueno. Era renco, además. Y un policía tocó el pito y llegó otro montón de policías y repartieron cincha. Además se llevaron como a mil presos. Una mujer se me acercó y me dijo llorando que uno era su marido y yo le dije que lo sentía mucho pero que para qué lo dejaba meterse en esos bochinches. Todo esto es terrible. ¿Y vos, hasta cuándo crees que va a durar la huelga? Te juro que a mí todo esto me da mucho miedo.

—¿Miedo de qué?

—Ah, no vengás ahora a hacerte el valiente. Si son millones y están todos armados, con dinamita!

El pensó para sus adentros que la sola experiencia de la noche anterior era mil veces peor que todo lo que pudieran haber conocido en el Puerto. Pero de eso no le hablaría. Ese era su secreto. —¿Y no crees vos —fue lo que dijo— que los peones pueden tener parte de razón?

Ella se quedó asombrada mirándolo.

—Sí, si te lo digo en serio —insistió él.

—¿Pero razón?, ¿por qué van a tener razón?

—Bueno, vos has visto las cosas que piden. No es nada del otro mundo. Que no les paguen con fichas y que les den suero contra las culebras.

—Pero una cosa es que lo pidan como las personas y otra muy distinta que hagan todo lo que están haciendo.



—Pero es que lo pidieron como las personas y no se los dieron.

—¡Ah, yo eso no sé! Lo que sé es que son horribles. A mi lado había uno que podía contratarse de coco para asustar niñitos. Pero mirá, mejor no hablemos más de eso. Mejor contame ¿cómo te fue en los exámenes?

—Ya soy bachiller.

—¿Pero te fue bien?

—Sí, bien.

—¿Te aprobaron en todo?

—Sí, en todo.

—¡Ay no, qué pereza! Si a todo me vas a contestar así lo mismo da que me ponga a conversar sola. —Y, arremedándolo— ¿Ya sos bachiller? Sí, soy bachiller. ¿Y te fue bien? Sí, me fue bien. ¿Y te gusta mi blusa? Sí, me gusta tu blusa.

—Yo no te he dicho que me gusta tu blusa.

—Pero, ¿te gusta o no te gusta?

—Sí, me gusta.

—¿Ah, ves que lo dijiste?

Diana estaba en la gloria de la adolescencia, en la edad en que los deseos aún son celajes de la aurora y las ilusiones pompas de jabón. Acostumbrada a que sus padres le dieran gusto en todo, sus únicas amarguras eran las cucharadas de aceite de hígado de bacalao que don Héctor la obligaba a tomar después de las comidas y sus mayores contratiempos las discusiones con su madre sobre el color o la hechura de sus futuros trajes. Ahora, en torno a la llegada de su primo, se había hecho multitud de planes. Lo miró una vez más de reojo encontrándolo guapo.

—Mirá, tenemos que ir a la piscina a bañarnos —le propuso. —Yo ya sé tirarme del trampolín más alto. Hago el ángel. Claro que ahora último con los ensayos casi no he vuelto. Porque todavía no te he contado. Primero pensaron en un muchacho, para Hamlet, pero después me escogieron a mí. El director me consiguió un gorrito cuadrado para esconder la melena y tengo que salir con una calavera en la mano y pantalones de raso, azules, muy ajustados. ¡Ay, Silvano, qué ganas tengo de ser más linda! Daría cualquier cosa por ser lo que se llama lindísima —esperó que él hiciera algún comentario, pero su primo seguía mirando tercamente el horizonte. —Y lo único malo —añadió sobreponiéndose—

es que todavía no hemos podido encontrar una calavera de verdad. Yo creía que en los hospitales, pero dicen que no. Fijate. Y a Beto le pedí que si de veras me quería se robara una en el cementerio, pero no se atrevió.

—¿Cuál Beto?

—Beto Cortés —dijo ella apresurada—. Y sin calavera no salgo. En la escuela hay un esqueleto para estudiar anatomía, pero está muy viejo, le faltan dientes y tiene unos resortes horribles que le mueven la quijada. Y con eso no salgo aunque me maten. —Se volvió hacia él mordiéndose el labio inferior con sus incisivos de ratoncillo. —¿Pero no te estoy aburriendo? —Y, colocándole un dedo en la boca—: Cuidadito, cuidadito con decirme que sí.

—Cómo se te ocurre! —protestó él. —Ella sonrió complacida y él continuó, mirando el horizonte—. Pero, decime, ¿ese Beto está jalando con vos?

—No iqué pereza! Dicen que yo le caigo regio, pero a mí me cae más mal. ¡Es tan pretencioso! Cree que sabe de todo y que donde llega él tiene que ser el que manda.

Con la oscuridad creciente del crepúsculo se destacó el parpadeo tímido del faro de la Uvita. Se alejaron por encima del tamar y se fueron a sentar en una banca del Parque. Alrededor, elegantes, altísimas, las palmas reales. El colocó el brazo en el respaldo de la banca.

—No vayan a creer que me estás abrazando —dijo ella.

El no contestó. Acababa de recordar que en esa misma banca, hacía tres o cuatro años, había besado por primera vez a una muchacha. Un chiquillo amigo le había dado el dato. “¿Sabías que Valentina deja que la besen?” Se lo dijo cuando Valentina pasaba por la acera del frente. Valentina se había vuelto a mirarlos. “Si vos querés podés hacer igual.” “Es muy fácil. Te sentás con ella en esa banca y le preguntás cuántos besos quiere. Ella no te va a contestar aunque se lo preguntés muchas veces. Pero entonces buscás un palito y se lo das y ella se pone colorada y comienza a hacer con el palito muchas rayas en la arena. ¿Entendés? Cada raya quiere decir cuántos besos quiere”. Era sencillísimo. El había seguido al pie de la letra las instrucciones, salvo un detalle. Comenzó a besarla en las mejillas y Valentina se enojó. “Parecés tonto —le dijo—, así no es. ¿No has visto en el cine?” Le tomó el rostro y a la fuerza lo besó en la boca. El sintió que se atragantaba, que le faltaba el aire. La empujó y salió corriendo.

—Tanto que pensás —dijo Diana sacándolo de sus reflexiones.  
—Decime, ¿en qué estabas pensando ahora?

—¿Ahora? En nada.

—No es cierto. No se puede estar sin pensar en algo. Yo he tratado.

—Ah, yo sí puedo.

—No te creo.

—¿Sabés en qué pensaba? —dijo él satisfecho de haber encontrado al fin una mentira plausible. —Que me gustaría ser bibliotecario.

—¿Bibliotecario? ¡Ay, no, qué pereza!, todo el día entre libros. ¿Sabés lo que sí debe ser lindo? Ser Capitán de Puerto. Te dan un uniforme blanco, cuando llega un barco te invitan a comer a bordo y además te hacés rico, porque hacés que todos te den una parte del contrabando y si no los mandás a la cárcel.

—¿Pero cómo decís eso?

—¡Por qué no, si es lindo!

—¡Cómo va a ser lindo que estés pensando en vivir de sinvergüenzadas! Eso no es lindo, eso es inmoral.

—¡Ay, por Dios, sinvergüenzadas! ¡Pero si todos las hacen!

—¿Quiénes son todos?

—Todos, todos. No creo que en Limón haya una sola persona que no las haga.

—¿Así que vos crees que cualquier negro tiene la menor posibilidad de llegar hasta la oficina del Capitán de Puerto a proponerle un contrabando?

—Ah, no, yo no te digo ellos, yo te digo todas las personas decentes.

—¿Y las llamás decentes porque se dedican a hacer sinvergüenzadas?

—¡Ay no, qué pereza, no entendés! Son personas decentes porque son personas decentes, porque saben comer sin meterse el cuchillo en la boca y son de familias conocidas. Pero ¿por qué voy a tener que explicarte lo que son las personas decentes?

—Pues si eso es ser decente yo no quiero ser decente.

Diana se quedó unos instantes con el ceño fruncido. —Sabés —dijo al cabo— que vos tenés ideas raras.

—Sí, tengo ideas raras.

—¿Y por qué?

—Porque pienso, porque leo, porque quiero vivir de otra manera. Por eso mismo es que quiero irme de aquí.

—¿Irte?

—Sí, irme —repitió sintiéndose hermosamente adulto. —Irme a un país que quedara muy lejos, en donde hablaran un idioma distinto y en donde no conozca a nadie. Y que fuera un país que no se pareciera a éste. Lo único que sé —añadió con la voz más oscura— es que no quiero vivir aquí, entre personas decentes.

—¡Ah no!, ¡qué lata!, eso es lo mismo que dicen todos desde hace un mes. Que aquí no se puede vivir, que hay que irse. Vieras a mamá, sólo planes hace; que nos vayamos a Panamá, a Los Angeles. Como si en todas partes no hubiera huelgas. A ver, decime, ¿vos sabés de una sola parte del mundo donde no hay huelgas?

—No sé —dijo él con desgano—; tal vez en una isla.

—Entonces vámonos a una isla. Pero que no sea chirrisca porque sería muy aburrido. Tiene que ser grande y con piscina!

—Pues si hay piscina es porque hay obreros que la hicieron y si hay obreros hay huelgas.

—No, porque la hicieron, les pagaron y se fueron. Pero ¿qué me estás mirando? Seguro la nariz. Yo sé, la tengo horrible, me han salido tantas pecas que ya no me caben.

—Estás gordilla . . .

Ella se levantó de la banca y se alisó el traje.

—¿Sabía usted, mi señor primo, que en traje de baño me veo regia?

—Sí, me imagino. —El se agachó y con un palito comenzó a hacer rayas en la arena. —¿Vos tenés novio? —preguntó sin mirarla.

—¡Ay no, qué pereza!

—¿De veras?

—Te lo juro.

—¿Así que nunca te ha besado nadie?

—Mejor vámonos ya —contestó ella después de unos segundos.

—En casa deben estar preocupados. ¿Pero qué tenés ahora?

—Nada.

—No, sí, algo tenés.

—No, nada. Es que a veces veo cosas. A veces. Las veo más claras que cuando estoy soñando.

—Yo también. A veces me quedo mirando el sol, después cierro los ojos con fuerza y veo colores dando vueltas.

El se puso de pie: —Diana —dijo con voz grave, sin mirarla, mientras caminaban. —Imaginate que vos vivís en una tribu de caníbales, nunca has conocido otra cosa y estás segura de que el canibalismo es la cosa más natural del mundo, pero un día llega alguien y les dice a los de tu tribu que eso no se debe hacer, que no pueden andar comiéndose unos a otros y que hay otras tribus en donde no son caníbales y viven mucho mejor. Pero no los convence y todos se vuelven contra él y comienzan a tirarle pedradas . . .

—Y al final se lo comen también —lo interrumpió Diana soltando la risa.

—Sí —asintió él con amargura— al final se lo comen también!





## CAPITULO VI

El jefe del Comité Nacional de la huelga se presentó a las nueve de la noche en la casa presidencial y le pasó al portero un telegrama: el jefe del Poder Ejecutivo lo llamaba a su despacho. El portero se sorprendió, pero el texto estaba muy claro y, disimulando su asombro, lo condujo por un largo corredor hasta el escritorio privado del Presidente.

—Lo mandé llamar —dijo el viejo político ahorrándose otro saludo— porque la situación es grave. Pase adelante. —Quedaron los dos sentados frente a frente en dos sillones vetustos de cuero negro. —La situación es grave —repitió el presidente—. Yo quise que la huelga siguiera su trayectoria natural, pero lo malo es que, con el consabido pretexto de que peligran sus intereses, nos van a intervenir. —Los iluminaba una sola lámpara de pie cuya luz daba de lleno en el rostro del joven, y, al verlo parpadear, el viejo se levantó con una risita bajo el bigote y cambió de lugar la lámpara colocándose él mismo bajo el foco luminoso. “Viejo soberbio” pensó el joven.

—Y eso está mal, muy mal —continuó Don Ricardo entrelazando sus dedos nudosos—. La soberanía de los países es como la virginidad de las muchachas: se pierde una sola vez. Y después nos perderían todo respeto, como le ha pasado a nuestros vecinos, y seguirían interviniéndonos con cualquier motivo.

El joven hizo un gesto con la mano como quien pide permiso para intervenir.—Un momento —siguió la voz bajo el bigote canoso—, ya termino. Nuestra patria ha conservado hasta el momento su soberanía por un verdadero milagro, dada su pequeñez. Y si no le gusta la palabra milagro digamos entonces que ello se explica porque hemos sido un poqui-

tillo dignos y lastimosamente pobres. Si hubieran descubierto aquí petróleo o si la naturaleza nos hubiera dado una cintura angosta como a Panamá, hace ya tiempo que nos hubieran perforado, aserruchado por el medio o intervenido. —Carraspeó y continuó mirando por encima de los lentes, que habían ido descendiendo por la nariz ganchuda, a su interlocutor. —Y esto de la soberanía es como la virtud de las feas, que se defiende sola. Por eso no podemos envanecernos de haberla conservado, pero tampoco debemos entregársela al primero que pase. —Se puso de pie y comenzó a recorrer a pasos lentos el salón. La costumbre había abierto un surco gastado en la alfombra. —Porque si desembarcan marinos —añadió de espaldas en una de las vueltas— yo renuncio. Yo no podría ser Presidente de un país intervenido.

El joven escuchaba con paciencia. Se sentía en presencia de un pedazo vivo de la historia patria, el último de los grandes liberales del siglo pasado; temía precipitarse; esperaba mucho de esa entrevista y aún no sabía cómo iba a tener que actuar.

—Pero no es por lo que me tocaría a mí personalmente —añadió el anciano sentándose—, por lo que lo mandé llamar. Es por lo que les tocaría a todos los costarricenses. Si el barco se hunde nos vamos a pique todos. En otros países las huelgas son pan de cada día, pero yo pensé siempre que en un país como el nuestro no ocurrirían nunca y ahora veo que me equivoqué. Esta va a ser la primera de muchas. Es la voz de los tiempos. Y ahora dígame —terminó sorpresivamente— ¿qué solución me ofrece usted?

El joven se acomodó los anteojos con el índice. Luego explicó con lentitud, pensando cada palabra, la génesis del conflicto; pintó con unos brochazos dramáticos la vida de las peonadas; dio cifras de las fabulosas utilidades de la Compañía, y terminó exponiendo las reivindicaciones de los peones que sólo pudieron desembocar en el actual conflicto debido a la soberbia terquedad de la United Fruit Co. Terminó, también sorpresivamente, sin ofrecer ninguna solución.

El Presidente entendió y sonrió. —Bien —dijo—, supongamos que ustedes tienen razón, pero si no ceden y me siguen presionando con la intervención, ¿qué hago?

—Mire, don Ricardo, usted antes habló de soberanía y se olvidó de la justicia. Aquí estamos ante un conflicto justo: trece mil hombres con sus familias piden un trato más humano. La suerte de esos compa-

triotas forma también parte de la soberanía de una nación. Patria no es sólo la bandera y los desfiles escolares del 15 de setiembre. Patria son derechos, a un pedazo de tierra, a la vida, a la . . .

—Sofismas —dijo el anciano interrumpiendo.—Si nos intervienen todos esos derechos se vuelven humo.

—No, perdone, no son sofismas. Usted mismo hizo una vez polvo unas contrataciones bananeras leoninas y dijo que a los yankis había que hablarles de pie.

—Sí, lo dije, y ahora déjeme que le cuente: ayer dí órdenes de que no dejaran llegar más a esta oficina a los abogados de la Compañía que me tienen hasta aquí con sus presiones. Pero oiga algo más que tal vez usted ignora: la United tiene gran influencia en el propio Departamento de Estado y ahora fue el propio Embajador el que me pidió que lo recibiera.

—Déjelo que venga.

—¿Y qué le digo?

—Dígale que aunque somos un país pequeño tenemos prestigio y una intervención les haría mucho daño moral y político. Recuerde que de parte de trece mil compatriotas suyos está la justicia y que de parte suya está la posibilidad de que ésta se ejerza. Hágale saber al Embajador que la Compañía debe ceder. No le diga que en caso de intervención usted renunciaría: dígale que usted denunciaría este atropello ante los ojos de todo el continente.

—¿Y qué más tengo que hacer? —preguntó el anciano con sorna.

—Puede hacer más, don Ricardo. Silencie con un reportaje suyo esa prensa venal que está clamando por la intervención; convoque a una reunión aquí mismo, en su despacho, de representantes de todas las partes, incluso el Comité de Huelga. Si acaso cede ante el Embajador, ¿no estaría en el fondo dejando que manosearan esa misma soberanía que los costarricenses sabemos que usted quiere defender?

El joven calló. El Presidente, con la cabeza reclinada en el respaldo, lo miraba con curiosidad. Se había prometido conservar su patriarcal benevolencia hasta el fin; los comunistas lo irritaban, pero era la primera vez que se encontraba a solas delante de uno de ellos. Eran los demolidores en cuya boca se distorsionaban esos viejos conceptos que constituían los pilares de sus convicciones políticas, soberanía, nación, patria; aunque, para sorpresa suya, en las palabras del joven dirigente

descubría la sinceridad que ya había desistido de buscar en los numerosos políticos que a diario desfilaban por su despacho. Lo reconocía con desconfianza. ¿No se estaría poniendo viejo? A riesgo de perder de vista su objetivo preciso en esta conversación, ¿no se estaba dejando arrastrar por una curiosidad intelectual? Por un lado hubiera querido prolongar la conversación, discutir con este hombre tosco, que escondía su juventud tras unos gruesos lentes de carey, esos viejos conceptos por tanto tiempo claros y luminosos y que ahora veía que se empañaban, que se empañaban . . . Claro que el siglo XX no era el siglo XIX, ¿pero, es que acaso él no podía mantenerse al compás con los tiempos? Con un gesto de la mano, como quien espanta una mosca, aventó esos pensamientos. Él era el Presidente de la República que hoy hacía frente al mayor peligro que había tenido que enfrentar en su historia. Debía guiarla con mano firme. No se podía detener a escuchar cantos de sirenas, ni era tampoco cualquier bisoño pasante de abogado quien podía llegar a darle consejos. En cuanto a lo que tendría que hacer, la almohada sería su mejor consejera. Al día siguiente, con la cabeza fresca, resolvería.

Se puso de pie empujando hacia atrás el sillón: —Terminemos por ahora. Mañana, tal vez mañana, le haré saber mi determinación.

★

★ ★

A oídos del Superintendente de la Compañía había llegado el rumor de que crecía la nerviosidad entre los finqueros nacionales por la duración del conflicto y que ya se habían celebrado algunos contactos secretos entre éstos y personeros de los huelguistas. Mister Maker decidió tomar el toro por los cachos.

—Yo le encuentro un gusto rico a parafina —dijo un finquero huesudo que a cada rato se pasaba el dedo por el cuello de la camisa como si se sofocara, comentando las excelencias del whiskey que la esposa de Mister Maker les había servido. La conversación se deslizaba en torno de una radio último modelo que los dueños de casa acababan de importar de los Estados Unidos. La segunda corrida hizo tintinear de nuevo el hielo en los vasos.

Estaban en casa del Superintendente, en la Zona, el recinto reservado para los altos empleados de la Compañía: una franja de dos



kilómetros frente al mar, casas sobre pilares de concreto; césped inglés; canchas de tenis y piscina. Los limonenses para entrar necesitaban un permiso especial. Además las mejores plantas de ornato de la flora del Caribe y cercas tupidas de clavelones para que la pobretería del otro lado del camino no alcanzara a echar un vistazo.

Míster Maker puso en marcha los ventiladores. Era un gringo grueso de pelo pajizo y sonrisa acogedora. Si no fuera por la nariz, boluda y con venillas, sería guapo. Se volvió a sentar en su silla de lona pensando que hasta el momento, quién sabe por qué, no había logrado crear el ambiente distendido y cordial que a él le gustaba para tratar los asuntos más serios. Levantó las cejas y don Luis Abarca, el abogado de la Compañía, entendió el gesto y habló. Razonó con elegancia. La huelga sólo en apariencia iba dirigida contra la compañía, pues si los peones la ganaban el próximo conflicto lo plantearían contra los bananeros nacionales. Era cierto que ahora era poco lo que pedían, pero “en comer y rascar todo era empezar”, y si la huelga triunfaba podría contagiarse a los otros países bananeros del Caribe. Adoptó enseguida un tono más incisivo para recordarles a los presentes que él dudaba de la existencia entre ellos de ningún ingenuo que pensara en la posibilidad de que se llegara a establecer una compañía independiente resuelta a competir con la United. Insinuó enseguida que si la huelga llegaba a triunfar la Compañía tenía ya decidido trasladarse a Honduras, dejando a Limón abandonado y en ruinas, y, finalmente, terminó sonriendo: —Hace poco hemos sabido de algunos contactos de ustedes con los dirigentes de la huelga. No es ocioso que vuelvan a leer los contratos y verán lo fácil que resultaría para la Compañía rescindirselos a quienes sigan por ese camino.

Silencio espeso. Míster Maker ofreció otro trago y otra vez tintinearon los cubitos de hielo en contrapunto con los golpes de la pelota de tenis en la cancha vecina. Don Héctor Rojas sintió que todos los otros finqueros lo miraban. Antes de entrar habían acordado que él llevaría la voz cantante. Miró el linóleo, con rombos azules y rojos.

—Claro que para la Compañía la huelga en el fondo tiene poca importancia —habló de pronto—, porque con pagar un poco menos de impuestos sobre las utilidades todo lo arregla. —Míster Maker había cruzado la pierna y jugaba con la pantufla. —Pero nosotros estamos con el agua al cuello.—“Right” oyó que decía el gringo, “por eso estamos dispuestos a ayudarles”. El oro, ¿dónde tintineó? ¿Debajo del linóleo?

—Yo sí creo —interrumpió don Evaristo, el finquero huesudo— que debemos estar unidos hasta el fin.

Don Héctor dejó de mirar el linóleo y trató de no fruncir el ceño. —Antes de entrar existía el acuerdo de que le hiciéramos ver a la Compañía que tenemos intereses parecidos, pero no idénticos. No conviene una actitud intransigente. La huelga dura ya mucho y no tiene cara de terminar.

—Pero el señor Abarca —dijo un finquero joven, ochenta hectáreas por el lado de Zent— no ha sido intransigente.

—Tenemos datos —apoyó Míster Maker— de que unos días más, firmes, y ganamos. Y, como dicen los ticos, una mano lava a la otra.

De nuevo el tintineo de monedas, alegre, prometedor. La conversación se generalizó. ¡Qué alegato tan pendejo había sido el suyo! Es que también, cuesta mucho mantenerse sereno con el olor dulzón de los racimos pudriéndose impregnándole la ropa.

—Sí, don Héctor no nos reflejó fielmente —observó don Felindo, doscientas hectáreas de tierras de primera por la Estrella.

—¡Ah, hijos...! Pero que conste que ese sayo no me viene; yo no he tenido ningún contacto con esos carajos—. Otra torpeza: **ahora** pensarían que se estaba curando en salud. Una vena comenzó a **latirle** con fuerza, junto al nudo de la corbata.

Lo importante estaba dicho. Quedaban advertidos. Lo **otro**, la **ayuda** sugerida, eso no era cuestión de tratarlo colectivamente. Lo **que cada** uno tenía que hacer, y en lo que cada uno estaba pensando en **ese** momento, era en madrugar al día siguiente para llegar de primero a **las** oficinas del Superintendente.

—Y ustedes no han pensado, Míster Maker —dijo levantando la voz sobre el coro— que la embajada podría intervenir, hacerle ver al Presidente...

El consejo era un bistec demasiado grueso para poder dorarlo en una brasas que ya se apagaban. Sólo el finquero joven se repriminó de no haber tenido él esa ocurrencia. Los demás sonrieron y don Feliciano le palmoteó las espaldas:

—Salud, Míster Rojas —dijo alguien.

Comenzaron a despedirse y Míster Maker le dijo a don Héctor, mirándolo de frente: —¿A usted no le gustaría que su sobrino trabajara con nosotros? Hay un puesto vacante, en la contabilidad.

Afuera lucía un sol radiante. El finquero joven se acercó a don Héctor: —¿Qué te pareció?

—Están asustados.

—¿Vos crees?

—Claro que están asustados. Y si no, ¿por qué nos llamaron?

—Pues yo no soy tan optimista.

—Allá vos.



Seis peones vienen, en fila india, por la montaña. Han ido al pocerón a pescar con dinamita para ver si así logran mejorar el régimen de comidas de la peonada que hace varias semanas sólo tragan plátanos sancochados, yuca y ñame. El pocerón se portó generoso y ahora cada uno trae al hombro, ensartados en una rama, una ristra de bobos.

Trino García viene adelante, silbando. —Mirá —le dice de pronto al que viene detrás, señalándole un hombre tendido en una lomita cubierta de zacate, con el rostro hundido en la hierba, las piernas abiertas y una mano torcida sobre la cabeza. —Mirá en donde se le ocurrió venir a dormir la mona.

Para acercarse tuvieron que saltar un zanjón barroso. De lejos llegó el pitazo de una locomotora.

Trino le dio un tirón y el cuerpo rodó con una rigidez de muñeco. Los otros peones se fueron acercando. Había angustia en las voces. Trino le dio otra vuelta, ahora suavemente, y al verle el rostro le salió un grito del fondo del alma: —Es mi hermanillo!

—¡Quién sería el hijueputa que lo tiró! —dijo uno.

—Los soldados, seguro ya llegaron.

Trino se sentó en el zacatal y con un pañuelo mojado comenzó a lavarle el barro del rostro.

—¿Y por dónde le habrá entrado la bala? —preguntó un peón.

El cuerpo no tenía manchas de sangre.

—¿No será que le entró por el hueco de la oreja? —dijo otro—.

En Alajuela mataron así a un primo mío y sólo en la autopsia se vino a saber.

—Sí, o lo que llaman una bala perdida —dijo un peón viejo, sonándose.

Trino había dejado de escucharlos. Ahora se encontraba de nuevo en Cot, el pueblecito verdiazul acurrucado en las faldas del Irazú de su infancia. Allí los potreros amanecían escarchados y él con su hermanillo corrían por el zacatal sintiendo las agujillas heladas en las plantas desnudas. A los dos les gustaba comerse la costra de hielo que se forma en las madrugadas en el balde de la leche, en esas madrugadas heladas, finas, y penetrantes del páramo. Después los años fueron pasando hasta el día en que a él se le metió en la cabeza la taranta de venirse a trabajar a la costa, atraído por los fuegos fatuos de los salarios en dólares que decían que pagaba la Compañía. Una vez aquí trató muchas veces de economizar, para comprarse un traje de casimir azul cruzado con tres botones y presentarse de sorpresa en su rancho. Su madre se caería sentada del gusto y él entonces le daría un montón de billetes para que se comprara otra vaca, pagara la hipoteca y saliera para siempre de pobre. Pero los salarios no eran en dólares sino en fichas que se iban como sal y agua en los comisariatos de la Compañía, y los años siguieron pasando. Un día en que llovía a chuzos apareció su hermanillo en el campamento. “¿Dónde tenés la cabeza, grandísimo idiota?” Filiberto se disculpó contándole que la vaca se había muerto y que habían tenido que alquilar el potrillo. Entonces se tomaron juntos una botella de ron y juntos habían comenzado a trabajar para la Compañía. Hasta hoy. Hoy que Filiberto parecía estar durmiendo profundamente, aunque las ojeras oscureciéndose y la nariz a cada momento más perfilada le decían que no, que no estaba durmiendo, que estaba muerto. Eso es. Que estaba muerto para siempre.

Un peón viejo le puso una mano en el hombro y el contacto sacó a Trino de su ensimismamiento. Todos miraban al suelo.

—Teníamos también una hermanilla —contó—, pero se murió de paperas. Y mi tata murió de una cornada en una corrida. Ya se murieron todos. —Se sonrió, como justificándose.

Un peón observó que estaba oscureciendo y un tercero añadió que era mejor que se pusieran en camino. Se distribuyeron los pescados para que dos quedaran con las manos libres y pudieran cargar con el muerto en una angarilla y así se alejaron de nuevo, en fila india, por la montaña.

★

★ ★

Escondido en el cabús, con la complicidad del maquinista, Paragüitas se lanzó, del tren en marcha, en los arrabales de Limón, y durante los siguientes días desarrolló una actividad intensa agitando a los trabajadores de los muelles y de los talleres de la Northern, discutiendo hasta el amanecer, durmiendo un día sí y otro no y comiendo lo que podían darle las compañeras. Ahora, a las dos de la mañana, con los ojos inyectados y tambaleándose de fatiga, regresa de una reunión más. Al fondo de la calle una sombra. ¿Quién, a esas horas?

Lo deja pasar y luego le grita. El negro da un salto.

—¿Quién sos?

—Acercate, que bajo el poste me vas a reconocer.

—¿Y por qué asustás a Tom?

—Yo no te asusté. Yo te llamé y vos diste un salto.

—Yo te oí ayer hablando —dijo el negro al reconocerlo.

—¿Dónde?

—Por el cerrito.

—¿Y qué andabas haciendo por ahí? ¿Por ahí tenés la marijuana?

—El negro estiró el labio inferior, enojado.

—¿Y estás de acuerdo con lo que dije?

Tom no contestó y preguntó a su vez: —¿Y ahora por qué me llamaste?

—Para trapearte.

El negro alzó los brazos al cielo.

—Sí, claro, vos hiciste una vaina muy mal hecha. Vos trajiste a los Rojas desde Siquirres.

—Yo no saber que son Rojas.

—Claro que lo sabías, no te hagás el pendejo. ¿Y por qué lo hiciste?

—Porque Rojas sacar el revólver y decir: negro carajo, nos tenés que llevar.

—¿Y cuánto te pagaron?

Tom puso los ojos en blanco.

—Sí, no te hagás, ¿o los trajiste de gratis?

—No, de gratis no.

—Entonces peor. ¿Y cuánto te dieron?

Interesado en la conversación, el nica no se había dado cuenta. Tom sí. En la tranquilidad de la noche las botas militares resonaban nítidas en el pavimento.



—Dos pesos cada uno.

—Por la jeringa, ¿así que por cuatro pesos te convertiste en un crumiro?

—Yo no ser crumiro —Los pasos se acercaban— ¿Y qué es eso?

—Un rompehuelgas, un enemigo de tu clase.

Los policías dieron vuelta a la esquina. Tom le pasó al nica un brazo sobre los hombros y ambos echaron a andar balanceándose y entonando con voces desafinadas una canción de borrachos. Un policía le preguntó al otro si los conocía. De alguna parte llegó una carcajada seguida de un grito histérico. Ahora las pisadas venían siguiéndolos. Se saltaron una tapia y cayeron en un solar vacío. La mujer, que había gritado, sollozaba. Saltaron otra tapia, salieron a la calle de atrás y corrieron, por si acaso, varias cuadras más.

—Te decía —insistió el nica con el aliento agitado, sentados ahora en una losa del cementerio —que te portaste como un chanco. Sí, así como lo oís.

Tom terminó por bajar la cabeza.

—¿Y todo por qué? ¿Por unos cochinos pesos?

—Mí no saber por qué lo haga —dijo el negro con la voz velada.

—Pues yo sí sé. Lo hiciste porque sos un individualista, porque vivís de espaldas a tu pueblo.

—No, mí no hacer por eso. Mí ser solo en la vida. Mí trabajar sólo en el motocar. Si Compañía saber que yo ayudar huelga, Compañía despedir a Tom. Tom tener tres hijos. Johnny chiquitito y Willy y Tommy también chiquititos. No poder, carajo, no poder!

—Pero si esta es la manera precisamente de que no te sintás solo. Nosotros somos millones. Aquí en el Atlántico miles y en el mundo millones. Somos millones! —repitió con exaltación. ¿Entendés? ¡Millones! ¡Y vos sintiéndote solo!

—No. Mí ver solo al pagador que me da plata los sábados. Si yo quedar sin trabajo vos no dar trabajo a Tom.

A Paragüitas lo iban dominando unos deseos infinitos de tirarse en cualquier parte a dormir, pero no quería, no podía cejar. Había que convencerlos uno a uno y eran millones. A veces le parecía que la montaña no tenía fin y que sus cumbres tocaban las estrellas. —Mirá, Tom, yo quiero que por lo menos entendás esto: la Compañía te paga unos cochinos pesos por un trabajo como el tuyo, responsable, peligroso. Y

vos todavía . . . Pero pensá en lo que ganan los zanjeros, los concheros. Esos están mucho peor. En cambio en Wall Street unos pocos accionistas se ganan montañas de dólares sin hacer nada, calentándose el culo en unos grandes sillones y tomando tragos. Si todos nos unimos podemos obligarlos a que nos paguen mejor, pero sólo si nos unimos, ¿entendés?

—Sí.

Al nica se le iluminó la cara —¿De veras entendiste?

El negro se levantó: —Sí, mí entender, pero Tom trabajar solo en el motocar. Tom trabajar y la Compañía pagar los sábados. Y Tom querer ayudar huelga pero no poder. Tom querer que vos gane, pero no poder hacer nada. I'm sorry! —Comenzó a alejarse y, aunque Paragüitas lo llamó varias veces, continuó en silencio, sin volverse, bamboleando cuesta abajo su enorme corpachón.



## CAPITULO VII

Desde su llegada a Limón una idea comenzó a adquirir contornos en la conciencia porosa y oscilante de Silvano. Mientras continúe la huelga, se lo repite una y otra vez, su tío no podrá regresar a la finca y llevarlo consigo. Porque no tolera la idea de tener que vivir otra vez en la casona solitaria en medio de la selva. Por eso se interesa en el desarrollo del conflicto, se inmiscuye en las conversaciones, estira la oreja.

—Yo le digo, doña Aquilina —un sombrero de jipijapa y el cuello de la camisa deshilachado, habla en la esquina de la Botica con la Directora de la Escuela—, perdone usted, pero ya verá cómo los bananeros terminarán por arreglarse con los huelguistas a espaldas de la Compañía. Los gringos se van a quedar solos. Para sacarnos ventajas se pasan amenazándonos con irse de aquí. Pero esta vez han ido muy lejos y si quieren que amarren sus petates y se vayan de una vez.

—Jesús, don Próspero, ¿qué le pasa hoy a usted? —dice la Directora pedagógica—. ¿No ve que si se van del país terminaríamos por morirnos de hambre?

—Es que no se puede empujar a las gentes contra la pared.

Silvano pasa de largo y en otro grupo escucha:

—Es que don Ricardo está muy viejo, le falta energía.

—Mirá qué gracia, lo decís ahora después que votaste por él.

—¿Y qué? Si era el mejorcito. Pero lo que es ahora se está portando como un naguas meadas. Yo que él hace tiempo que los hubiera metido en cintura. Y a ese Paragüitas, a ese que me lo dejen a mí, que ya verían cómo lo hago andar derecho.

Habla un viejito tembeque de legañosos ojos azules, que hace más de veinte años fue Comandante de Plaza.

Silvano deja atrás los grupos y se dirige al muelle. El "Ulúa" hueve melancólico por su chimenea pintada de azul y blanco. Chirrea una grúa y un tren de carga pasa barriendo el suelo con las hojas deshinchadas del banano. Se queda un rato mirando trabajar a dos marineros que están pintando el casco de colorado, después regresa y al pasar frente al American Bar oye que lo llaman.

—Mirá, Rojitas, vení. Contanos, ¿cómo fue que salieron de la finca?

Reconoce a varios empleados criollos de la Compañía e intenta seguir, pero ahora lo llaman en coro.

—No te vayás.

—Vení, contanos.

—¿Y ustedes qué? —les grita desde la acera— tomando tragos y criticando. Claro, como ganan en dólares.

—¿Y qué? ¿No te gustan? Con dólares se compra todo.

—Mirá, te doy un buen consejo —añade otro—, no te volvá a meter en camisá de once varas.

Le dio la espalda a las carcajadas y se fue a la casa con las orejas ardiendo.

Después de comida sus tíos salieron y él convidó a Diana a dar una vuelta. Llegaron al muelle, pero para entrar de noche se necesitaba un permiso especial.

Diana propuso entonces que fueran a la terraza de la Aduana. Trepan furtivos por la escalera de caracol y una vez arriba se acodan en el pretil a mirar. La noche tiene algo de pantera negra y hasta ellos llegan rumores apagados, el ronquido de un remolcador, el zumbido del viento en las jarcias.

—¿Diana?

—¿Qué?

La luna va saliendo, tres cuartos, rojiza, y le recuerda esa otra luna también anaranjada, de la noche que pasó en la finca.

—¿Te digo? Yo no me voy a quedar a vivir aquí.

De abajo sube el olor dulzón de un cargamento de bananos que se pudre en los carros de plataforma.

—¿Pero me estás oyendo?

—Sí, te estoy oyendo.

—Decíme entonces, ¿querés que nos vayamos juntos?



—Vos estás loco.

—¿Y qué nos puede pasar?

—Pero si somos menores de edad! Después nos encuentran y nos hacen volver amarrados con la policía. ¿Y a dónde querés que nos vayamos?

—Qué sé yo. Da lo mismo. A mí, tu papá todavía me debe plata de mi herencia. Con eso compramos los pasajes y nos vamos. Ya lo averigüé: un pasaje en tercera a México cuesta ciento ochenta. Después allá buscamos trabajo. —Pasa una bandada de mariposas que con la luminiscencia nocturna brillan delicadas y extrañas. —Trabajamos en lo que sea, y vos podés estudiar teatro en las noches. A mí me gustaría trabajar en un parque de diversiones; debe ser lindo tener siempre gente alegre alrededor.

Como aquellos sueños la van envolviendo, ella se defiende liberando la mano y, cuando él intenta abrazarla, protesta:

—¡Ay no, así no!

—¿Pero por qué no?

—Porque es pecado.

—¿Y por qué va a ser pecado?

—Porque somos primos. Y no me digás que no, pero vos lo hacés por miedo; eso es lo que te pasa. Por eso mismo te querés ir de Limón. Aquí están todos muertos de miedo. Yo también, pero yo soy mujer.

El no contesta y se vuelve a acodar en el pretil.

—¿Qué te pasó? ¿Te resentiste? ¡Ay no, Silvano, no te pongás así! —dice ella disponiéndose a jugar aquel juego, al comprender que no jugarlo los aleja.—Sí, está bien, nos vamos a ir juntos en el próximo barco. Nos vamos primero a México, trabajamos unos meses, juntamos plata y después nos vamos a Hollywood. Allí empezamos como extras, pero después nos descubre un director famoso y nos elige para los papeles de Romeo y Julieta. —Como él continúa encaprichado mirando el horizonte, ella le hace cosquillas con el pañuelo en la oreja, pero ya todo es inútil. Había pasado el segundo. Se había deshecho el conjuro. El sueño había plegado las alas.

El camino de regreso a la casa lo hacen desganados. Frente a la puerta ella le cuenta que don Héctor se encontró la víspera con Beto Cortés y lo convenció de que invitaran a Silvano a la próxima reunión de la Milicia que estaban tratando de organizar en vista de la gravedad creciente de los últimos acontecimientos.

—Beto se resistió, pero papá terminó por convencerlo y al final dijo que bueno, que fueras. Yo los oí, pero no quise meterme porque estaba segura de que vos no ibas a ir. ¿Verdad que no?

—¡Quién sabe! Mañana te digo. —Se despide y se vuelve a deambular por la noche solitaria. Camina muchas cuadras y, como siempre, termina en el tajamar. Un desconocido, acostado a todo lo largo en el rompeolas, al verlo se sienta y le pide fuego. Es un hombre barbado y rechoncho, con una cicatriz en una mejilla. Le pasa los fósforos y el hombre le señala un barco que se recorta apenas iluminado por la luna, en la ancha comba del horizonte.

—Hace un rato se veía entero —le dice— con casco y todo. Pronto se verá sólo el humo.

—Dichosos los que viajan —contestó él, por decir algo.

—¡Quién sabe!

—Sí, de veras.

La conversación se iba anudando, a pesar suyo. Le parece extraño, pero ya está sentado en el tajamar al lado del desconocido.

—¿Tú eres socialista?

—No, ¡qué esperanza! Aquí no se puede ser socialista. ¿Y usted es argentino?

—No, estás loco? ¡Chileno! —Apaga el cigarrillo y se guarda la colilla detrás de la oreja.—Marinero. Aquí varado después de darle varias veces la vuelta al mundo.

—¿Y qué le pasó?

—La historia de siempre; me fui de putas, me emborraché y cuando llegué al muelle el barco ya se había ido.

Silvano se puso de pie.

—No te vayas todavía —dijo el chileno. —¿No sabes de un trabajo en que pueda ganarme algunos pesos?

—No sé. Tal vez pensándolo.

—Claro, siendo de la burguesía del puerto debes tener contactos.

—No, yo no soy burgués —protestó.

—Ah no? ¿Qué eres entonces?

—Yo no soy nada todavía, acabo de sacar el bachillerato...

El chileno sonrió. Al hacerlo, Silvano se dio cuenta de que la cicatriz de la mejilla era aún más larga y fea.

—¿Y no me podrías pasar unos pesos? ¡Mira que he pasado todo el día con una taza de café!

El sacó del bolsillo las monedas que tenía y se las dio todas. El otro las guardó sin mirarlas.

—Y ahora me voy, perdone, pero estoy atrasado.

—No te vayas todavía. Quédate otro rato. Por lo menos tener con quién conversar. En este mierdero parece que nadie habla. A los negros no les entiendo, los chinos no me entienden, los burgueses andan cagados de susto y los demás están todos metidos de cabeza en la huelga.

—¿Y hace mucho que llegó?

—Ya ni me acuerdo. Y es el colmo, en Chile en cualquier parte hay una playa en donde bañarse, pero aquí ni eso. Un día caminé una hora para encontrarme con que la playa que me habían recomendado era un roquerío. Hasta un tiburón pasó mientras me estaba mojando las patas.

—Y en Chile hay muchas huelgas, ¿no es cierto?

—¿Que si hay? Cada día media docena.

—¿De veras?

—Lo menos, cabrito, lo menos. Con decirte que en Chile se han declarado en huelga hasta los jueces! Lo único que todavía no hemos visto en Chile es una huelga de solteronas.

—¿Y el barco en que usted trabaja es chileno?

—Panameño. "El Alondra". Un carguero sin itinerario. Por eso mismo no sé cuándo putas va a pasar otra vez por aquí.

"El Alondra". Un carguero sin itinerario. Lima, Guayaquil, Valparaíso! Un millón de luces relampaguearon en la noche.

—Lindó nombre.

—El nombre sí, pero es un cascarón que cualquier día se va por ojo.

—¿Y por qué no se cambia a otro mejor?

—¡Qué sé yo! Antes anduve en uno holandés. Pero no pude acostumbrarme a las comidas. Comen carne con mermelada los cretones!

—¿Y en "El Alondra" está contento?

—Tengo amigos. Y como el barco es tan remalo no pueden ser muy exigentes.

—A mí me gustaría viajar.

—¿De turista, cabrito?

—No. Trabajando de cualquier cosa.

—Pues en "El Alondra" hay pega.

—¿Y qué podría hacer yo, por ejemplo?

—Al principio, pelar papas, después . . . pelar papas. Y al final . . . pelar papas otra vez!

Río de Janeiro, La Habana. Toda la geografía de América le daba vueltas en la cabeza. Valparaíso, la cordillera, altas cumbres con nieves eternas.

—¿Y no tendría problemas? Porque yo soy menor de edad.

—En "El Alondra" no. El capitán no es fijado en leseras.

—Pues a mí me gustaría viajar!

—Es cuestión de que nos pongamos de acuerdo. Y a propósito, ¿no tienes algo de ropa que te sobre? Todas las pilchas se me quedaron a bordo y ando olisqueando con el sudor.

—Pues una camisa sí tengo—.

Se sacó la suya y se la entregó, como con vergüenza. Después se alejó, casi corriendo.

Tipo extraño! Toda la provincia ardiendo y él viendo nostálgico aparecer y desaparecer los barcos en el horizonte. Esa debía ser una de las ventajas de ser extranjero. Se estaba y no se estaba. Cuando se quería se cortaba el contacto con la vida como quien corta en la radio una música aburrida. Otorgaba una distancia, que era también una libertad mayor. Tenía que pensar más, mucho más en eso!

## CAPITULO VIII

Al día siguiente al desayuno Diana le recordó a Silvano la invitación de Cortés, curiosa por saber si al fin había resuelto asistir. Iba a ir, claro que iba a ir.

Su tío al oírlo se puso comunicativo y comenzó a contarles las últimas noticias. El Presidente de la República había resuelto enviar al Ministro de Gobernación a recorrer la zona a fin de que se entrevistara directamente con las peonadas, convencido de que éstas actuaban engañadas por sus dirigentes.

La noticia era importante. Y era muy útil estar informado de los últimos acontecimientos antes de la reunión. Eran los dirigentes los culpables; los peones no; los peones tenían hambre, simplemente!

Al acercarse la hora su excitación creció. No las tenía todas consigo, y al afeitarse notó que le temblaba la mano.

Luego escogió la ropa que se pondría: una camisa caqui y el pantalón viejo de ir a la finca. Hasta en eso quería diferenciarse de Cortés, siempre vestido impecablemente de blanco.

En el Club unos jugaban pin pon o billar y otros rodeaban a un rubio de anteojos que tocaba jazz en el piano. Conocía a la mayoría sólo de vista y para escapar a la curiosidad se acercó al piano y comenzó a llevar el ritmo con el pie, como vio que hacían los demás. ¿Qué estarían pensando de él, de su presencia allí, de sus pantalones? A su alrededor conversaban y creyó percibir alusiones, sonrisas de medio lado.

Declararon al fin abierta la reunión y se sentaron en semicírculo frente a la mesa.

—Se trata ahora de actuar más que de discutir —dijo Beto.— Es muy poco lo que hemos hecho y no podemos perder ni un solo minuto más.

Tenía desenfadado el cabrón. Hablaba mirando con dureza al auditorio, y más de una vez sus miradas se cruzaron.

—Por eso les pido que hablen corto —terminó— porque lo que ahora necesitamos es acción, acción y más acción.

Estalló un aplauso cerrado, aunque menos entusiasta de lo que llegó a temer mientras lo escuchaba. Después ofrecieron la palabra. Alguien se paró a decir que con sólo tres máuseres era ridículo hablar de prácticas de tiro. Otro habló de reforzar las finanzas, y otro más de la conveniencia de contar con alguna clase de uniforme o distintivo. El rubio del piano, que se había sentado a su lado, le cuchicheó al oído que era una estupidez pedir que se identificaran con un uniforme, rodeados como estaban de enemigos. Ya él había observado que unos hablaban de pie y otros sentados. El lo haría de pie. Cuando otro expresó dudas acerca de la utilidad misma de la organización, la reunión se despedazó en multitud de diálogos y costó mucho volver a imponer silencio.

—Todavía es tiempo —dijo Cortés.—El que tenga miedo que se vaya!

El pensó que la mayoría actuaba a contrapelo, obedeciendo los dictados de un pequeño grupo. Era a esa mayoría a quien debía dirigirse. Hablaron otros y el último lo hizo en forma tan desaliñada que la animación decayó. Cuando él pidió la palabra le latían las sienes.

—Es la primera vez que asisto a una reunión de éstas —comenzó.

—Que hable más fuerte, no se le oye.

—La organización de ustedes responde a un propósito noble —añadió elevando la voz—, pero yo quiero antes hacer algunas reflexiones—. Sus palabras provocaron un silencio total. —Porque una cosa son las peonadas y otra muy distinta los agitadores que los empujan, pero el Ministro de Gobernación hará pronto un recorrido por toda la Zona para recoger directamente la opinión de los peones. Conviene entonces que nos hagamos algunas preguntas: es justo que nos organicemos, ¿pero vamos a matar o morir defendiendo qué? ¿Acaso la huelga va dirigida contra los bananeros nacionales? ¿No sería preferible que en vez de estar aprendiendo a manejar armas nos acercáramos a los peones



a ver qué es lo que quieren, a ver si en realidad nos amenazan? Yo les propongo que vayamos, en grupos pequeños, a los distintos campamentos a hablar con ellos, en vez de aprender a disparar con los tres máuseres ridículos que tiene la organización. Además, lo que nosotros hagamos se va a terminar por saber y, cuando se sepa, ¿no estaríamos, en el fondo, creando entre los peones la sensación de que no hay arreglo posible, de que están acorralados y que la única respuesta que van a obtener son descargas cerradas? Y si les damos esa sensación, ¿no estaríamos en el fondo haciéndole el juego a los agitadores que los empujan?

Lo rodeaba un silencio sólido, compacto. —Aquí, a los peones —continuó casi gritando— se les ha llamado infelices, degenerados y varios otros insultos. Yo creo que son peones simplemente, compatriotas nuestros.

—Pues yo sostengo que son unos infelices y unos carajos —dijo una voz.

—No se trata en todo caso de discutir ahora si son más o menos infelices —dijo Cortés—. Lo que todos sabemos es que están machetean-do las plantaciones, asaltando y dinamitando. Pero aquí lo importante son las cosas concretas y el orador está divagando demasiado. Además ya ocupó los tres minutos.

—Y su proposición de que vayamos a conversar con los peones es idiota —dijo otro—. ¿Cómo vamos a ir? ¿En qué trenes? ¿Dónde vamos a dormir? Y por último, ¿en nombre de quién hablaríamos?

—El problema es muy grave —dijo Silvano levantando la voz sobre el alboroto que comenzaba—. Yo estoy seguro de que la mayoría aquí presente no está de acuerdo y sólo actúa por el temor de que los califiquen de miedosos.

—Eso no es cierto!

—Entonces, ¿por qué no aceptan lo que les propongo? Vamos a los campamentos a hablar con los peones! Lo otro, esas prácticas de tiro, eso es sólo un disfraz para sacarles plata a los finqueros. Y yo quisiera saber si hay algún control sobre esos pesos . . .

—El orador no sólo ocupó cinco minutos sino que ahora está insultándonos —dijo Cortés con calma deliberada. —Que sea la asamblea la que decida si le quitamos la palabra.

—Sí, ¡que se calle!, ¡que se calle!

—¡Para qué va a seguir diciendo estupideces!

Trató de continuar, pero el griterío ahogó sus palabras. Pronto comenzaron a chisporrotear los insultos.

—Lo que yo veo aquí es un peligro —gritó una voz ronca— que después ese güebón vaya y les cuente a los huelguistas todo lo que estamos haciendo.

La alusión a esa posibilidad hizo que los más timoratos, que hasta el momento se sentían complacidos en el fondo de que Silvano hiciera las objeciones que ellos no se atrevían a hacer, se vieran figurando en siniestras listas negras y el peligro los hizo sumarse al bando de los vociferadores. El griterío pronto fue abrumador.

Silvano, pálido como la tiza, quiso continuar pero el primer empujón lo hizo caer de bruces sobre una silla. La nariz le comenzó a sangrar. Ahora un grupo numeroso lo arrastraba. Dio codazos y patadas, pero un último empujón lo lanzó trastabillando hasta mitad de la calle. El portazo final retumbó a sus espaldas.

Todo había terminado. La escena turbulenta que se había imaginado al desayuno se había producido, pero con los papeles cambiados. Beto Cortés había resultado el héroe victorioso. De la rabia se le saltaban las lágrimas. La sangre le iba empapando la camisa. Eran la humillación, el ridículo! Malditos, cabrones mil veces malditos! Entró a un bar, pidió un ron doble y se lo bebió de un trago. Salió tosiendo, dejando un reguero de risotadas burlonas a su espalda. Malditos! Si al menos hubieran opuesto algún argumento a los suyos, pero no, había sido derrotado por la estupidez, la cobardía colectiva, la fuerza bruta. Siguió caminando sin rumbo, sin poderse sacar de la cabeza la escena, repasándola como quien se maltrata la encía en donde arde el absceso.

Cuando llegó a la casa entró al baño, se quitó la camisa y la lavó y luego se encerró en su cuarto.

—Abrime, no te hagás el dormido, ¿qué te pasa? No te quedés así, decime—. Era la voz de Diana.

—Andate.

—No, no me quiero ir sin que me digás qué te pasa —ella fue entreabriendo la puerta y asomó un ojo— ¿Y por qué estás sin camisa? Te vas a resfriar—. Entró y se sentó en el borde de su cama. —¿Qué fue? ¿Qué pasó?

—Nada, andate, ya te dije que te fueras.

—Pero Tano, estás temblando. ¿Por qué estás temblando? Tal vez tengás calentura y estés delirando. ¿Te traigo el termómetro?

—Si traés el termómetro lo quiebro!

—¿Pero qué tenés?

El se sentó en la cama: —Vos crees que yo estoy loco —le preguntó mirándola con los ojos muy abiertos a la raíz de los cabellos. —Y no es eso. Nada más que a veces me invade un desgano profundo, no tengo ganas de hacer nada y me desespero. Otras veces quisiera ser como los demás, no tener tantas preocupaciones y no torturarme tanto. Yo veo cómo los demás tratan de divertirse y yo no puedo. Yo pienso tanto, y no puedo tomar nada a broma. Por eso a veces me dan ganas de morirme. ¿Y sabés? A veces siento desprecio por el mundo, pero después me digo: ¿tiene el mundo la culpa de no ser como yo? Pero ahora mejor andate. Ya se me pasó. Andate!

Diana salió y él abrió la persiana y se asomó al exterior. El aire, tembloroso y húmedo con la reverberación, parecía hecho de agua azucarada. Arriba brillaba un cielo puro e infantil. Y adentro, incansable en sus trajines, con el sombrero encasquetado hasta las orejas, Azucena, que anda muy triste porque se siente enferma y teme que la manden al Hospital, cantaba con una voz aterciopelada y melancólica:

*"Yes Evelina, sweet Evelina,  
my love for you will never, never die"*



## CAPITULO IX

En la mañana se apelonan nubarrones, y un viento alto remece las palmeras y arrastra hojas sueltas. Se aproxima la temporada de las grandes lluvias, de las inundaciones, de los vientos huracanados.

—Cuando yo era niño, en Heredia —Silvano le cuenta a Diana mientras esperan que pase el chubasco, arrinconados bajo un alero casual— una hoja de zinc pasó arrastrada por un ventarrón y degolló una gallina. El pobre bicho corrió varios metros sin cabeza, con un chorro de sangre saliéndole del pescuezo, como un surtidor. Así pasa a veces —terminó sombrío.

Mientras esperan, el viento arrecia, recoge polvaredas, encrespa basuras, forma remolinos turbulentos. Apenas escampa van al tajamar: el viento levanta el mar en vilo y lo lanza sobre los bancos de coral. Las olas castigan con furia el malecón.

Ese día y los siguientes, en que no cesa de llover, Silvano se refugia en la cocina. Cuando conversa con Azucena, piensa a menudo en Tom. ¿Por dónde andará el negro? Se lo imagina siempre surgiendo de un viento huracanado, con su gran cabezota moteada y su sonrisa resplandeciente. “Siempre ligero, ioh yeah, siempre ligero!” Una premonición oscura se le repite y a menudo, cuando lo recuerda, lo ve saltando por los aires en un accidente aparatoso.

Azucena le expone sus quejas: —Don Silvanito, ellos decir que son várices pero mí no creer—. Le muestra en sus pantorrillas estrías cenicientas zigzagueando sobre el color caimito de la carne. Algo anda mal, ¿pero várices? No, en realidad no parecen.

—No te aflijás, Azucena, yo hablaré con mi tío para que te mande al médico.

La negra se santigua, se encasqueta más el sombrero, murmura cosas ininteligibles. Y canta. —

A Silvano le gusta oírle contar sus historias, escuchadas de sus padres quienes a su vez las oyeron de sus abuelos. Mitos y leyendas de los tiempos en que vivían en Jamaica, antes de que los trajeran a Costa Rica a trabajar en el ferrocarril y en las plantaciones de cacao, y otros, más borrosos, más lejanos, del Africa.

—Vos sabés, Azucena, ¿por qué a ustedes los morenos los llamamos chumecas?

—No, mí no saber.

—Porque cuando les preguntaban de dónde eran, ustedes decían que de Jamaica, pero lo pronunciaban Yaméica.

—Oh, Lord my God, mí no saber —y la negra, como ocurre casi siempre, se lanza a reír.

Afuera sigue lloviendo. Brillan relámpagos lívidos, y en el corazón, con la humedad, se forma un moho nervioso, irritable.

Por último las gordas nubes alquitranadas se descargan con magnífica violencia. La cortina de agua es tan tupida que no se alcanza a ver nada a tres metros. Figuras encorvadas pasan saltando los charcos y los grandes pájaros marinos vuelan desorientados, graznando.

Cuando escampa, Silvano sale, va a los barrios alejados. Entra en las pulperías. A veces se atreve y pregunta por Paragüitas. Se le ha despertado un gran interés por el nicaragüense, no sabe bien por qué ni para qué, pero a la tercera o cuarta vez se da cuenta de que provoca de inmediato una desconfianza instintiva. Lo miran de arriba a abajo. Se miran entre sí.

—¿Liniero, dice?

—Sí, es que tengo un recado que darle.

—Pues no, no lo conocemos.

Hace ya varios días, desde el incidente en el Club, evita andar por las calles del centro. Diana se pasa invitándolo, pero él no le acepta. La espera en la casa, eso sí. Le gusta verla llegar de regreso de la piscina, colorada por el sol. La desnudez de sus brazos rosados, que al aire libre no le impresiona, aquí, en la penumbra de la casa le resulta excitante. Anoche soñó con ella. Se vio de pronto sentado en un circo. Un número



infinito de graderías rodeaban el redondel de arena. En el centro de la pista una mujer apoya la espalda en una mampara. Redoblan los tambores y sale un hombre con antifaz, altas botas negras charoladas y caminando de puntillas. Esgrime con soltura enfatuada dos hachas que balancea con movimientos rítmicos. Brota un grito: el hombre ha lanzado un hacha describiendo una hermosa parábola. La hoja corta con un ruidillo seco el tobillo de la mujer. El público estalla frenético en una batahola indescriptible: se abalanzan unos contra otros, lanzan los sombreros al aire y rugen como demonios. El comprende con lucidez dolorosa que el cuerpo de la mujer descansa ahora sobre sus dos muñones. Entonces salta por encima de las hileras de bancas, hasta que llega a la pista; se agacha, pega la mejilla en tierra para mirar mejor y se convence: por la lámina fría del acero se escurre un fino chorrillo escarlata; la sangre culebrea caprichosa y al llegar al borde del hacha se despeña en una catarata diminuta. Lentamente, muy lentamente, la arena comienza a teñirse de rosa. En ese momento escucha que lo llaman: — ¡Tano, Tanito! Su prima, mutilada, lo miraba con una espantosa fijeza!

Emergió de la pesadilla con palpitaciones y se sentó en la cama hasta que logró serenarse. Luego, estirado de nuevo bajo la colcha, comenzó a recordar. Fue una noche de enero, hacía varios años. Sus tíos habían ido al cine y Azucena, al fondo de la casa, lavaba al compás de una canción que parecía no tener fin. El, acostado, miraba el cielo, en donde brillaba una luna cerosa. Hasta su cuarto llegaba un rumor lejano de oleaje infinito y creciente.

En el cuarto del lado dormía Diana. Durante el día habían peleado por unas semillas de zapote, ella le había gritado que él era un ente-nao, él se quejó a su tío y éste regañó y castigó a la muchacha. Desde ese momento y durante toda la tarde ambos cuidaron de no dirigirse la palabra. Por eso ahora lo sorprendió escuchar insinuante su voz, a través de los delgados tabiques, como queriendo borrar lo ocurrido. Guardó un silencio rencoroso, hasta que la escuchó de nuevo.

— ¡Silvano, vení!

— ¿Me llamaste?

Ambos hablaban con el mismo siseo culpable.

— Sí.

— ¿Qué querés?

— Que vengás.

—No quiero.

—Sí, vení, vení, te conviene.

Salió de su pieza, cruzó descalzo por la gustosa frialdad del corredor de baldosas, y entró. Su prima estaba sentada en la cama con su camisa de dormir color salmón y una expresión extraña. Una lechosa claridad lunada dibujaba las líneas de su cuerpo bajo la tela. Lo recibió con un tono rotundo, como si gritara:

—¡Silvano, mirá, ya tengo leche!

El se sintió al borde de una puerta que no podría franquear sin que se le revelara un misterio tremendo.

—¿Cómo? ¿Por qué? ¿Tenés leche? ¿De veras?

—Sí, mirá—. Ella se acostó y se sacó por el escote una tetita diminuta y apretándola con el índice y el pulgar, frente a los ojos desorbitados de su primo, repitió:

—¡Tengo, ya tengo leche!

Y quizás porque él sintió de pronto una profunda piedad por sí mismo todo lo que atinó fue a pasarle una mano por el pelo y correr a su pieza de donde regresó con las semillas de zapote. Se las puso en el regazo e insistió en que las cogiera todas. Pero ella porfió una vez más.

—Pero fijate, es que no te has fijado bien—. Y había un orgullo en sus palabras que se iba convirtiendo en rabia. Entonces él se agachó, probó con la punta de la lengua, y aun cuando todo lo que obtuvo fue el ligerísimo sabor salobre de la transpiración, estuvo dispuesto a sentir.

—Sí, tenés. ¿Y no te da miedo?

Ella no le respondió sino que atrayéndolo sobre su pecho le dijo al oído:

—Tengo más, no has probado bien.

Y lo apretó contra su pecho que cedió elástico y él sintió la dura formación de las costillas contra su rostro.

De la cocina llegó un silencio: Azucena de pronto había dejado de cantar. Y, dentro de aquel silencio, ruidillos insignificantes que antes no había escuchado: el aleteo del corazón de su prima, el quejido de un mueble que se lamentaba de su inmovilidad, y el mar, siempre el mar con su enorme respiración jadeante.

Se asustó del silencio, corrió a su cuarto y se metió en la cama. Y sólo al cabo de un rato escuchó la voz de su prima que le proponía:

—Silvano, cojamos dos semillas cada uno.  
Y él dijo que bueno.



El lunes partió Azucena a ver al médico. Sirvió primero el desayuno, y aun cuando trataron de convencerla de que podía hacer el arreglo de los cuartos al regreso, estuvo trajinando hasta pasadas las diez. A esa hora salió de su cuarto muy emperifollada, con un vestido anaranjado y un sombrero de terciopelo, cónico, rematado por una larga pluma verde.

—¡Vengan a ver —anunció Diana a gritos—, vengan a ver a Azu, miren qué elegancia!

La negra se acercaba con timidez por el corredor, un poco de medio lado, algo alzada de hombros y con una sonrisa triste, como si quisiera pedirles perdón por provocarles aquella molestia y aquel gasto.

Don Héctor le palmeó los hombros para animarla y en los ojos de la mujer brilló la luz del agradecimiento. Se quedó con la mano en la perilla de la puerta, sin decidirse a franquearla.

—Andá, Azucena, —le dijo doña Elvira—, ya verás que eso no es nada y que con cualquier remedio se te quita. Y cuando salgás del médico, si querés podés pasar a ver a tus sobrinillos.

Azucena bajó la cabeza, murmuró algo, descendió las gradas y echó a andar. Mientras iba arrastrando sus pies por la acera pensaba en lo buenos que habían sido al enviárla al médico y no al hospital, como al comienzo se lo habían insinuado. Hubiera querido tanto poder expresar lo que sentía. Poder decirles que estaba muy triste de ser una mujer ignorante, pero más triste aún de estar tan sola, tan sola y tan triste. Tal vez a la vuelta podría decirles: “Oh, Azucena querer mucho a todos ustedes. Hasta a Diana, que se burla de mí, porque Diana es bonita como un sol y yo mirar como crecer desde chiquitita . . .”

Se sonó la nariz y mentalmente rezó: “My Lord, que no tener nada grave para poder servir muchos años más a mis patrones”.

Un rato después don Héctor le pidió a Silvano que lo acompañara a las oficinas de la United:

—Vamos, Míster Maker me habló de vos y quiero presentártelo. No es que esté de acuerdo en que trabajés con ellos, vos vas a trabajar conmigo en la finca, pero no quiero que crea que le hago un desaire.

Dieron la vuelta por el callejón y, al pasar frente al consultorio, Silvano propuso que entraran un momento a averiguar cómo le había ido a Azucena:

La voz del médico preguntando quiénes eran llegó cantarina desde el otro lado de un tabique.

—Soy yo, doctor, Héctor Rojas.

Se abrió la mampara. El doctor usaba anteojos sujetos a la nariz con unas pinzas de oro y se peinaba con carrera al medio.

—¿Este es Silvano? ¡Hombre, muchacho, qué manera de crecer! Pero esas espinillas, . . . Hay que dejar las manos quietas y tomar levadura. Pero lo que es a ustedes, si no se les enferma la cocinera no se les ve por estos lados. ¡Qué familia de fierro, los Rojas! Yo conocí a don Archibaldo. Hombres de esos no se ven en estos tiempos. Pero bueno, vamos al grano. Pueden pasar, allí está. ¿Te atrevés, muchacho?

—¿Pero por qué?

—No, si yo sé que estas cosas es mejor verlas —suspiró, y abrió la mampara.

Boca abajo en un diván, con el rostro muy negro sobre la sábana blanca, estaba Azucena. Cuando los sintió entrar trató de bajarse la ropa. El doctor la tranquilizó:

—¿Por qué vergüenzas? Si ellos mismos te mandaron aquí para que te pongamos buena —y se adelantó caminando elásticamente sobre sus blancos zapatos con suela de goma.

Azucena cruzó una mirada con Silvano y al muchacho le impresionó la sensación húmeda, de porcelana líquida, de sus ojos y sintió una gran ternura al ver en el suelo, al lado del diván, su alto sombrero con la pluma verde.

— ¡Oh, Lord, what a shame, what a shame!

El doctor se colocó detrás, donde ella no podía verlo, prendió un fósforo y se lo aplicó a la carne del muslo. Se escuchó un leve chirrido, la cabeza del fósforo se quedó pegada a la piel, casi instantáneamente les llegó el olorcillo a carne chamuscada. Silvano trató de dominarse, mientras Azucena volvía a repetir, con los labios gordos cayéndole de lado por la postura en que se encontraba:

— ¡Oh, Lord, sweet Lord, what a shame!

El doctor se volvió entonces hacia los Rojas y les dijo deletreando la palabra: —Ele - e - pe - ere - a.

Don Héctor movió los labios pero no dijo nada y el doctor los hizo regresar a la salita de espera, les ofreció asiento y comenzó a explicarles:

—No le duele. Llegó a decirme que le diera un remedio porque a veces sentía el trasero dormido. ¿Se impresionaron, verdad? Yo sabía, pero estas cosas hay que verlas. Ayuda, todo conocimiento ayuda a . . . —frunció el ceño como buscando una idea que se le escapaba— ayuda a que comprendamos qué mal está hecho el mundo. ¿No es cierto, Silvano? Porque viendo a esa negra yo pensaba en el dinero que se gasta en tantas cosas inútiles. Casualmente hace dos días vi una película yanqui que dicen que costó no sé cuántos millones y yo pensaba que todos podríamos pasarnos perfectamente sin esa película y que, en cambio, con esos millones . . .

Don Héctor, inquieto, había metido la manos por debajo del cinturón para rascarse. Silvano sentía que la boca se le había llenado de una saliva espesa.

—El germen se llama *mycobacterium leprae*, lo descubrió Hansen a fines del siglo pasado. Muy parecido, pero muy parecido al de la tuberculosis. En Lyon tuve la ocasión de verlo al microscopio. Hay dos tipos. El de la cocinera de ustedes se caracteriza por el engruesamiento de la piel que se llena de nódulos, a veces ulcerados. ¿Es muy contagiosa? Eso me querían preguntar, ¿no es cierto? —añadió con una leve sonrisa. —No. No tanto como se teme. Al contrario. Se necesita un contacto prolongado y constante, a veces de años, para adquirirla.

—Pero es que ella ha estado más de quince años en casa —dijo don Héctor.

—No, no se preocupen. Claro que hay que aislarla, pero en los Estados Unidos ya no hacen objeción para admitir a los leprosos en los hospitales generales. Tomando precauciones higiénicas y algunas otras, no ofrecen peligro para el resto de los enfermos.

—¿Y tiene cura? —preguntó Silvano.

—Bueno, hay un tratamiento, claro, con base en el aceite de chaulmoogra. Pero los estoy aburriendo con términos técnicos. Un tipo de lepra da unos ocho a diez años de vida. El otro da más, veinte o veinticinco . . . Y ya les digo, no se asusten tanto. Más que del contagio debemos preocuparnos de otra cosa: de guardar el secreto. Ustedes saben lo ignorantes que son las gentes y el pánico, casi atávico, que des-



pierta esa sola palabra. Por eso vamos a decir que es otra cosa, que es un caso de micosis\*fungoidea. A ver, se los repito para que se lo aprendan: micosis fungoidea.

—Y dígame, doctor, ¿tenemos que desinfectar la casa? —preguntó don Héctor.

—Bueno, claro, sería mejor. Y la ropa de ella mándenla a la autoclave. Yo a ella la mandaré de aquí directamente al hospital.

—Pero ella al hospital no quiere ir —dijo Silvano.

—Bueno, muchacho, tampoco la podemos poner en una vitrina. No, mi amigo, ella irá al hospital y allí la colocarán en la sección contagiosos mientras la trasladan al leprosoario. Le va a tocar entre un caso de viruela y otro de escarlatina, pero, ¡qué le vamos a hacer! Es penoso, pero ¿creen ustedes que nosotros tres solos vamos a poder arreglar el mundo? Y ya les digo, no se asusten, de ninguna manera. Y ahora si quieren pueden pasar a lavarse las manos. Yo sé. Eso es lo que dan deseos de hacer.

Detrás de un biombo había un lavatorio. Don Héctor se enrolló las mangas de la camisa para enjabonarse hasta el codo. Silvano, mientras tanto, se recriminaba, pues, por más esfuerzos que hacía por pensar en Azucena, víctima única, real y solitaria de aquella tragedia, la atención se le desviaba hacia las posibilidades de contagio y pensaba en Diana, en sus brazos rosados y frescos, en sus mejillas adornadas por camanances. No, era evidente que ellos tres solos no podrían jamás arreglar el mundo!

Antes de salir, Silvano se acercó a la mampara para decirle adiós y se quedó unos instantes escuchando, pero no le llegó ninguna respuesta. Tal vez un rumor de llanto apagado. Al llegar a la esquina escucharon la sirena de un navío que partía. Mugía lánguida y melancólica como si el barco al partir dejara un pedazo de su alma enredado en aquel puerto. Los marineros, acodados en las barandillas, lo mirarían aburridos alejarse. Era un puerto cualquiera en su itinerario, un puerto chico, bastante sucio, primitivo y violento. Un puerto en donde la vida bullía tumultuosa, se serenaba plácida, se angustiaba repentina o se torturaba inclemente, como en Casablanca, Talcahuano, Guayaquil, Tenerife. Este era Puerto Limón y aquí la vida agitaba en sus remolinos a unos cuantos millares de criollos, otros tantos negros, y algunos gringos de una patria distante. Y la sirena parecía gemir por todos ellos como si los compren-



diera y vibrara con sus miserias flácidas, con sus insomnios trémulos, con sus alegrías efímeras. Como si con su largo gemido ululante diera alguna explicación a lo inexplicable y tratara de congraciarse, a la manera de los pobres que, para darse mutuamente consuelo, se congregan y aprietan alrededor de sus dolores.

Y al escuchar la sirena muchos corazones se sintieron extrañamente enlazados, como eslabones de una misma y larga cadena, presintiendo que ahora se iba un eslabón más a las profundidades del abismo arrastrado por el ancla implacable. Esta vez se trataba de una negra, inocente como un niño, que sé había esforzado toda su vida por ser una buena cocinera, por tener los pisos relucientes como espejos y por memorizar todos los himnos de la media docena de religiones que se practicaban en el Puerto, para ir los domingos de misa en misa, de iglesita de madera en iglesita de madera, cantándolos. Esa era su gran alegría, casi tan grande como la que sentía cuando le daban permiso y se iba a la casa de su hermano a remendarle la ropa a sus sobrinillos y a dejarle a Tom con timidez y con infinita delicadeza, debajo de la almohada, el sobre con su sueldo para que pudiera barajarse con sus chiquillos, tan dejados que estaban de la mano de Dios desde la muerte de Ruby.

El cocinero del barco, un filipino siempre risueño, cerró el ojo de buey y se dedicó a sus quehaceres. Silvano y don Héctor dieron vuelta a la esquina. En la puerta de la pulpería dos chinos alegaban en su idioma, agitando los brazos. Pasó un chicuelo rayando la pared con tiza y el reloj del mercado dio las once. Y junto con el tañido de la última campanada la sirena volvió a mugir, más tenue, como cansándose. Ahora parecía decir:

“Cuando regrese, después de cruzar el gran océano, Azucena ya habrá muerto. Sus sobrinillos preguntarán: ¿Dónde está tía Azucena que no viene? Está en el cielo, detrás de aquella nube gorda que brilla con el sol. Oh yeah!”, les contestará Tom Winkelman. Y los niños insistirán, sobre todo a la hora del crepúsculo, cuando suben al corredor cansados de corretear todo el día, y Tom les volverá a repetir lo mismo mirando hacia otro lado. Y el barco volverá a partir y volverá a cruzar el gran océano y a su regreso ya todos la habrán olvidado. Entonces, y sólo entonces, Azucena comenzará a estar verdaderamente muerta. Porque sólo entonces el ancla habrá llegado al fondo del abismo. Y esa noche, durante el sueño, el eslabón siguiente de la larga cadena comen-

zará a agitarse, sacudido por una pesadilla que al despertar ya se habrá esfumado, pero que le dejará el cuerpo perlado de sudor. Y en ese momento escuchará cómo el reloj del mercado da de nuevo la hora y curioso por saber si el día amenaza lluvia mirará hacia el cielo y lo verá brillando esplendoroso. Y no mirará más. Y no se dará cuenta de que ese día las nubes son diferentes. No lo notará, porque en realidad la forma de las nubes significa muy poco para los hombres.

Al dar vuelta a la esquina, Silvano, sintiendo un profundo malestar por dentro, dijo desafiante mirando a su tío:

— ¡Esta vida es una buena mierda!

Aunque no era eso lo que quería decir.

## CAPITULO X

Doña Elvira comenzó de mal humor a retirar los platos: don Héctor había encontrado la sopa muy salada y el picadillo sin sal.

—No se quede sentada, ayude a su madre. Me hierve la sangre ver cómo se está criando esta niñita.

Diana mira desolada a su madre y luego, con un mohín desdeñoso, a su padre.

—Elvira —continúa don Héctor subiendo la voz— hoy Diana va a lavar sola los platos. Yo no estoy dispuesto a criar hijitas de millonario.

Diana sabe que la tormenta se descargará rápida, pero, mientras tanto . . .

—No te sulfurés, Héctor. Desde que se fue Azucena, Diana me ayuda mucho más, pero hoy yo le había dado permiso. Yo los lavo hoy. A mí no me cuesta.

—Pues no se nota en qué ayuda.

—Sí, papá, sí, es cierto; hoy yo hice las camas.

—Además que lavando platos se echan a perder tanto las manos. Lo que vos debías es ayudarme a encontrar otra cocinera. ¡Ha venido a ofrecerse cada calamidad!

—¿Y las tuyas, no?

—Las mías, ¿qué?

—Tus manos.

—Esas ya no cuentan. Diana es joven. Hay que ver las cosas como son.

—Pues yo sí cuento. Y ya me tienen ustedes hasta aquí. Dame más jalea. ¿Y adónde piensa ir hoy?

—A dar una vuelta en bote, con Beto. Van otros, también.

Don Héctor empuja el plato hacia el centro de la mesa y comienza a recoger las migas, esparcidas por el mantel, con movimientos rápidos del dedo meñique.

—Beto, —dice al cabo de un rato— hay algo en él que no me gusta.

—Ya eso lo hemos hablado, Héctor. Muchas veces lo hemos hablado.

—Sí, muchas veces lo hemos hablado, pero nunca me has convencido.

—¡Pero si la última vez estuvimos de acuerdo! No me digás ahora que no te acordás. Por cierto que esta mañana pasó por aquí. Dijo que tenía urgencia de hablar con vos.

—Ya me lo encontré. Es muy vivo, pero la política es otra cosa.

—No insistás ahora en eso, Héctor. Eso lo hablaremos después, nosotros.

—En todo caso que vuelvan temprano. Y para la próxima yo quiero que esos permisos me los consulten a mí.

Elvira no responde. Va a la cocina y regresa con el café.

—A ver si no me lo critican también. Y a vos, Silvano, no te voy a dar. Ya te dije, no te conviene para los nervios.

—¡Qué nervios ni qué culindingadas! —salta don Héctor. —Eso de nervios que se quede para las mujeres. La ociosidad, eso es lo que le tiene los nervios así.

Diana no aguanta más:

—¿Así que puedo ir, papito?

Don Héctor mira a su hija por debajo de las cejas. La mirada es ceñuda, pero la muchacha comprende que ya pasó el nubarrón; se levanta de un salto, le da a su padre un sonoro beso en la mejilla y convertida en un remolino recoge el sombrero de paja y sale corriendo. Don Héctor la ve salir con una expresión de bovina ternura. —Hasta cuándo durará esta maldita huelga —dice como conclusión dejando caer sus manazas desoladas sobre la mesa. —Pedí una adecuación de pagos en el Banco y hoy que pasé a preguntar no me supieron decir nada todavía. ¡Y un racimo que se pudre, se pudre! Nadie nos va a compensar después esto. Y el Gobierno empeñado en tratar a esos carajos con guantes de seda.

—Pero tío —se atreve Silvano—, si no pueden meterlos presos a todos!

—No se trata de eso. No se trata de meterlos presos. Lo que hay que hacerles entender es que la cosa va en serio. Yo soy liberal, como don Ricardo, pero esto no es liberalismo, esto es pura palanganería. Y si alguien me convence que esto es liberalismo entonces que se vayan a la mierda con su liberalismo. ¡Si hemos perdido ya tres cortas y la cosa no tiene cara de terminar! Claro, el Ministro tiene su sueldo, y don Ricardo tiene su sueldo y la Compañía puede reírse porque con cortar un poco más de fruta en Honduras resuelve el problema. ¿Pero nosotros qué? ¿Nos comemos las uñas? Y si esos cabrones llegan a enterarse de las vacilaciones del Gobierno, y no sería raro que se enteraran porque yo creo que tienen gente agazapada en los mismos Ministerios, entonces estamos fregados. Entonces los desgraciados, que están felices de vacaciones, van a seguir vagabundeando otro mes más.

—¿Y si hablan ustedes con los huelguistas? —propone Silvano.  
—Si se pusieran de acuerdo con ellos la Compañía tendría que aflojar. Y no crea, tío, los peones no están de vacaciones, a mí me consta que están pasando hambre.

—¿Y por qué te consta?

—No, no es que me conste, pero estoy seguro. Si hace ya mucho que no reciben un cinco.

—Pero comen, comen bananos o comen ñame. Además como están de vagabundos no necesitan comer mucho.

—¿Y por qué de veras no hablan ustedes con los huelguistas?

Los ojos del finquero se avivan con una chispa de desconfianza.

—No te metás en lo que no entendés. Haceme el favor. Porque si insistís en eso me vas a obligar a creer que me estás poniendo una trampa. Pobre diablo el que lo hiciera. Yo hablo hoy con uno de ellos y mañana mismo lo sabría la Compañía.

—¿Y qué importa que lo sepa?

—¡Ah la pucha, ¡qué niño tan ingenuo!

—Pero que no hable entonces uno solo. Que sea un comité en representación de todos.

—Sí, seguro, te voy a hacer caso. Voy a salir de aquí ahora mismo a hablar con los otros finqueros para que formemos un comité. Y esta noche Míster Maker me va a invitar a su casa a un banquete para celebrar mi iniciativa. —Hace una pausa para soltarse el botón del cuello.

—Mejor decime, ¿qué intereses son los que defendés? ¿Los míos, que

son los tuyos y los de todo el país, o los de quién? Si aquí hay una sola cosa que hacer: convencer al Presidente de que use mano dura. Eso es lo único y lo demás son platos de babas. Porque el Viejo sigue engañado y hay que sacarlo del engaño. Usando los medios que sea. Metiendo en el baile a los mismos Estados Unidos. Para eso me buscaba Beto y ahora veo que tenía toda la razón. No hay otra salida. No la hay. No la veo.

—¿Y Beto qué le proponía?

—Ya has hablado demasiado, Héctor —lo previene Elvira.

—Sí, es cierto, ya he hablado demasiado. No, lo de Beto no va a resultar. —Empuja la silla hacia atrás, se pone de pie y va a contemplarse en el espejo del paragüero. —A veces me dan ganas de mandarlo todo al carajo —dice con la voz extrañamente tranquila—. Todo y todos al carajo.



—¿Cuándo crees vos que terminará todo esto? —pregunta Elvira a Silvano una hora más tarde, mientras cose en la máquina una blusa para Diana.

—No sé.

La mujer pedalea con fuerza. —Yo creo que vos estás equivocado. La huelga va a tener que terminar muy pronto.

—Yo no he dicho que vaya a durar.

—Pero quisieras que durara. Porque cuando la huelga termine, tendrás que irte a la finca y eso no te hace ninguna gracia, ¿verdad? —Levanta la cabeza y lo mira de frente.

Silvano estira la mano, coge el periódico y se esconde entre sus páginas. Los ojos de su tía horadan el papel. El calor, como una gelatina, invade hasta los últimos rincones del cuarto. Vuelve a iniciarse el furioso pedaleo.

En ese momento aparece en la ventana Cortés preguntando por Diana. Silvano se encoge, hosco, en la silla.

—Pero si Diana salió a buscarlo, —la voz de Elvira se endulza—. ¿No se encontraron? Salió hará media hora y me dijo que iba con usted a pasear en bote.



—Pues no, doña Elvira. Y yo venía precisamente a avisarle que no íbamos a poder ir. Me echaron a perder el bote. Algún desgraciado le echó anoche arena al motor.

Conversan otro poco, Beto se despide y Elvira queda un rato mirando a su sobrino. No la engaña. Está fingiendo que lee.

—Vos no lo podés ver ni en pintura, ¿no?

—¡Bah!, por mí que se pudra solo.

—¡No te dije!

—En cambio a usted le encanta, ¿no? —baja con rabia el periódico arrugándolo. —Tan valiente, tan decidido, armando su grupito de matones; en estupeñidas relaciones con la Compañía. Y más encima con su mamá, que cuando se muera le va a tirar unos cuantos miles de pesos en el regazo.

—Pues no todos pueden decir lo mismo.

—Por eso tantos permisos a Diana a espaldas del tío. Esa sería la mejor partida de póker que usted habría jugado en su vida. Y por eso a usted no le importa ni siquiera averiguar adónde van cuando salen.

—Pues no sos vos quien me va a enseñar a mí cómo tengo que educar a mi hija. ¡Eso sí que estaría lindo! Y la rabia que te da es que Beto sabe lo que quiere. No como vos, que no vas a quedar nunca bien, ni con Dios ni con el diablo. Además, para que lo sepás, estoy en mi derecho si quiero buscar para Diana alguien que la saque de este basurero.

—Pues siento mucho que esta vez le haya fallado el plan, tía. Elvira lo mira con detención.

—Sí, ya me lo imaginaba. Es de tu estilo! Pues sabés?, tal vez Héctor tenga razón. Te va a hacer bien irte a la finca; allí te vas a hacer hombre. Porque vas a ver cómo, cuando Héctor te lo diga, te vas a ir mansito con él. —Detiene la costura para cambiar el carrete. —¡Ay, la finca! —suspira mientras enhebra la aguja. —¿Sabías que la cocinera se emborracha? Llega a ver diablos azules y tiene una fuerza tremenda. Pero ya se me hizo un enredo con este hilo. La última vez se necesitaron cuatro peones para amarrarla a la tijereta.

Mala. Era mala su tía. La mira con rencor mientras ella dobla con prolijidad la orilla de la tela y la marca con la uña para coser el ruedo. Siente que lo invade la conciencia de una desoladora orfandad y cuando habla de nuevo en su voz hay un matiz de imploración.

—¿Y qué es lo que usted anda buscando, tía? ¿Que me rebele contra el tío? ¿Que me vaya de aquí para siempre?

Ella pedalea un rato en silencio. Silvano es sólo un novato y se le ha rendido pronto, pero tiene que saber jugar todas sus cartas. Hace días observa su creciente intimidad con su hija. Diana es caprichosa. Y Beto puede cualquier día resentirse con sus désaires y coqueteos. Es claro que ella quiere que Silvano se vaya. No que se vaya para siempre; con que se vaya a la finca, que es lo que Héctor quiere.

—Sos vos, no yo, quien quiere eso —le contesta apaciguadora, casi maternal—. Sos vos quien querría escaparse lejos de este chiquero. Y ¿quién no? Yo también me querría ir a cualquier parte, lejos de aquí.

—¿De veras, tía?

—Son sueños, Silvano —lo mira con sorna—. Sueños tropicales. También querría sacarme la lotería. Pero no vale perder el tiempo soñando. Volvamos a la realidad. ¿Qué mejor para vos que irte a la finca? Escuchame, no me interrumpás. Ahí podrías hacerte una situación. La idea de Héctor es que algún día lo reemplacés; al fin y al cabo él no tuvo hijos hombres. Y cuando tengás tu plata, vas a poder decirle cuatro frescas a cualquier cretino, aplastar al que se te ponga por delante:

— ¡Pero si yo no quiero aplastar a nadie!

— ¡Bueno, eso lo decís ahora, pero ya verás! Y cuando seas un hombre de negocios, con tu educación y tu facilidad de palabra, que Héctor no tiene, podrás abrirte el campo que querás. Y entonces podrás casarte bien. Y viajar. ¿Por qué no? —La voz es insinuante, prometedora. —Tu odio a la finca no es más que una chiquillada y ya se te quitará. Es la finca la que te permitirá plantar los pies firmemente y con unos años trabajando allí se te quitarán las angustias. Y entonces te reirás cuando mirés para atrás. Así es, Silvano. Tu madre no podría darte un consejo mejor. Andate a la finca por las buenas y quedate allá largas temporadas, que algún días vas a venir a agradecermelo.

—Pero tía, ¿no se da cuenta de que está perdiendo el tiempo?, ¿de que todo eso es lo que yo rechazo con todo mi corazón? Yo no quiero tener los sueños suyos. Yo no quiero ser como ustedes son. Yo no quiero casarme con una rica heredera. Yo no quiero tener plata. Yo no quiero aplastar a nadie. Yo no quiero nada de eso, ¿entiende? ¡Nada, nada!

—Bueno, bueno, no hace falta que grités. Decime entonces, pero serenate, ¿qué es lo que querés? ¿Qué querés ser?

—No sé. No sé. Tal vez si tuviera tiempo y tranquilidad podría averiguarlo. Pero ustedes me presionan, me acorralan y no me dejan siquiera saber lo que pienso ni lo que querría ser. Tal vez ya he descubierto lo que no quiero ser; por lo menos eso. Y por eso voy a pelear con todas mis fuerzas. Y también sé que no quiero ser como el tío Héctor. No es que lo critique; a veces hasta lo admiro, pero no quiero ser así. No podría.

—No querés ser como Héctor, pero sí querés que él te dé todo lo necesario para poder pasar el tiempo tranquilito y sabroso; admirar la naturaleza; sentarte en las tardes a ver el mar; cultivar las linduras de tu espíritu. Así te darías el lujo de ser hermoso por dentro. Y siendo así creerás que sos lo menos egoísta del mundo, cuando los que así viven son los peores egoístas. Yo sé. Yo conozco la vida. En las mesas de póker uno aprende mucho de los hombres. Los hay tan beatos, tan buenos maridos, y de pronto, cuando una los ve están temblando de codicia, de egoísmo, de ambición. Si fueras así de beatífico y de puro por dentro, las cosas no por eso serán distintas, pero vos tendrías tu mundito aparte, como quien tiene un jardín con orquídeas rodeado de una tapia bien alta para no sentir que al lado hay un basurero.

Parte de las ideas de su tía lo han tocado en lo más hondo.

—No es eso, no es eso —se debate—. Yo sé que lo que quiero es muy difícil. Pero yo quisiera vivir sin que hubiera un abismo entre lo que pienso y lo que hago. Tampoco quiero cerrar los ojos. Yo me doy cuenta de que la condición humana es muy débil. Pero si me doy cuenta, eso quiere decir que estoy comenzando a ver, a ver claro. Yo sé que las cosas son puras y limpias y entonces uno puede escoger algo limpio y real, algo no contaminado ni apestoso para entregarle la vida. Pero que no me vengan a decir que una boñiga es una flor, porque eso ya lo sé, ¡entiende, tía, eso ya lo sé! Por eso no me pinte ese camino pavimentado. Si fuera necesario preferiría ser cargador, o marinero, o terrorista! Pero lo que nunca sería es un buen burgués.

Elvira deja de pedalear. Enciende un cigarrillo y sigue con la mirada el humo que asciende lento al comienzo y que luego se precipita, con un cabeceo jubiloso, por la ventana.

—Pues serás entonces un mal burgués —contesta al fin sin mordacidad—. Eso es todo. Porque yo no te puedo imaginar con tus nervios,

ni de peón ni poniendo bombas. ¡Qué va! Pero hay otra cosa más. Andate acostumbrando mejor a la idea, porque con Héctor no tenés esperanzas de ganar. Héctor tiene la fuerza de una roca o de la marea. De nada te vale oponerte con todas tus fuerzas, rechazarlo con todo tu odio. Héctor siempre gana. Yo lo he visto mirando durante una inundación cómo el río arrastraba una finca que tuvo y que le había costado años de un trabajo brutal. ¿Y qué crees que hizo? El día siguiente estaba a las siete de la mañana esperando que abrieran el Banco para pedir un préstamo y levantar otra. Héctor ha luchado como un león contra todo, contra la falta de capital, contra los pantanos, contra los peones, contra el paludismo. Lo hubieras visto cuando los abogados del Banco quisieron sacar a remate esta casa. Se echó un revólver al bolsillo y los abogados se pasaron una semana sin atreverse a salir a la calle. Yo misma. Yo tenía un novio cuando lo conocí. Lo quería mucho y ya habíamos hablado de casarnos. Pero allí llegó Héctor, habló con mis padres, habló conmigo, y ya ves, me casé con él. Y vos me conocés. ¿Te imaginás acaso que vos sos más fuerte que yo? Por eso te digo: terminarás por irte a la finca y terminarás por hacerte finquero!

La tarde caía, malva y amaranto, sin que cediera el bochorno. Silvano volvió a escuchar el pedaleo de la máquina como un runrún lejano, muy lejano. Pensaba qué decir, pero nada se le ocurrió. Cuando ya salía del cuarto oyó a su tía llamando a gritos a Azucena. Luego, seguramente al darse cuenta de que Azucena llevaba ya una semana en el hospital, rezongando en voz alta:

—Es el calor. ¡Qué calor más horrible! Se llega una a poner como tonta.

## CAPITULO XI

Don Héctor encargó a Silvano que averiguara el paradero de Tom Winkelman para que le llevara el sueldo de Azucena y le informara de la enfermedad de su hermana. Después de mucho preguntar, Silvano consiguió dar con la casa de Tom. Cruzó el solar, subió al corredor y llamó. Tom salió en calzoncillos y con una camiseta llena de agujeros.

—Hace mucho que no lo veía. Desde ese día que nos trajo de Siquirres. ¡Por Dios que corrimos ese día!

—Yes Sir, Tom Winkelman siempre ligero.

—¿Y usted está bien?

—Oh sure, good, very good.

Se sentaron, Silvano en una vieja poltrona de mimbre que chirreaba y Tom a caballo en la banca. Era difícil decírselo. Mientras hilvanaban la conversación, la figura huesuda de Paragüitas apareció sorpresivamente en el solar, y silbando y con las manos en los bolsillos subió al corredor. Silvano no pudo disimular la sorpresa.

—¿Qué hubo, negro? —dijo el nica sentándose en la barandilla. —¿Todavía no te nombran socio de la Compañía? —Lanzó una carcajada y se volvió a Silvano. —¿Y usted? ¿No se acuerda de mí?

—¿Usted es Paragüitas?—Se le había despertado la sospecha de que el nica anduviera siguiéndolo.

—Sí, así me dicen. Negro, ¿a que vos tampoco me conocés por el nombre?

—Vos no tenés nombre —dijo Tom, molesto todavía con la broma, e inquieto de que el nica lo hubiera sorprendido con Rojas.

— ¡Ah, bueno! —dijo el nica— eso era lo único que me faltaba. —Sacó un paquete arrugado de cigarrillos. —Pues íbamos pasando por aquí —continuó encendiendo uno—, y al ver tanto amigo junto no me aguanté la gana de subir a conversar un rato. ¿No los molesto?

—Yo no sé qué querer Rojas —dijo Tom señalando a Silvano con el labio estirado. —Venía llegando cuando vos llegaste.

Silvano miraba las tablas del piso. El nica lanzó un silbido, y otro liniero cruzó el solar, subió al corredor, saludó tocándose el ala y se sentó al lado de Tom.

—Trino, ¿vos te acordás del sobrino de don Héctor Rojas?

— ¡Cómo no!

Por la voz Silvano creyó reconocerlo. ¿No era acaso otro de los peones que estaban en el comisariato la tarde en que llegaron con su tío a la finca? Contestó al saludo con un movimiento de la mano.

—¿Y qué se dice de nuevo? —preguntó el nica a Silvano.

—¿De nuevo de qué?

—De la huelga.

—Poco sé.

—¿No le interesa?

—Sí, sí me interesa.

—¿Y qué opinión tiene?

—¿Le interesa la mía o la de mi tío? —La voz le sonó más agresiva de lo que hubiera querido.

—No hombre, si para saber la de su tío no hay necesidad de preguntarle a nadie. Si eso es cuestión de pararse en cualquier esquina para oírlo despotricando contra todos.

—Pues yo creo —dijo Silvano titubeante— que se debería llegar a un arreglo y así se acaba el conflicto.

— ¡Por la jeruza! ¿Oíste Trino? Eso es lo que se llama ser inteligente.

Silvano enrojeció y Trino intervino:

—Dejalo, nica. Si el muchacho ha venido a buscar a Tom dejalo que diga lo que quiere.

— ¡Ah! ¿pero ustedes creen que yo he venido por lo de la huelga?

—Yo no sé qué quiere —dijo Tom a la defensiva.

—Pues se equivocan —añadió Silvano—. Pues mire, Tom, yo sólo vine a buscarlo porque le traigo una mala noticia.



—¿Y eso? —intercaló Paragüitas —¿Una mala noticia? ¿Ahora que todo es color de rosa?

—Fue que Azucena se sentía enferma —continuó Silvano dirigiéndose al negro—, la mandamos al médico y dice el doctor que tiene lepra. Bueno, no exactamente lepra, pero sí una enfermedad que se le parece mucho. Dijo también que hay que meterla en el leprosario. Mientras tanto, está aislada en el Hospital.

El negro parecía no entender. Paragüitas se volvió a explicarle:

—Dice que una tal Azucena tiene lepra.

—¿Lepra? —dijo el negro levantando las cejas.

—No, micosis fungoidea —dijo Silvano recordando por fin el nombre.

—¿Es pariente de Tom? —preguntó Trino.

—Sí, hermana —dijo Silvano.

—¿Lepra? —repitió por tercera vez el negro con la voz más ronca.

—¿Azucena tener lepra?

—O algo así, dijo el médico, pero que no había que preocuparse. Porque también dijo que ahora hay muchos remedios nuevos.

Tom se dejó caer en la banca: —¡My Lord! —dijo pesadamente.

Los peones parecían desconcertados.

—Caramba, negro, qué mala pata —dijo Trino.

Al negro se le fue hundiendo la cabezota entre los hombros. Con mirada imprecisa siguió una cucaracha hasta que la vio desaparecer por una rendija. Era mucho, ¡oh my Lord! Con la ayuda de Azucena se había atrevido a comprar ese solar. Faltaba pagar la mitad. Las antenas de la cucaracha se movían. Además, tan inesperado. Azucena era su única hermana; cuarenta años atrás habían llegado con su padre desde Jamaica a trabajar en el ferrocarril. Entonces él tenía fuerzas suficientes para jugar un partido de base ball después de haber paleado diez horas. Ahora esas fuerzas le hacían falta. Le hacía falta Ruby. Le hacía falta su infancia.

El menor de sus hijos salió corriendo del interior. Tom lo atrapó con sus manazas y lo sentó en sus rodillas. —Johnny my boy —comenzó a hablarle. El chiquillo comenzó a jugar con sus dedotes. —Cuando yo ser chiquito Azucena chiquita también y Daddy una noche llegar a la casa con una rana para Azucena. ¡My Lord, que era linda! Verde con manchitas coloradas. Y yo tener mucha envidia. Y Azucena meter la

rana en una caja de fósforos y dar comida a rana: arroz y plátanos. Y yo decir entonces: Azucena, vos sos bruta, rana no comer arroz y plátanos, rana comer moscas. ¡Ay, ay, ay, My Lord! Desde ese día nadie tranquilo en casa porque Azucena llegar de sorpresa y dar a uno una golpe en la nuca: izas, una mosca, la cogí! Y entonces un día yo coger rana y poner rana en la línea y venir un tren de carga largo, largo, con más de cincuenta carros todos cargados de cacao hasta el techo y todos los carros pasar por encima y cuando yo mira no queda rana ni nada. Cada rueda llevar una poquita de rana untadita, y sólo quedar una manchita verde en el riel. ¡Oh Jesus Christ! Y yo ahora recuerdo ranita, Johnny, y me duele. Y nunca contar a Azucena y ella buscar y buscar rana muchos días y preguntar, ¿qué pasa rana?, y yo decir: Tom no sabe. Y nunca le cuenta. ¿Qué crees vos, Johnny?

El negrito no contesta y Tom repite la pregunta hasta que se da cuenta que el chico se ha quedado dormido. Con él en brazos entra en la casa para ir a acostarlo en la hamaca.

Solos en el corredor los tres hombres evitan mirarse. Paragüitas enciende otro cigarrillo, pero después de la primera chupada lo aplasta con el zapato.

— ¡Qué vaina! —dijo Trino.

El nica lo miró y comprendió que lo había dicho pensando en Filiberto.

— ¿Así que el médico dijo que era lepra?

— No, micosis fungoidea dijo. Pero dijo que se parecían. Sólo que no era contagiosa como la lepra.

— Fijate, Trino —dijo el nica—, eso es para que no nos quejemos. — Volvió a sacar el paquete de cigarrillos y se quedó con él en la mano. — ¿Y usted se había dado cuenta de cómo son las vidas a cinco cuadras de su casa? —le preguntó a Silvano.

Silvano movió la cabeza negativamente.

— Sí, claro, es difícil. Eso hay que vivirlo, vivirlo todos los días.

— Por lo menos trato de entenderlo —dijo Silvano.

Cayeron en otro silencio. Silvano pensaba que por primera vez se encontraba compartiendo la intimidad de aquellos hombres. Desde niño le habían creado un mecanismo interior que lo hacía reaccionar con desconfianza instintiva frente a ellos. Paralelamente una gran curiosidad por conocerlos más de cerca, por saber más de sus vidas. Eran dos

mundos separados por una valla. De su lado, cada uno tiraba para sí sin importarle el amigo, el vecino, el pariente. Pasada la valla, intuía una solidaridad rabiosa de impotencia, una sola alma plural y fraternal. Era como si estuvieran hechos de una madera especial; como si formaran otra raza, otra especie. Los ojos del nica, siempre altaneros y penetrantes, ahora lo rehuían cargados de rencor. Azucena había trabajado para los Rojas veinte años y ahora, como si tal cosa, venían a contar que la habían echado a un leprosario. Eso parecían decirle. Odio injusto, pero justo. Rabia informe, pero con un objetivo; fuego que había mirado antes a la distancia y que ahora le soflamaba el rostro. Su vida era tan distinta. La de ellos simple, directa, en una lucha a brazo partido contra todo. La suya, enredada en otra lucha más sutil, más endiablada, más sin esperanza: la lucha contra sí mismo. Siendo así, ¿podrían algún día perdonarle sus defectos?, ¿entender su agonía?

—¿Qué es de su amigo Cortés? —preguntó Paragüitas sorpresivo, mirándolo de nuevo con esos ojos suyos, como avispas.

—¿Quién dice que es mi amigo?

—¿Acaso no lo invitó a entrar en su organización?

¡Diablo, todo lo sabían! —Sí, pero yo no acepté. Y ya él sabe que no puede contar conmigo.

Paragüitas pareció meditar. Trino seguía pensando cosas tristes y le daba incontables vueltas al sombrero.

—¿Y qué andarán tramando ahora?

—No sé.

—Porque comenzaron con mucha bulla y tan agüitas mansas que se han quedado. ¿De veras usted le dijo a Beto que no quería entrar?

—Sí, se lo dije.

—¿Y él que dijo?

—Dijo cuatro disparates. Y me amenazó de que no volviera a acercarme por allí.

Mentiras, pálidas mentiras dirigidas a buscar cercanía, a abrir un boquete en la valla.

—Yo he sabido que usted ha andado buscándome —dijo el nica, esta vez con malicia. —¿Para qué sería?

—No sé.

—¿Cómo, que no sé?

—Es que no me acuerdo.

—¿No sería para conversar?

—Sí, claro que era para conversar.

—¿Y de qué?

Algunas frases de don Héctor le volvieron a la memoria y cobraron sentido. Su tío había contado que iban a enredar en el asunto a la propia embajada norteamericana. —Yo creo —dijo notando que Trino, interesado, había dejado de jugar con el sombrero—, que algo están preparando. Tal vez en relación con el consulado yanki.

—¿Como qué?

—¡Más no sé! Son cosas que se me ocurren.

—¿Y cuando me andaba buscando, era para contarme eso?

—Sí, para eso.

Los dos peones se miraron.

—Puede ser —dijo Trino—, por algo nos dijeron que habían visto a Cortés con ese chileno.

—¿Con quién? —preguntó el nica.

—Vos no lo conocés. Es un marinero varado. Debe ser un provocador.

—¡Ah, Tapón! —dijo Silvano.

—¿Lo conoce?

—Lo encontré una vez en el muelle —añadió a disgusto—. Me preguntó si sabía de algún trabajo. Eso fue todo.

—Pues con Cortés va a encontrar trabajo a su medida —dijo el nica. Volvió a clavar los ojos en Silvano y sonrió imperceptiblemente cuando éste corrió la vista.

“Si los peones lo supieran estaríamos fregados” había dicho don Héctor. “Con que se aguanten una semana más, capaz que ganen”. El relampagueo del recuerdo lo hizo contestar apresuradamente:

—De eso no sé nada. Mi tío no me cuenta.

Paragüitas se rió: —Así que usted está hecho un ságuiche. De los dos lados le tienen desconfianza.

Así era. Un ságuiche. Estaba en la tierra de nadie y los disparos de los dos lados le pasaban zumbando junto a los oídos. Una mierda, pero así era. La ilusión que albergó por unos instantes de saltarse la valla, ahora caía cenicienta, marchita. La cercanía quedaba rota. ¿Pero acaso existió en ningún momento esa posibilidad? ¿No eran simples anhelos vagos de su corazón sin tregua? Ahí estaban de nuevo mirándolo,

ceñudos, herméticos, desconfiados, seguros de qué querían y a dónde iban. Su tía le había dicho con el chirrido de quien asierra metales: "Serás entonces un mal burgués". ¿Tendría razón, a fin de cuentas, la vieja? ¿Todo sería en vano? En algún lugar oculto, más allá de sus alcances, ¿estaba ya predestinada por signos y números su vida? ¿Qué desgarramiento se le exigía para llegar a ser libre? ¿Y ser libre, no era acaso también un espejismo? Tal vez ya estaba escrito que se iría a la finca, que sería finquero, que viviría esa vida que él no quería vivir. El no quería. Eso era todo. Pero no bastaba no querer. ¿Cuándo se había bebido ese veneno que corroía su conciencia y su voluntad? ¿Durante esos años pasados en el cuarto de su tía Palmira rezando el rosario? Una desesperanza infinita lo inundaba y un rencor nuevo se le iba empozando en el fondo del alma mientras oía, como muy lejos, a los peones comentando, a medias palabras, las noticias que les había dado.

—Y, dígame, Rojas —preguntó Trino—, ¿nunca le ha oído a su tío deseos de hablar con nosotros?

—No sé. Pregúnteselo a él. Yo no estoy para recaditos. —Se puso de pie bruscamente. —Y ahora perdonen, me tengo que ir.

—¿Qué creés vos, Trino? —dijo el nica.

Trino se encogió de hombros. Cuando cruzaba el solar oyó que el nica decía:

—Se le vio el diente al peine.

—Sí —contestaba Trino—, a todos éstos los parieron con el mismo molde.





## CAPITULO XII

Esa misma tarde al dar vuelta a una esquina se encontró sorpresivamente con su prima.

— ¡Ay qué rico! —gritó la muchacha— ¡qué dicha que te encuentro!, te andaba buscando.

Venía radiante, con un traje nuevo de organdí floreado y un sombrero de paja con un racimo de guindas. Cuando él le dijo que se veía linda, ella, tomándose la punta del traje con dos dedos, se dio una vuelta en redondo. Unos muchachos se volvieron burlones a mirarlos y él la tomó de un brazo para alejarla de allí.

—¿Tenés plata?

Silvanò se sobresaltó. En ese momento cayó en cuenta de que se le había olvidado entregarle a Tom el dinero de Azucena.

—¿Plata para qué?

—Porque te iba a proponer que fuéramos a pasear en bici. La tarde está linda. Podemos ir por el lado de Piuta y nos bañamos.

—Pero tendríamos que ir a la casa primero, a buscar los vestidos.

Los ojos de ella brillaron alegres: —No, para qué, nos bañamos así, en ropa interior.

—¿Y para qué necesitamos plata? —dijo él sintiendo que el corazón le latía apresurado.

—¿Para qué va a ser? Para alquilar las bicicletas. ¿O vos creés que las prestan gratis?

En el taller de Jarit había disponible una sola, de hombre. Fue inútil que rogaran y porfiaran, y el problema lo tuvieron que resolver sentándose Diana en la barra delantera.

El sol pica. La rueda delantera abre un surco trabajoso en la arena. Sin guardabarro, lanza un asperjeo de espuma que baña las piernas de la muchacha. El siente que con la falta de práctica se le cansan las pantorrillas. Ella también se cansa y cambia a menudo de posición. Cuando pedalea la roza. Sus rodillas contra los muslos elásticos y duros. Del mar llega un olor a ozono y mariscos.

Pedalea. La rueda delantera aplasta a un cangrejo que suena al reventarse como una caja de fósforos. Largas estrías doradas cabrillean sobre el mar azul oscuro. Es su gran compañero, su único compañero. De pronto piensa que toda esa masa veteada de reflejos podría ser tiempo. El mismo sería una diminuta partícula de tiempo también, del tamaño de un centímetro cúbico de ola, de esa ola cóncava que brilla a contraluz contra el sol crepuscular como una enorme esmeralda translúcida. Todo sería tiempo. También lo sería el chico que, trepado en un cocotero, les dice adiós con la mano. Y habría que correr por ese tiempo inabarcable sin esperanza ninguna de poder llegar a ninguna parte, prisionero en la cárcel estrecha de lo finito frente a la eternidad:

—¿En qué estás pensando?

El le cuenta.

—¡Qué raro sos! —dice ella. Yo no te voy a terminar de entender nunca. ¿Por qué será que nunca pienso cosas así? Debe ser que soy tonta.

—No. Es que sos feliz.

—¿Así que hay que ser desgraciado para ser filósofo?

—Tal vez sí.

Ella se queda reflexionando.

—¿Cómo será —dice al cabo de un rato— la cabeza de un filósofo por dentro? ¡Qué terrible! Yo tampoco puedo imaginarme la de un músico. ¿Estarán todo el día oyendo pianos y violines?

—Yo la cabeza de un músico no me la puedo imaginar, pero la de un filósofo sí.

—Claro, porque vos tenés algo de filósofo.

—¡No, qué va! Para eso habría que ser muy inteligente.

—¿Sabés a quién encuentro muy inteligente? A mamá. Más que a papá.

—Sí, es más. Pero tu papá, con todo y todo, es más bueno.

—¿De veras? ¿De veras vos creés eso?

—Sí, estoy seguro.

—Yo no me había puesto a pensar en eso, pero ahora que lo decís, tal vez sí.

—Si fueran al revés, si ella fuera el hombre, sería un hombre malo. Por suerte es mujer.

—No, por Dios, no digás eso. Mala no. Nunca. Pero sí hubiera sido bonito que fuera hombre. Ya sería por lo menos diputado. Tiene mucho carácter y sabe mandar a la gente.

El guarda silencio. Y pedalea: ¡Qué difícil poder mandar a la gente! A gente como Paragüitas, por ejemplo. Sobre todo a él. ¿Astuto? No, no era eso. Parecía un machete. Eso sí. De acero, filoso. A él le hubiera gustado ser también como un machete, aunque para eso no había más remedio que volver a nacer. Y ya no había cómo.

Un cabello suelto de Diana se le mete en la boca. Lo escupe. Persiste. Allí lo deja. El cuello de su prima, cubierto de una pelusa fina y rubia, parece un durazno. Pedalea. Si hubiera tenido una infancia diferente, ahora todo sería diferente. Sus compañeros de colegio iban los sábados a casas turbias y una vez lo arrastraron con ellos, pero sintió un disgusto insoportable y se devolvió corriendo desde el zaguán. Era mejor pensar en otra cosa. Molestaba.

—Diana.

—¿Qué fue?

—Nada.

Estira el cuello para mirar por encima de la cabeza de su prima. Nubes bajas, color pizarra húmeda, se precipitan en loca carrera hacia el fondo de aquel escenario gigantesco. Van con el viento hacia las islas secretas en donde son esperadas ansiosamente. ¡Cuántos cálices se humedecen de pronto frente a una nube cargada de esporas! Un punto de polen pasa por el aire, el cáliz estira sus labios húmedos de pegajoso cerumen y el punto queda detenido en su vuelo, temblando.

Respira profundamente. En las islas distantes las especies bailan una danza frenética para poder sobrevivir. Saben que el viento ha comenzado a soplar y que las esporas vienen, formando nubecillas impalpables, copos de polvo amarillo. Se trata de sobrevivir. Qué óvulo, qué espora, qué grano de polen, qué poderoso viento amparador lleva, trae, mezcla a su capricho, crea híbridos imposibles, fecunda, engendra...

Un rayo cae erecto en la inmensidad del mar. Ha trizado el crepón acerado azul del cielo llenándolo de estrías sorprendentes, como la

piel tersa de un vientre embarazado. Mira el cuello de Diana. Guedejas castañas juegan con el viento sobre la piel desnuda. Pedalea. Habría que poner los labios suavemente, entreabiertos, suavemente para que el contacto lo perciba la piel interior, más virgen, más ajena a roces, más sensitiva.

—Parece que va a llover —dice ella.

—No, tal vez no —miente él, a sabiendas.

—Mejor volvámonos.

—Un poquito más. Y si llueve, ¿qué tiene?

—¡A no, qué pereza, nos empapamos! Acordate que estoy estrenando vestido.

—Y si se te moja se te pega al cuerpo y como es de organdí te verías toda transparente.

Ella calla. El siente que el deseo es doloroso.

—Toda transparente —repite y, luego, venciendo el rubor: —Te verías como si estuvieras desnuda.

Ella calla. Y él insiste sintiéndose implacable:

—Qué linda te debés ver sin ropa.

—Dejá de decir tonterías.

—No son tonterías.

—Sí, son.

—¿Por qué van a ser tonterías? Te apuesto a que vos **estás segura** de que te ves linda sin ropa.

—Sí, pero eso es otra cosa.

Sigue pedaleando. Van por la playa bordeada de cocoteros hasta el horizonte. La playa está desierta. Ella salta de la bicicleta y se aleja corriendo. El se sienta en la arena y la mira.

—¡Vení!

Están ahora a varios metros, sentados uno frente al otro.

—He seguido pensando en lo que te dije el otro día —le grita—. Que nos vayamos. A México.

—Yo también lo he pensado. Pero sos loco!

—Sí se puede.

—No se puede.

—Que sí, te digo. ¿Por qué no?

—Porque después me hago vieja y me dejás sola, en un país raro, sin papá.

—Por nada del mundo.

—Sí, me dejás. Además —se le frunce la boca rosada— yo no te quiero.

— ¡Mentira!

—Sí, es verdad. No te quiero. No te voy a negar que me gustás un poquito, pero no te quiero.

—¿Querés a otro entonces?

—No, tampoco.

—¿Y Beto?

—¿Beto? Algunas veces me cae bien, pero otras me cae hígado.

—¿Como cuándo te cae bien?

—Bueno, a veces. Como anteayer, cuando me invitó al baile que va a haber en la Zona la semana que viene. ¿Te imaginás qué ilusión? Va a ser de traje largo. Por cierto que vos podrías conseguirme una invitación.

—¿Para ir a esa cochinateda?

—¿Ves? Ahora el hígado sos vos. ¡Qué pereza! Claro que yo tendría que bailar con Beto, pero podríamos bailar juntos también—. Hunde las manos en la arena y la deja escurrirse en un chorrillo fino sobre sus brazos. De pronto, ladeando la cabeza y mimosa: —¿Sabés por qué sé que no te quiero a vos ni a Beto tampoco? Porque se me ocurre que no podría pasarme toda la noche bailando con uno solo de los dos. Y casarse es como eso. O peor todavía. —Se queda callada un rato y luego agrega con preocupación: —¿Sabés lo que me dijo Beto?

—¿Qué te dijo?

—Bueno, todavía es secreto. Pero me dijo que a su vuelta iba a hablar con Papá. Yo le dije que no, que se esperara, pero, ¿y si no me hace caso?

—¿A su vuelta de dónde?

—No sé. Dijo que tenía que irse por algunos días de Limón para arreglar un negocio, pero que iba a volver a tiempo para llevarme al baile.

—¿Y si no vuelve?

Ella se alarma y venciendo el viento que sopla cada vez con más fuerza pregunta: —¿Por qué me decís eso?

—No. Se me ocurrió. Nada más.

—Sí sabés. Algo sabés. Algo le va a pasar. Decímelo.

—Ya te dije que no sé. Hablé por hablar, porque me dio rabia.

—¡Antipático! Ahora te quiero menos todavía. —Se levanta, se aleja y detrás de un cocotero se esconde a sacarse el vestido. Sale con su sostén de lienzo y su calzoncito bombacho y corre hacia el mar. Ahora va nadando al encuentro de una ola, diminuta frente al oscuro verde infinito. Desaparece y unos instantes después reaparece más allá y le hace señas con el brazo.

El nubarrón renegrido está ahora encima de sus cabezas bebiéndose la luz como una inmensa esponja negra. Caen los primeros goterones.

El la mira a lo lejos flotando, el cabello como una mancha luminosa alrededor de los hombros. Como la lluvia le comienza a empapar la camisa, se la saca. La busca otra vez con la vista y no la encuentra, pero sabe que allí está, pequeñita sobre la tremenda respiración del océano, meciéndose al compás del gigantesco diafragma del agua.

Un gran albatros de viento regresa de las islas distantes. Ha llevado su cosecha de esporas y vuelve preñado de lluvia. Un instante se detiene y hace titilar las hojas de los cocoteros como pollerines de bailarinas. Detrás pasa una bandada de pájaros asustados.

—¡Diana, salí, está lloviendo mucho!

Ella no lo escucha. O lo ignora. Su cabello como una zarzamora dorada y el seno breve dentro de la rosada cárcel de lienzo. Le grita otra vez haciendo bocina con las manos, pero el grito se devuelve con el viento en ecos largos, húmedos. Entonces se tiende en la playa.

¡Cómo se parece la voluptuosidad al temor!

Otro rayo clava su rama de coral en el agua, chisporroteando. La arena crepita bajo su cabeza. ¿Diana sabrá? ¿Sabrás en qué estoy pensando? ¿Y si le confieso que sí, que tengo miedo, que tengo un miedo muy grande y que quiero que me preste su miedo pequeñito para ayudar al mío, gigantesco, devastador? ¿Pero, y si no sabe? Tal vez lo que quiere es que yo. Porque así pasa. Allí está que cuando le rozaba las piernas se dejó...

Gira la cabeza blandamente. La arena crepita. Es un ruidillo subterráneo que le culebrea por la espalda. Otro rayo, violáceo. La lluvia trata de disimularlo todo sin conseguirlo. Ya no puede dejarse de escuchar ese ruido, distinto al bramido del viento, a los graznidos de los pájaros, al chirrido de los relámpagos. Se incorpora y escucha. Así lo oye



mejor. Vienen. Son muchos y vienen acercándose. Por fin lo ha comprendido. Sí, son ellos de nuevo.

— ¡Diana, está lloviendo mucho, salite!

Su camisa olvidada en la playa huye arrastrada por el viento. — ¡Que salgás te digo! — Agita los brazos para ahuyentar el ruido, pero éste crece. Ahora lo siente dentro del oído, allí donde los sonidos se convierten en carne. Se sube a la bicicleta. — ¡Que salgás te digo! Ya yo me voy. ¡No seás estúpida, te digo que te salgás!

Pedalea. Su tórax desnudo tiembla con largas vibraciones como si debajo de la piel se agitara un cardumen alocado. Quiere llorar. O gritar. Y pedalea. La lluvia le golpea el rostro. Tal vez llorar. Y pedalea. Y pedalea, alejándose bajò el espléndido aguacero.



## CAPITULO XIII

Los dos hombres bogaron recio con sus canaletes para vencer el último rápido del Sixaola y arrimaron la piragua a un playón. Cortés, de pie en la popa, se orientó, y saltó a la orilla. Tapón remó un poco más hasta dejar el bote escondido bajo una ramazón tupida. Cuando saltó a su vez a tierra un indio semidesnudo estaba parado a unos veinte metros aguitándolos.

— ¡Por la cresta! —dijo el chileno en voz baja— ¿Y ahora qué hacemos?

—Entretenerlo mientras le doy la vuelta —contestó Cortés internándose en la espesura.

Tapón se rascó la pelambrera. Esa maldita vida en la selva no le acomodaba en absoluto.

— ¡Hola! —saludó al indio.

Este levantó la cabeza.

— ¡Hola, somos amigos, acércate!

El indio continuó inmóvil, mirándolo atentamente.

—¿Quieres ganarte unos cobres? Tengo dólares.

Brillaron los ojos oscuros. Tapón sacó unas monedas y las hizo tintinear en la mano. —Acércate, no tengas miedo.

—Tirá moneda.

—¿Cómo te la voy a tirar? Se pierde en la arena. Acércate y te la doy.

—Tirá moneda, tirá dólar.

El chileno lanzó una monedilla que vino a quedar a mitad de camino entre los dos. El indio midió la distancia con la vista y no se movió.

—Cortés —fingió Tapón volviéndose—, ¿ya terminaste? Mirá que se hace tarde y este indio no quiere meterse con nosotros.

El indio se agitó: —Sí, quiere. Tirá plata, tirá dólar.

Tapón lanzó otra moneda que esta vez fue a caer cerca del indio quien se agachó, sin dejar de mirarlo, y la recogió. El chileno avanzó unos pasos y el indio retrocedió otros tantos y quedó al lado mismo del matorral en donde comenzaba la selva.

—Dime dónde podemos encontrar algo de comer y te damos más plata. Tenemos hambre.

—No sabe.

Tapón avanzó otro paso —¿no tienes tu rancho cerca?

El indio retrocedió con un ágil salto y Tapón creyó advertirle un ligero movimiento del cuello, la oreja tendida hacia los ruidos del matorral.

Ya Cortés, que había amarrado el bote y escondido los dos gruesos paquetes del contrabando envueltos en lona impermeable, tomando el canaleta comenzaba a dar un rodeo, cuidando de no pisar ramas secas, para sorprender al indio por la espalda. De pronto lo vio entre unos platanillos, se abalanzó y con todas sus fuerzas le descargó un golpe con el remo, pero el indio esquivó el cuerpo con una agilidad pasmosa y salió en veloz carrera espesura adentro.

Tapón, que escuchó un tiro, se acercaba gritando.

—Se me escabulló el desgraciado. Le pegué en una pata pero se perdió cojeando monte adentro.

Tapón lo miró. Las facciones de Cortés eran inexpresivas.

—¿De veras?

—No te digo.

Hablaba con tranquilidad. Quizás no. De todos modos la situación se tornaba sombría. Llevaban ya un día perdidos bogando por el río, en busca del rancho abandonado junto al cual habían acampado en el viaje de ida. Allí habían dejado escondidas las provisiones para la vuelta y por allí pasaba el único trillo que les permitiría encontrar la salida. La luz comenzaba a languidecer y en los trópicos el crepúsculo es cortísimo. Necesitaban además encontrar con qué engañar el hambre.

—¡Puchas el huevón inútil! Dejar que se te escapara. Ahora sí que estamos recontrajodidos. El cabrón vio dónde escondimos la piragua y en la noche van a venir en patota y nos van a robar todo.

—No lloriqueés tanto —Cortés exageró el enojo. Un temblor le había comenzado en los músculos de la quijada. —Es cuestión de que la cambiemos de lugar.

Tapón terminó por encogerse de hombros. Desde lo alto de un guarumo un estucurú los miraba. Le lanzó una pedrada y el mochuelo levantó el vuelo y comenzó a planear sobre el río.

—¿Y qué hacemos?

—Yo preferiría caminar toda la noche.

—No seas fantoche. Ya vimos anoche que no somos capaces de dar ni un paso por la montaña a oscuras.

—Vos tal vez no.

—¿Y qué me quieres decir con eso?

Cortés se volvió a mirarlo: —Nada, que si me seguís te saco de aquí y si no te jodés.

Sonó a falso.

El chileno escupió. —Bueno, cambiemos de sitio la piragua, entonces.

Cuando se dirigían de nuevo al playón, Tapón, sin volverse, preguntó:

—¿Y por qué no le disparaste otro tiro?

—No me dio tiempo.

—¿A pesar de la renquera?

—Sí.

Subieron a la piragua y remaron río arriba hasta que encontraron lo que parecía ser un buen escondite. Disimularon el bote bajo los manglares. Dejarían los bultos allí para regresar por ellos de madrugada. Lo urgente ahora era encontrar un rancho abandonado en donde pasar la noche.

Partieron, Cortés adelante.

—¿No hay culebras por aquí? —preguntó Tapón.

—Andan dundas. Abrí cuatro ojos y no toqué nada con las manos.

La marcha era difícil, lodoso el suelo, espeso el montazal. Tapón comenzó a maldecir. Lo ponían frenético las nubadas de purrujas que ya le tenían la cara hinchada. De pronto, gracias a que Cortés iba dejando marcas con el machete, se dieron cuenta de que habían regresado a un lugar por donde ya habían pasado antes. A Tapón le dio un ataque de rabia.

—No camino más! Aquí me quedo; ¡mierda!

—Bueno; vos sabrás.

—¿Y qué putas vamos a comer?

—Me lo decís como si yo tuviera la culpa. —Se miraron de frente, largamente.

Al cabo de un rato descubrieron en la rama de un guanacaste una mona con un monillo a la espalda. Estaba sentada a unos quince metros del suelo.

— ¡Allá, allá, en esa rama, dispárale!

— ¡Cómo se te ocurre que vamos a comer mono!

—¿Y por qué no? Yo tengo retortijones de hambre. Préstame el revólver entonces.

La mano de Cortés buscó en el bolsillo el arma y allí se quedó unos segundos, rígida, cubriéndolo. Por fin lo sacó, buscó una rama donde apoyar el brazo, apuntó cuidadosamente y disparó. Con la detonación salieron volando varias oropéndolas. El tiro le dio a la mona cerca del hombro. El monillo se descolgó de su pescuezo y comenzó a dar gritos, y la mona, con una expresión de gran desconcierto, miraba al monillo y se miraba la herida. Luego se puso a coger y masticar hojitas para metérselas en el hueco y detener la hemorragia. Los minutos comenzaron a transcurrir, largos, opresores.

Ahora el monillo le pasaba la manita por la espalda como haciéndole cariño. La sangre había dejado de manar, pero la mona seguía mirándose el hombro. El brazo descoyuntado le caía dengue a lo largo del cuerpo.

—Dispárale otra vez a esa mariconá —dijo Tapón.

El segundo tiro le atravesó el pescuezo. La mona se agitó convulsivamente y quedó colgando de la cola.

—En la cabeza! En la cabeza! Préstame el revólver.

—Ya no quedan balas.

—¿Estás seguro?

Cortés abrió la mazorca, la hizo girar y volvió a cerrarla. —Una —se corrigió. Pero nos puede hacer falta en la noche. Por estos lados hay tigre.

Volvieron a mirar hacia la copa del guanacaste. La mona, quejándose siempre, se balanceaba. Pasó otro rato. El anillo de la cola comenzó poco a poco a aflojarse y por último el animal vino a caer muy cerca



retumbando en el suelo como un parche de tambor. Cuando llegaron a su lado todavía se agitaba. Tapón sacó el cuchillo y de un tajo la degolló.

— ¡Qué bruto!

— ¿Y qué querías?, ¿que le pusiera anestesia?

El chileno comenzó a despellejar al animal. Luego recogieron ramas secas y prepararon una hoguera. La mona, sin su pellejo peludo, lacia y sonrosada, parecía un niño desnudo. Tapón hizo un chiste grosero y Cortés sintió que se le fruncía el estómago.

La oscuridad invadía rápidamente la selva.

Se iniciaban las horas agoreras en que las ramas se frotan y gimen. Al fondo bramaban los congos. Con el claroscuro movedizo y parpadeante de las llamas, la mona, ensartada en un palo al que Tapón hacía girar lentamente, se retorció con contracciones convulsas.

— Yo de esa porquería no como. — dijo Cortés.

Desde el otro lado de la fogata Tapón levantó el rostro: — ¿Y por qué no?

— Se me quitó el hambre.

— ¿Cómo no vas a tener hambre?

— Pues así es.

— Pues no te creo.

— ¡Ah diablo, estamos jodidos entonces!

— ¿No me estarás mintiendo?

— ¡Yo no miento, carajo!

El chileno comenzó a pensar. — ¿No te comerías ni siquiera un pedacito? — insistió con una sonrisa helada que le estiró la cicatriz de la mejilla.

Cortés le dio la espalda y se puso ostensiblemente a buscar una horqueta en donde treparse a pasar la noche.

— Mirá, Cortés — dijo Tapón, acucillado frente a la hoguera mientras le cortaba otro pedazo de lomo al animal. — ¿Tú estás seguro de que le pegaste al indio el tiro en la pata?

— Claro que estoy seguro.

— ¿Y por qué no lo seguiste?

Tardó en responder. — Ya te dije, era inútil.

Tapón masticaba. — A lo mejor — dijo con la boca llena —, eso fue lo que te quitó el hambre.

Cortés no contestó; continuó buscando una rama apropiada y cuando la encontró se trepó, probó su resistencia, saltó otra vez al suelo y se fue a sentar con la espalda apoyada en un tronco frente a la fogata.

—¿No será que le tienes asco a la mona?

—¿Asco?

—Digo yo.

—No jodás. Ya me estás aburriendo. Si vos querés cométela entera.

La voz de Tapón llegó ahora acre, desollada: —¿Qué te pasa, Cortés?

—¡Ah, carajo, no seás necio!

—¿De veras no tienes hambre?

—No, ya te dije que no tengo, y si seguís insistiendo con esas babosadas hasta aquí llegamos.

—¿Qué me quieres decir con eso?

—Lo que dije.

Tapón reflexionaba. Lo encontraba muy capaz. Si lo dejaba solo en mitad de la selva se quedaría allí dándose vueltas hasta que terminarían por sacarle toda la sangre las purrujas. Era vital pensar, pensar hasta descubrir la razón que había detrás de la actitud de Cortés. La grasa de la mona al caer sobre los tizones chisporroteaba lúgubre.

—Pues si no quieres no comas.

—Claro que no voy a comer.

Ya no se despegaban la vista. Las tinieblas habían terminado por ceñir el parpadeo de la fogata.

De súbito Tapón entrevió la verdad. La luz se convirtió en un fulgor. Le halagó comprender que había descubierto el secreto. —Yo no soy tan leso como parezco —dijo oscuramente.— Te apuesto a que sé.

—¿A que sabes qué?

—A que sé por qué se te quitó el hambre.

Cortés empalideció.

El labio del chileno se le recogió dejando los dientes al descubierto. —Se te parece al indio, ¿verdad? Así despellejada se te parece al indio muerto. Me lo venías ocultando. Y cuando se destapara el pastel nada te costaba echarme la culpa. ¿O tal vez piensas escaparte esta noche? Es lo que me pasa, me tenía que pasar por meterme con un pituco—. Se había puesto de pie y gesticulaba frente a los cabrilleos de

la fogata. —Y todo fue gracias a la mona. Porque se te parece al indio, ¿ah? Se te parece al indio, ¿no es cierto?

Cortés se había acucillado A la luz de las llamas la cicatriz de Tapón parecía un gusano. Entonces lo pensó. Lo pensó en crudo. Ya sólo escuchaba el crepitar de la hoguera y los latidos de su propio corazón. La mano en el bolsillo se le encarrujaba y para fortalecerse miró a la mona. Era cierto. La hija de puta así despellejada se parecía al indio.

Un ruido de pronto a la izquierda. ¿Una culebra? No. Un tizón lanzado al matorral. Tapón al saltar sobre la hoguera levantó con las botas un chisporroteo. Beto vio rojear la cicatriz y gatilló, sin sacar el revólver del bolsillo.



## CAPITULO XIV

Silvano se mece en la hamaca. ¡Hace tanto calor! El papayo lo protege del sol, pero no basta. Cualquier pedazo de cielo brilla con tanta intensidad que si lo mira un instante de frente comienza a lagrimear. Hay que entrecerrar los párpados, colar la luz con las pestañas.

En los últimos días ha comenzado a ver un punto negro en el borde del ojo. Juguetea y cuando trata de enfocar lo se corre rápido y se pasa al otro lado. Otras veces son llamitas. Se arremolinan, giran vertiginosas. La luz atraviesa los párpados cerrados y una carpeta refulgente de colores gira, primero lentamente y luego a gran velocidad. Un caleidoscopio. Ahora son ojos, muchos ojos, cada uno con una llamita al centro. Ojos como bulbos, con grasa alrededor, repugnantes.

—Tomate un purgante, muchacho —le dice su tío. —Es el hígado torpe.

El le dice que sí para que no insista, pero está seguro de que no es nada de origen fisiológico. Es como un llamado, como señas . . .

Ultimamente procura salir lo menos posible a la calle. En cada esquina se comentan las últimas noticias de la huelga. Esta ha seguido adelante. Millares de hombres palúdicos, hambreados, andrajosos, se mueven como sombras por las inmensidades lodosas de los bananales. Contra ellos despliega todos sus recursos la omnipotente Compañía: compra políticos; moviliza a sus hombres apostados en los puntos claves de la administración; azuza la codicia y el temor de los finqueros nacionales; toca a rebato en las columnas de la prensa y con ello logra movilizar contra los linieros la hostilidad de una opinión pública desorientada; organiza provocaciones dirigidas a empujar a las fuerzas poli-

ciales a la masacre; deja caer sus dólares aquí y allá con sabiduría; promete, amenaza, miente, deslumbra . . .

Contingentes de rompehuelgas llegan traídos desde Puntarenas y Guanacaste. Piquetes de policía peinan la región en busca de los dirigentes y encarcelan a veintenas de trabajadores. Hasta la naturaleza parece confabularse contra los huelguistas y un violento temporal azota toda la región.

A pesar de todo la huelga sigue. Los huelguistas conservan la moral y la unidad. A pesar de todo persiste la voluntad de lucha, de sacrificio.

Otras veces siente un hormigueo en las extremidades. Los dedos de los pies se le llegan a poner helados hasta que deja de sentirlos. Los mueve dentro de la pantufla para hacerlos reaccionar, pero parecen trocitos de hielo y pronto el hormigueo le comienza a subir por las piernas. Abre los ojos, pero el resplandor lo obliga a cerrarlos de nuevo. Finalmente ve todo negro. Los sonidos comienzan a alejarse, como si los fuera absorbiendo una aspiradora de ruidos. Dice "ah" y se escucha a sí mismo con una voz como de hojalata. Los sonidos terminan por abandonarlo dentro de un ataúd silencioso. Tiene conciencia de su cuerpo, sabe que está aquí, en la hamaca, en el patio; sabe que se llama Silvano; pero nada más. O muy poco más. Así pasan los minutos; o las horas. Después se va recuperando poco a poco y si antes creía que estos instantes eran breves, en una ocasión en que volvió en sí sintió frío en el pecho. Tenía empapada la camisa. La quijada se le había caído y la saliva le había estado chorreando.

—Un purgante, Silvano, mañana mismo. Eso es cosa del hígado.

Lo deja que crea lo que le dé la gana. Viejo idiota que piensa que la vida es sólo un enorme intestino.

—Son nervios, Silvano, andá a ver al médico —le dice doña Elvira. Y en la noche, en la intimidad de la cama matrimonial: —Oírme bien lo que te digo, Héctor. Ese sobrino tuyo nos va a dar más de un dolor de cabeza.

—¿Por qué?

—Basta verlo. Anda demasiado nervioso. Me tiene intranquila.

—No le hagás caso.

—No creás. Ojalá que termine pronto la huelga porque yo creo que lo único que le haría bien sería una buena temporada en la finca.



—Ah, bueno.

—Te decía por si vos habías pensado algo.

—No, no he pensado, pero voy a pensar.

—¿Y en qué vas a pensar?

—Ahora no sé; ahora lo que tengo es sueño.

El Ministro de Gobernación fue enviado por el Presidente de la República a recorrer los campamentos. El presidente quería establecer un contacto directo con los peones, receloso de que éstos estuvieran actuando engañados por sus dirigentes. Pero en cada campamento azotado por los temporales hasta donde llega el Ministro, se encuentra con la misma respuesta: doscientos o trescientos hombres estilando agua reunidos frente al vagón oficial del ferrocarril, hombres flacos y amarillos por la desnutrición y las fiebres, declaran a gritos su voluntad de respaldar a sus dirigentes hasta el fin; rechazan las mejoras ofrecidas por el Ministro y confirman sus exigencias. Así pasa en Matina, en Veinte Millas, en Zent, en Bananito, en La Estrella, con los concheros, los zanjeros, los encargados de las chapias, de las cortas, de las socolas, de las volteas. Fracasado este recurso y ante las nuevas presiones de la Compañía, el Presidente finalmente cede y recurre al uso de la fuerza.

Centenares de policías invaden la zona. Repiquetean los máuse-res y las ametralladoras bajo los guanacastes. Los huelguistas se ven sorprendidos en sus reuniones en el corazón de las montañas. Arden sus campamentos. Las cárceles se ven abarrotadas con los nuevos detenidos. Centenares de nicaragüenses son expulsados del país con los harapos que llevaban puestos y sus mujeres y niños quedan atrás abandonados.

El camina a la deriva. El sol le hierve en la espalda, en los hombros. Se toca el pelo y lo siente ardiente y reseco. Es como si el pelo se achicharrara, realmente como si se achicharrara. Camina dos o tres cuadras y por todo el cuerpo comienza a correrle el sudor. Como vivir dentro de una campana de aire húmedo. Todo ello lo hace levantarse más y más tarde para prolongar el día adentrándolo en la noche. Son las horas más frescas. Todos duermen. La ciudad se extiende silenciosa, casi muerta.

Entonces va al muelle a ver pescar. Se ha ganado la confianza del guarda quien lo deja pasar sin problemas. Ver pescar es aburrido, pero lo tranquiliza. Y el mar, en Limón, es su único amigo.

Los pescadores no hablan. Se enrollan la manila en un dedo y esperan. Son capaces de esperar así un tiempo bárbaro. A su lado, en el muelle, en una lata vieja, hierven los gusanos de la carnada. Uno de los pescadores, un mulato alto, casi un gigante, no pesca con anzuelo sino con chuzo: un cabo largo de madera con cinco púas de acero de un jeme de largo en la punta. Es hombre de una vista sobrehumana. El, a su lado, se esfuerza en mirar el agua; la jalea negra se mece, ondula, refracta luces distantes; no se divisa nada, y, sin embargo, el mulato vibra de pronto como recorrido por un choque eléctrico y dispara el chuzo. ¡Qué brillo salvaje adquieren en ese momento sus ojos! Luego tira el cordel y en algunas de las púas saca siempre un peje coleteando; lo arranca con suavidad y vuelve a su actitud en acecho, el cuerpo tenso, los músculos rampantes.

A la violencia, los linieros contestan con la violencia. Ahora sí. Ojo por ojo. Saltan los puentes volados con dinamita; se desploman con un suave lamento las matas de banano segadas por un solo golpe de machete: hoy una hectárea, mañana veinte, pasado mañana cien; ¡mil al otro día! . . . El puño de los trabajadores, exasperados por tanta infamia, golpea con furia.

El lejano rumor amenazante atraviesa las ventanas, llega hasta el patio y vence el marasmo de sol y angustia que le ensordece los oídos. Estrujado el corazón, huye hacia el mar. Hacia la noche. Busca al pescador del chuzo, imantado por algo enigmático que hay en su habilidad sobrehumana. Y una sola vez logra, por fin, ver algo en el agua al mismo tiempo que el pescador. Es sólo un estremecimiento el que surca las ondas, no sabría decir si una sombra o una luz, sólo que se trataba de algo diferente, de algo vivo en aquella jalea alquitranada y ondulante. Partió el chuzo como una flecha y penetró con un golpe sordo, húmedo. El mulato comenzó a izarlo despacio, como si pesara mucho, y del agua brotó una forma extraña, múltiple, convulsa. Una de las púas le había entrado al pulpo por una órbita y, al sacársela, el globo del ojo salió pegado al fierro. Era un ojo inmenso, bulboso, rodeado de grasa amarilla. Exactamente como esos ojos que lo asaltan cuando el calor le puebla la vista de candelillas. Comenzó a retroceder, y cuando finalmente se largó a correr como un alucinado por el muelle desierto, el ojo volaba detrás persiguiéndolo!

## CAPITULO XV

El portero terminó por enojarse: —No sea necio, ya le dije que no se puede. ¿O usted cree que, por su cara bonita, voy a perder el puesto? ¡Por Dios, con el negro bruto! ¡No se puede entrar! ¡You can't come in! ¿Entendiste ahora, carajo? —Sudaba de irritación cuando Tom terminó por alejarse por el corredor embaldosado. —No hay como tener que tratar con gente ignorante —continuó rezongando. Este animal llega a entrar allí y sale portador de todo un surtido de bacterias.

Tom ya no lo oía. Al llegar a un recodo del corredor se detuvo a reflexionar. Tenía que ver a Azucena. Tenía que verla de cualquier modo porque una voz le decía que su hermana estaba sufriendo mucho. El hospital era muy grande, aquella la primera vez que lo visitaba y se sentía confundido. Lo único que sabía, de cierto era que el pabellón amarillo que había del otro lado del jardín era el de los contagiosos.

Cruzó por entre los parterres, salió por una puerta lateral y se encontró frente a unas canchas de tenis. Se acercaba una enfermera con una bandeja. La siguió. Cruzaron ambos el jardín; la mujer se buscó bajo el delantal una llave y abrió.

—¿No ha pasado el doctor?

—No, no ha pasado —dijo la mujer.

—Voy a ver si lo encuentro —dijo él adelantándosele.

La mujer lo miró recelosa por un instante, pero luego continuó su camino. Las pisadas de caucho venían detrás. El ruido de una puerta que se abre. Y silencio. Al fondo de otro largo corredor una puerta más. La cargó con el hombro. Al tercer empujón cedió y se encontró en una sala larga con las ventanas enrejadas y cubiertas con tela metálica. El

aire no se movía y molestaba un olor rancio, dulzón. Las enfermas, en dos hileras de cántres pintados de blanco, soñolientas, lustrosas de sudor. La mayoría eran negras, pero distinguió también varias criollas y una pelirroja. Iba buscando de rostro en rostro cuando Azucena lanzó un pequeño grito y se tapó la cara con las sábanas.

—Soy yo, sister —dijo tocándole los pies por encima de la ropa.  
—Soy Tom.

Pidió permiso a la vecina para sentarse en el borde de su cama. Era una mujer joven que estaba cepillándose una linda cabellera con reflejos cobrizos. Para contestarle dejó de hacerlo y le sonrió. Tom se fijó en unas extrañas manchas amoratadas que tenía en el cuello.

—¡Tom, please go, go away! —La voz de Azucena salía bajo las sábanas cargada de lágrimas.

El le acarició la cabeza por encima de la ropa: —Salí, Azucena, destapate. Yo no te tenga asco. A mí no se me pega, ¡oh sure! —Le fue descorriendo la sábana hasta que aparecieron los dos enormes ojos de porcelana, llorosos y azorados. Durante unos instantes los hermanos se miraron en silencio. Con angustia comprobó Tom los estragos de esta primera semana en el hospital: las mejillas hundidas, los ojos profundos y alocados.

—¿Tenés frío?

—No. —Ella hablaba estremeciéndose, como los niños después que han llorado mucho.

—Te traje unas naranjas. —Sacó dos y un paquete de galletas de soda de los bolsillos y los colocó en la hondura de las sábanas. Un asomo de sonrisa endulzó vagamente los gordos labios de la negra.

Azucena habló sin encono: —¡Mirá, Tom, mí no tener donde pone nada, ni una mesita. ¡Look there! ¡Mi sombrero debajo de la cama!

El alto sombrero cónico con una pluma verde estaba en el suelo, junto a la bacenica. Tom sintió que el corazón se le apretaba aún más. Le puso una mano en la frente y su hermana saltó como si la hubieran pinchado. —¡No, please, no me toqués! —Y, luego, alzando los brazos al cielo. —¡Oh Lord, let me die soon, please, let me die soon!

—¿Por qué a esa trompuda la pueden venir a ver y a una no? —protestó una vieja de una cama del frente, largas greñas cenicientas cayéndole sobre los ojos.

—Callate, Cianuro —le replicó la vecina que se peinaba, buscando los ojos de Tom para congraciarse con él. Tom le agradeció con una mueca torpe y se inclinó para escuchar el hilo de voz de su hermana que se perdía en el barullo creciente.

—¿Sabés todo, Tom?

—¡Oh yeah, mí saber todo! Mí saber que Azucena estar triste y que se va a curar prontito.

—¿Y los Rojas?

—Ah, preguntan. Míster Rojas pregunta y sobrino pregunta. Todos dicen, Tom, ¿cómo sigue Azucena? Y yo les diga: muy bien, ahorita sale y volver trabajar con ustedes.

—¿Y Diana? ¿Pregunta Diana?

—¡Oh, sí! Y yo le diga: yo ahora ir al hospital y si quiere venir y ella dice que ahora no poder pero que el domingo sí poder. —Se calló porque las mentiras compasivas le habían avivado el fuego que le quemaba el pecho.

—¿Y Johnny? —preguntó Azucena—, how is he?

—Está bueno, Johnny está bueno.

—¿Y Tommy?, ¿cómo está Tommy?

—Tommy bien, y Willy bien también y yo estoy bueno. Todos estamos buenos. No tristes, porque saber que Azucena prontito curar, oh yeah!

La vecina había comenzado a cantar, cubriendo con su voz el débil murmullo de Azucena. Tom se volvió implorante y la mujer aprovechó para tratar de trabar conversación.

—¿Conocés el “Rumba Boys”? Allí canto yo. Ahí voy a volver cuando me dejen salir de aquí. Lo que tengo no es nada, yo me lo podía haber curado sola, pero intervinieron los idiotas de salubridad y me mandaron aquí.

—Yes, sure —contestó Tom sin entender bien de qué se trataba. Una mulata se rio burlona: —Seguí cantando mejor.

—Ya ni los negros le hacen caso —dijo Cianuro.

—Andá, negro, —se oyó otra voz— dale un besito a ver si se calma.

—¡Cállense, bocas de cloaca, estúpidas! —gritó la pelirroja dejando de peinarse.

Tom procuraba no oír y seguía conversando con Azucena: —Ayer Johnny preguntar por qué no viene Azucena.

A ella se le iluminaron los ojos: —¿De veras Johnny pregunta?



—Sí, y yo le cuenta entonces cuando ser chiquititos y vos tener una rana y querer dar sólo arroz y plátanos para que almuerce.

Azucena comenzó a sonreírse: —Tom, ¿verdad que vos me robaste ranita?

—¡Oh no, Lord bless me, yo no robar rana!

La vecina había dejado de cantar, interesada en la conversación. Al fin explotó: —¡Qué negro bruto!, prefiere hablar de ranas con esa chumeca. Y salí de mi cama, piojoso, que me la vas a llenar de pulgas. —Con la ira, las manchas de la piel resaltaban ahora con un morado violento.

Tom se puso de pie. Azucena lo miraba como pidiéndole amparo. El alboroto crecía. Casi todas las enfermas se habían sentado en sus camas y se mezclaban las palabrotas, los chillidos, las carcajadas.

Tom se acuclilló con dificultad en el estrecho espacio que separaba las dos camas: —No hacer caso, Azucena, ahorita mejorar y salir de aquí. ¿Sabés? Cuando salir, primero **descansar** unas semanas con nosotros.

—Dicen que pronto llevarme de aquí, Tom, al leprosario, cerca de Curridabat. ¡Ya no verte más, ya no verte más!

—No, sister, allá es lindo. Yo preguntar y todos decir que es lindo. Y yo venir a verte otra vez antes.

Se abrió la puerta y apareció un gran revoloteo de enaguas bajo una cofia blanca aleteando. Detrás venía un enfermero. Tom al verlos se inclinó sobre su hermana y le dijo al oído: —Sister, yo volver pronto.

La monja lo increpaba con los ojos duros y la voz cortante y el enfermero lo sacó tironeándolo al pasillo central. Sin oponer resistencia se dejó zarandear y echó a andar entre burlas y risas, obedeciendo a los empujones. Sor Irene, como el ángel de la justicia, cerraba la **marcha**. Al llegar a la puerta una membrana roja le envolvió el cerebro, se volvió, enlazó de improviso los dedos de ambas manos formando un puño doble y lo descargó como un mazazo sobre la nuca del enfermero que rodó por el piso. Sor Irene boqueaba como un pez fuera del agua y cuando al fin lanzó un chillido ya él corría por el largo corredor.

Una puerta cerrada. Se acercaban los gritos. Dominándolos, un pito de policía. Agarró a patadas la puerta y logró abrir un boquete. Salíó al patio. Una astilla se le había clavado en el hombro. Encaramándose en unos cajones saltó la tapia y cayó en la calle. Corrió. Corrió hacia



el cerro a todo lo que le daban las piernas. Los gritos fueron quedándose rezagados y cuando al fin se detuvo y se volvió a mirar ya nadie lo seguía.

Se sentó en una piedra y se subió la manga. Un hilillo de sangre le bajaba por el antebrazo y tuvo que quitarse la camisa para arrancarse la astilla. Se apretó para que saliera la sangre sucia y se secó con el pañuelo. Un perro se acercó a olerlo y de una patada lo hizo salir aullando. No lograba serenarse. Su inmenso tórax desnudo se agitaba con la respiración entrecortada. La veía. La veía claramente contra el cielo sin nubes. Lo perseguía implacable la imagen, hundida en su lecho, tapada hasta los ojos con la sábana. ¡Oh Lord, my Lord, qué suplicante y desvalida y terrible su mirada!

Se frotó el rostro con furia, pero la imagen no desaparecía. Ya no la veía en el cielo, ahora la sentía adentro, dura, como una pelota de caucho incrustada entre los sesos. Estuvo así largo rato, incapaz de pensar en otra cosa.

Enfrente el mar. Una ola. Otra ola. Poco a poco la imagen comenzó a diluirse en la inmensidad azul. Otra ola. La espuma dibujaba encajes en la arena. Otra ola y de nuevo la espuma, blanca, blanquísima, lavándolo todo.

— ¡Oh yeah, el mar ser bueno, muy bueno!

Y otra ola.

Y otra ola.



## CAPITULO XVI

El martes Diana llegó a la hora del almuerzo muy excitada con la noticia de la muerte de Tapón. —Sí, ese que anduvo metido en la bomba del consulado. Dicen que fueron los peones, por venganza.

—Claro, y antes también dijeron que eran los peones los del bombo —dijo Silvano.

—Por lo mismo tenían que estar furiosos con él —alegó Diana. —Lo encontraron por Talamanca, medio comido por los coyotes y al lado de una mona carbonizada.

—¿Carbonizada?

—Así dijeron.

Silvano pensó fugazmente en "El Alondra", en las nieves de los Andes, el vino y las chilenas. Los coyotes se habían comido aquellos sueños.

—Seguro se suicidó —dijo don Héctor. —Pasame la mantequilla, Diana.

—¿De dónde sacás eso? —preguntó Elvira.

—La mantequilla, dije.

—Pero decime, ¿por qué tendría que ser suicidio?

—Bueno, entonces lo mató la mona.

—Pero no podés explicar.

—¿Y qué diablos querés que te explique? Lo mataron o se suicidó. A mí me da lo mismo.

—Tenía un balazo en un ojo —agregó Diana. Y dicen que el tiro es del mismo calibre que el que le encontraron a la mona.

—Bueno, eso querría decir que no se dio de tiros con la mona —dijo don Héctor mirando desafiante a Elvira.

—¿Pero qué le pasa hoy a papá?

—¿Qué me va a pasar?, no me pasa nada. Que la comida está fría como siempre. Eso es lo único que me pasa.

—Pues estaba hirviendo cuando los llamé, pero te demoraste. ¿Cuándo será el día en que no te quejés de algo? —dijo Elvira levantando la voz. —Ni porque está una sola tienen más consideración.

—¿Y de veras se puede comer mona? —preguntó Diana.

—Yo he comido —dijo don Héctor. —Es mejor que comer caballo.

—Ay no, ¡qué asco!, yo no podría.

—¿Y por qué no? Yo he comido mona, he comido danta, he comido chisa y guatuso. Hasta culebra he comido. ¿Y las iguanas? Esas son muy sabrosas, saben a pollo.

—No, papá, no siga, se me va a revolver el estómago. —Se sube el gato a la falda y comienza a acariciarlo. —Capaz que cualquier día me coman a mi gatito si me descuido.

—El que ha comido culebra no debía ser tan exigente —dijo Elvira regresando de la cocina. —Por cierto —agregó suavizando— que cuando volvés a la finca me tenés que traer venado. Hace años que no comemos venado.

—Por el revólver podrían averiguar —dijo Silvano con el tono de **quien** ha estado dándole vueltas a la misma idea.

—¿Averiguar qué? —dijo don Héctor.

—La muerte del chileno.

—¿Y para qué vuelven a lo mismo?

—Ah, no les dije —explicó Diana— que no encontraron el revólver.

—Entonces no puede tratarse de suicidio —observó Elvira. —A ver si ahora lo encontrás caliente.

—Ves como tienen que haber sido los peones —dijo Diana triunfante.

—¿Y por qué tendrían que ser ellos? —dijo Silvano. —Eso sí que está bueno. Todo lo arreglan echándoles la culpa.

—¿Y si no, quién iba a ser? —contestó Elvira.

—¿Y qué sabemos nosotros? ¿Acaso sabemos con quiénes se metía Tapón? ¿A ver, sabe usted, por ejemplo, quién le pagó a Tapón para que pusiera la bomba en el consulado? Por ese lado podrían investigar. Claro que entonces la policía no va a descubrir nada.

Don Héctor pareció interesarse realmente por primera vez en el asunto: —¿Y qué andaba haciendo ese tipo por Talamánca? —preguntó.

—¡Silvano, cuándo no! —comentó Elvira. Para él, el mundo está al revés. Para él, esos que andan macheteando las plantaciones son unos angelitos.

Silvano se volcó de bruces sobre la mesa: —Sabe, tía, ¿con quién vieron últimamente a Tapón, para que lo sepa? Con Beto. Los vieron juntos varias veces. Y mire la coincidencia, a Beto nadie lo ha vuelto a ver desde hace días.

—¡Mentiroso! Eso lo estás inventando ahora —dijo Diana—. Beto tuvo que ir a San José y hoy tiene que volver.

—¿Vos lo fuiste a dejar al tren?

—No, yo no lo fui a dejar al tren, pero él me lo dijo y no tengo por qué . . . ¿Y por qué decís eso?

—Yo cuento lo que me contaron.

—¡No es cierto, no es cierto! Y vos sabés más. ¡Decilo, atrevete y decí todo lo que sabés!

Silvano recogió velas: —No es que sepa nada especial. Estamos haciendo hipótesis. Claro que llaman la atención algunas cosas. Lo cierto es que andaba en tratos con Beto y que Beto se ha hecho humo.

Don Héctor mira a su mujer, luego a su hija y una sombra comienza a cubrirle el rostro. Doña Elvira trata de desviar la tormenta:

—Tranquilízate, Diana, aquí en Limón todo el mundo habla con todo el mundo, así que no tiene nada de raro que alguna vez se haya encontrado Beto con ese tipo. Sólo a Silvano se le podía ocurrir relacionar las cosas. Eso es un disparate. Eso es todo.

—Además, Beto tiene que venir hoy —la voz de Diana se ha desvanecido— porque me dijo que hoy me iba a llevar al baile de la Zona.

—Pues ojalá —dijo Silvano.

Don Héctor, que venía siguiendo el diálogo con interés creciente, de pronto estalló: —¡Bueno, se callan todos! ¿Qué pasa aquí? —Con la mirada dura recorre los rostros petrificados de sus familiares: —¡Qué me importa a mí ese Tapón! En mi casa lo que quiero es tranquilidad. ¡Maldita sea! Y usted, Diana, no va a ir a ningún baile hoy. Quítese esa idea de la cabeza.

Diana, escondiendo la cara entre las manos, se levantó de la mesa y salió corriendo. Un portazo. Ahora se oían más apagados sus sollozos.

Oírla llorar acabó por sacar de quicio a don Héctor: —Usted tiene toda la culpa, Elvira. Sí, toda la culpa. Ya hace mucho que le vengo diciendo que no le meta a Diana por los ojos al carajete ese.

—Héctor, domínate. Y no te dejés llevar por las intrigas de tu sobrino. Pensá en Diana. Aquí en Limón no abundan los partidos. Además, es un muchacho que la tratará con la finura que toda mujer se merece.

—Pues yo te he tratado siempre como te lo merecés y no veo que tengás de qué quejarte. Y en cuanto a Silvano, lo que dijo puede ser verdad. Yo lo que quiero para mí hija es un hombre de trabajo, que sepa sudárselas, y no que viva esperando heredar a su madre. Y ya lo sabe: ¡esta noche Diana se queda en casa!

Elvira calla. Don Héctor se levanta. Cuando lo escuchan cerrar la puerta de calle la mujer se vuelve hacia su sobrino:

—Te saliste con la tuya, pero ya me la pagarás, tarde o temprano me la pagarás.

Silvano se sirve agua y la bebe lentamente. Siente, imperativo, doloroso, el deseo de irse de allí para siempre. Ya no tiene quién lo presente al capitán de "El Alondra", pero tratará, por los medios que sean. Al menos hoy hará algo concreto: empezará los trámites para conseguir un pasaporte. Por suerte aún no ha entregado el dinero de Azucena. Esa es la llave que abre el calabozo. Salir de aquí. Irse a donde sea.

En eso el timbre del teléfono.

—Un momento, van a hablar. San José llamando.

—¿Está Diana?

La voz suena ahogada por la distancia, pero Silvano la reconoce de inmediato.

—No, no está.

—¿Le podría dar un recado?

—Por qué no.

—Dígale que tal vez me tenga que ir por unos días a Panamá. Que lo siento mucho. No se le olvide, que lo siento mucho.

Cuelga.

—¿Quién llamaba? —pregunta Diana desde su cuarto.

—No dijo. Preguntó por el tío, pero no dijo quién era. Dijo que llamaría después.



## CAPITULO XVII

Diana salió de su cuarto y comenzó a recorrer la casa buscando a su madre. La casa estaba sola. Entró al baño. Tenía los ojos hinchados de llorar y quitándose la bata estuvo inclinada sobre el lavatorio un largo rato echándose agua con ambas manos contra el rostro. La casa estaba sola. Siempre la enervaba sentirse sola en la casa. Era como si su madre al salir se llevara consigo sus inhibiciones, sus ataduras morales. Como otras veces, cuando, como ahora, la casa estaba sola, salió del baño desnuda, se fue a mirar en el espejo de cuerpo entero del ropero de sus padres y luego a sentarse al comedor en donde se comió una gruesa tajada de piña. El jugo le empapó la barbilla y una gota se escurrió por entre los pechos y sólo se detuvo en la redondez del vientre. Estaba gorda. Volvió al cuarto de sus padres y colocando ambas hojas del espejo en ángulo se miró la espalda. Le gustaba su espalda. Le gustaba mirarse las nalgas, redondas, rosadas. Era divertido que se llamaran nalgas, divertido pero insustituible. "Nal-gas", repitió en voz alta. "Ustedes no podían haberse llamado esturipias, ni guirdongas" les dijo. "Tal vez gordunias. ¿Les gustaría llamarse gordunias?" En ese momento Beto entró en su recuerdo vestido de blanco. Pensándolo bien, no le importaba. De veras que no. Que la hubiera dejado plantada, eso es lo que le había dado rabia. ¡Se había hecho tantas ilusiones con el baile de esta noche! Sacó del ropero la capita de terciopelo que usaba su madre para las fiestas y se la puso. Era rico el contacto del terciopelo sobre la piel. Manos de terciopelo. Sería terrible. Se cruzó la capa y después lenta, muy lentamente, comenzó a entreabrirla. Entonces le volvió la rabia, corrió al baño y cerró la puerta con picaporte. El espejo del baño era

chico y sólo podía verse los hombros, la naricilla altanera, los ojos castaños con puntitos dorados y el pelo salpicado de gotitas. Lo descolgó y lo colocó en el suelo, apoyado contra el borde de la tina. Aparecieron los muslos largos, la estrella de mar, el dedal del ombligo. Era un tonto idiota presumido. Se llevó ambas manos al vientre y lo apretó delicadamente. "No sabe lo que se pierde" dijo mirándose los pechos, que, desde abajo, se veían distintos. Se untó los dedos con jabón y comenzó a acariciarse los pezones hasta que los vio aparecer eréctiles, como banderitas rojas en la cima de las blancas colinas gemelas. Se sentó en el borde de la tina. La sangre le corría ardiente por todo el cuerpo y le había comenzado un ligero zumbido en los oídos. Se esperó a que le pasara. Después vio en la repisa la brocha de afeitarse de su padre, la enjabonó y comenzó a pasársela suavemente por los hombros. Las roseolas se apretaron dolorosas. "Tontitas, ¿no se dan cuenta que las estoy engañando?" Si nalgas era un nombre apropiado, pezón, en cambio, era muy feo. Repitió la palabra exagerando la zeta. Pezón. Mejor turintos. Las guirdongas y los turintos. Eran los hombres los que bautizaban las cosas y como tenían sensibilidad de hombres no entendían nada. Debían habérselo dejado a las mujeres. Pero guirdongas no. Nalgas era mejor. En eso tenían razón. Botó la brocha al suelo con rabia. ¡Ay, Dios mío, qué ganas de casarme! Pasar la luna de miel en un yate, de día pescando y, de noche, con el yate mecido por la marea. Otra oleada de deseo le erizó el vello, se levanto y abrió el botiquín: sólo había frascos vacíos, la pasta, la brillantina de Silvano, remedios. Reaccionando violentamente entró en la tina, abrió la aspersión, se metió bajo el chorro y poco a poco se le fueron pasando los estremecimientos. Cuando éstos cesaron le volvió la rabia y comenzó a darse puñadas en las caderas y en los brazos. Idiota. Presumido e idiota. Haberse ido así, sin despedirse siquiera. Aunque tal vez fuera para mejor. Así podría salir con Silvano sin picazones morales. Claro que era su primo, pero ella sabía de matrimonios entre primos. Lo que había hecho en la mesa, al desayuno, era por celos. Pobrecito. Se frotó vigorosamente con la toalla, se fue a su cuarto y estuvo largo rato frente al closet eligiendo hasta que se decidió por un traje blanco con lunares rojos. Se puso el sostén y el calzón, pero no el fustán. Mejor sí se transparentaba. Y salió.

Su amiga no estaba en casa. Así se lo dijo, a gritos, la madre desde el balcón. También le dijo que Jacqueline había ido a la piscina. Regre-

só a buscar el vestido de baño y se dirigió al Club. Jacqueline estaba asoleándose acostada sobre el vientre en el trampolín más alto. Desde abajo se le veía un ojo cerrado. Subió por la escalerilla y de un salto le cayó encima por sorpresa. Jacqueline dio un grito, se volvió, ambas perdieron el equilibrio y los dos cuerpos entraron como jabalinas de ámbar despedazando la gran amatista.

Saltar del trampolín haciendo el ángel o dando volteretas como torbellinos sujetándose los tobillos con las manos; cruzar la piscina de zambullida a todo lo largo cortando aquella masa sensual y transparente; tenderse en el pasto a recibir sol hasta que el calor las obligaba a lanzarse al agua de nuevo, y patear, patear tomadas del borde sólo por el gusto de patear, de levantar cascadas de espuma.

En el bar pidieron dos refrescos de guanábana. Jacqueline convidó.

—¿Vas a ir al baile?

—Claro que sí.

—Yo no, ¡qué pereza!

—¿De veras no vas a ir?

—No, no tengo ni pizca de ganas.

—No te creo.

Como las lágrimas le pugnaban por salir fue a la mesa de billar y comenzó a hacer carambolas con la mano. Sonaban bonito.

—¿Vos vas a ir con tu papá? —le preguntó a Jacqueline cuando ésta se acercó.

—Sí, con papá y mamá.

—Ves, en casa no va a ir nadie. Papá se tuvo que ir a San José.

—¿Y tu primo?

—Ese no sabe bailar.

—¡Qué tonto!

—Sí, no sabe.

—Es medio raro Silvano, ¿verdad?

—Sí, es medio raro.

—A mí a veces me ve en la calle y no me saluda, y otras veces en cambio se para a decirme piropos. Tiene gracia para decir piropos. Un día me dijo que si la esperanza fuera mujer tenía que ser rubia como yo.

—¡Bah, a mí me dice parecido!

Ahora van ambas por la acera tomadas de la mano.

—¿Y por qué será raro? —volvió al tema Jacqueline. —Dicen que se pasa todo el día en la Biblioteca y las noches en el muelle viendo pescar.

—Sí, le gusta mucho leer. —La llamita de los celos le paseaba por el cuerpo.

—Pues ojalá se le pase.

—¿A vos te gusta? —preguntó a Jacqueline mirando hacia abajo.

—No, no es que me guste. Claro que no es feo. Y le gusta usar palabras difíciles cuando conversa. Una vez usó una que nadie entendió. Yo hice un esfuerzo por recordarla para buscarla después en el diccionario de papá, pero cuando llegué a casa ya se me había olvidado.

Jacqueline es alta. Su madre le cose los vestidos con el canesú muy subido y eso la hace verse más alta todavía. Claro que en vestido de baño se veía bien, pero así, en la calle . . . —Vos sos más alta que él, ¿verdad?

—Con tacones altos sí, pero con sandalias debemos ser iguales.

La observó con desconfianza. Una rival; la que menos se esperaba.

Del Comisariato, en donde Jacqueline compró unos botones, pasaron a la Botica. Tres negrillos alborotaban formando agudo contraste con aquel ambiente oloroso a éter, pomadas, perfumes.

—Un diez de bicarbonato —insistía el mayor de los tres levantando hacia el boticario su naricilla espaventada. Por entre los jirones de la blusa se le veían las carnes color chocolate.

El boticario no los oía, concentrado en atender a una madama gorda, con traje de lino con cuello y puños de encaje, que estaba escogiendo un barníz para las uñas.

Los negritos lo husmeaban y miraban todo. El más chico se urgó la nariz y luego trató de pegarlo con disimulo en el cartel de un dentífrico lleno de sonrisas blancas.

—¡Un diez de bicarbonato!

Otro se subió a la romana y al ver que no se movía la aguja comenzó a dar saltos en la plataforma. Cuando el boticario fue a la trastienda, el menor de los tres se detuvo con la boca abierta frente a tres barrilitos de cristal que se alineaban en el mostrador con sus barriguitas transparentes llenas de colonia color verde nilo, lila y amarillo oro. Todo se desencadenó en segundos. El chico dio vuelta a la espita y se metió bajo el chorrillo dando saltos de alborozo. Los otros lo imitaron chillan-

do y la loción comenzó a chorrear por sus cabelleras moteadas, sus camisas sucias, sus brazos y piernas color chocolate.

— ¡Don Teófilo, corra, qué espanto!

La madama comenzó a repartir carterazos.

— ¡Come on, Johnny, hurry!

— ¿Qué pasó?

— ¡Mire qué horror lo que hicieron!

Don Teófilo se saltó el mostrador, pero cuando salió a la puerta los chicos ya iban llegando a la esquina.

— Bandidos, ya verán, cualquier día los agarro.

Todos salieron a mirar. A una cuadra de distancia Johnny se había acostado en mitad de la calle. Parecía reírse a carcajadas y pataleaba agitando brazos y piernas. Cuando Diana vio al policía lanzó un grito. Tommy y Willy se devolvieron, agarraron a Johnny de las manos y partieron de nuevo corriendo hasta que se perdieron de vista por la esquina del mercado. A lo largo de la calle quedó un reguero de excitación y en la botica un olor penetrante a colonia.

Don Teófilo jadeaba: — ¡Son como animales, como monos!

— Pues la culpa fue suya —dijo Diana— estaban pidiendo el bicarbonato desde hacía rato.

A don Teófilo se le entró el habla y las dos muchachas aprovecharon el instante para alejarse.

— ¿Cómo se te ocurrió decirle eso?

— Porque sí, porque así fue.

Jacqueline se volvió a mirarla extrañada. — Silvano hace cosas así —dijo después de una pausa.

Diana sonrió interiormente.

— Ahora tendremos que ir a la otra botica —dijo Jacqueline. ¿Me acompañas? Tengo que comprarle piramidonos a mamá.

— No, te dejo. Voy a ir a casa.

Se devolvió por la otra acera y al pasar frente a la farmacia miró hacia adentro. La madama continuaba escogiendo colores para sus uñas. Frente al parque subió por la larga y oscura escalera de la biblioteca. Era la primera vez que iba por allí. Mesas redondas y sillas duras alrededor. Olor a humedad. Cuando entró no había nadie, pero al oír sus pasos un vejete salió de la pieza del lado a preguntarle qué deseaba.

—Una novela, pero cortita.

El bibliotecario le ofreció *Los Viajes de Gulliver*, y ella, sin saber por qué, se sintió ofendida. Al fin se resolvió por *Los Estranguladores de la Malasia*. Había que inscribirse en un libraco y aprovechó para hojearlo: en cada página aparecía varias veces el nombre de Silvano.

—Es pariente suyo, ¿verdad?

La miraba con ojos de lascivia. Ella no le contestó y trató de concentrarse en la lectura, pero molestaba el olor a humedad.

—Mire, ¿no podría abrir la ventana?

—Para que se me vuelen los papeles...

Tuvo que releer cada página varias veces, incapaz de fijar la atención.

—Bueno —dijo levantándose— mañana vuelvo a terminarla.

Salió bajando a saltos la escalera como quien sale de una tumba, y fue a sentarse en la misma banca en donde estuvo con Silvano el día en que éste llegó de la finca. Beto era un tonto. Tonto y pretencioso. Claro que Silvano le tenía rabia y había sido muy feo lo que había insinuado en el desayuno, pero se lo podía perdonar. En realidad ya se lo había perdonado. Pobrecillo. Todo el día de cabeza metido en esa biblioteca espantosa.

Algo, adentro del pecho, le molestaba. Como si un cangrejo le estuviera mordisqueando con sus tenacillas el corazón. Un presumido. Eso era, un presumido, un grosero, un antipático.

Pasó una niñera con un chico rubio en un cochecito.

—¿Me deja verlo?

El niño tenía los brazos muy gordos, se le formaban pulseras en las muñecas y camanances en los codos.

—¡Mi amor, mi vidita!

—No lo alce, la señora tiene prohibido que lo alcen.

—Pues es bien tonta la señora, porque a los niños les encanta que los alcen.

—Así será, pero ella es muy estricta.

—¡Por qué Dios les mandará hijos a las viejas estrictas!

El cochecito se fue alejando y el niño, sacando la cabeza por un costado, se volvió a mirarla. ¡Qué ojos de agüita tan clara! Pero así eran de niños. De grande trabajaría en un escritorio para la Compañía y se volvería un tonto presumido. Las palmas reales ya no daban sombra:



debían ser cerca de las doce. Salió corriendo hacia la casa y se encontró con que Silvano no había llegado. Lo esperaron con su madre media hora y no llegó.

—¿No dijo nada, mamá?

—No, no dijo.

—¿Qué le habrá pasado?

—No sé. Anda más raro cada día.

Prefirió cambiar el tema para que su madre no lo aprovechara para desahogarse y comió en silencio, sin apetito. ¡Qué mañana, Dios mío, qué mañana!



Al atardecer, cuando regresó a la casa del ensayo, la encontró a oscuras. Su madre le había dejado un papelito en la mesa del comedor avisándole que había ido donde doña Lupita a jugar póker. Si era así no volvería hasta muy tarde. En el papelito le decía también que en el horno encontraría comida, que recordara que su padre le había prohibido salir y que se acostara temprano.

De nuevo la casa sola. Fue al patio y se tendió en la hamaca. En el cielo aparecieron las primeras estrellas. Cuando se dio cuenta titilaban ya cuatro o cinco de modo que no pudo pedir los tres deseos. ¡Qué caray! De todos modos los pediría. Cerró los ojos y comenzó a pensar. Era difícil pensar sin tener en qué pensar. Imágenes sueltas, fugaces. La verdad es que pensar era aburrido. Sobre el primer deseo no tenía dudas: quería casarse, casarse pronto. El segundo era mucho más difícil. Abrió los ojos y contó de nuevo las estrellas: ocho . . . nueve . . . Debía ser lindo ser estrella. Aquella azul, chiquitita. El segundo, que Silvano llegara pronto y que ojalá llegara de buen humor. A veces llegaba de mal humor, se encerraba en su pieza a leer y no aceptaba que nadie entrara en su cuarto a interrumpirlo. Aquellas cinco estrellas parecían un pájaro, las dos de atrás la cola. El tonto del director había decidido achicar varias escenas porque decía que resultaban muy largas y difíciles y, entre los cortes, la escena en que Hamlet tenía que fingirse loco. Beto decía que las supresiones eran muy acertadas y que ya era mucha ambición. Envidioso como siempre. Otra estrella más, haciéndole guiños. Claro que

la estaba mirando. Desde allá tan lejos, tan lejos, como a ocho mil kilómetros y la estaba mirando. Suspiró. Por lo demás no le importaba tanto no haber ido al baile. ¡Qué pereza! Se levantó, fue a su cuarto, se echó sobre la cama y al poco rato comenzó a sollozar. No es que tuviera ganas de llorar, pero estuvo llorando largo rato hasta que se dio cuenta de que era tontería hacerlo sin que nadie la oyera. Se levantó, sacó del closet el traje largo de tafetán con un cintillo de lentejuelas bordeando el escote y se lo puso.

Abrieron la puerta de la calle. Los pasos de Silvano por el corredor. Guardó silencio. El iba de un cuarto al otro y al fin tocó en su puerta con las yemas de los dedos.

—¿Puedo entrar?

—No, dejame.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—¿Y por qué no me dejás entrar?

Una pausa para arreglarse el tirante: —Bueno, si querés.

El se sorprendió al verla así vestida: —¿Vas a ir al baile?

—No.

—¿Y entonces para qué te pusiste eso?

—Porque sí.

—Pero ¿cómo?, no entiendo.

—¡Porque sí, porque sí, porque sí! —Se le fue encima y comenzó a golpearlo con ambos puños en el pecho. —Porque sí, ¿entendiste ahora? Porque vos me vas a llevar. Vos, aunque no querás. —Las ventanillas de la nariz se le agitaban animadas de un soplo febril. El terminó por sujetarle las manos.

—Quedate tranquila.

—Si estoy tranquila.

—Esas cositas —dijo él mirando el escote— parecen escamas.

—¡Seguro, escamas! Todo lo tenés que relacionar con tus pescados. Son lentejuelas, tonto.

—¡Ah, son lentejuelas!

Estaban de pie, uno frente al otro.

—Sí, lentejuelas. Pero dejame, tengo una rabia como si me estuviera mordiendo por dentro.

—Pues te ves bonita con rabia. —El no podía separar la vista del escote. —¿Sabés? El otro día me estuve acordando. Vos no te debés acordar, pero yo sí me acuerdo. De aquella vez que peleamos por unas semillas de zapote.

Ella no dijo nada. Hacía de ello varios años y entonces sus tetitas eran diminutas. Ahora, en cambio, el escote dejaba ver el nacimiento de dos senos rotundos, lechosos y cubiertos por pecas doradas.

—¿No te acordás? —insistió él.

—No me preguntés más. Ahora no me acuerdo de nada. Sólo tengo rabia.

Se sentaron en la orilla de la cama. —Pues si vos supieras las veces que yo me he acordado de eso. De noche, sobre todo. Ese día vos tenías miedo. Ahora tenés rabia. —Le señaló con el índice:— y tenés pecas.

—Sí, tengo muchas. Yo sé que soy fea, muy fea.

—No digás tonterías. Y parate para mirarte.

Ella le hizo caso y giró varias veces sobre sí misma. El traje formó una campana color verde pálido. Tenía las rodillas bonitas, pensó él.

—¿Sabés? Hoy fui a la Biblioteca.

—¿De veras? ¿Y a qué?

—A leer.

—Mentira.

—¿Por qué va a ser mentira? ¿Así que sólo vos podés leer? Me leí un libro lindo, de principio a fin. Sólo que al final se mueren todos y me dio mucha tristeza.

—¿Cómo se llamaba?

—*La Casa Sola*.

—¿De qué autor?

—Ah, no me preguntés de autores; yo de autores no sé; no me fijo.

—¿Y quién había en la Biblioteca?

—Nadie. Sólo un viejillo antipático que me preguntó por vos.

—No es antipático, es muy buena persona.

—No puede ser buena persona con esa cara.

—¿Así que de veras fuiste? ¿Y por qué cuando yo te invitaba nunca quisiste ir?

—¡Ah, porque no!

Había vuelto a sentarse a su lado en la cama. El le tomó la mano.

—Me gusta que hayás ido a la Biblioteca.

—Sí. Y voy a volver muchas veces. Quiero leerme todos los libros de ese autor.

—¿Pero no te acordás cómo se llamaba? ¿Era francés?

—No, más bien parecía ruso.

—¿Habría sido Dostoyewsky?

—No, no era tan difícil.

—¿Gogol?

—Ese sí me suena.

Se quedaron callados un rato.

—¿Mi tía salió?

—Sí.

—¿A dónde fue?

—Seguro a jugar.

—Entonces no va a volver hasta tarde.

—Sí, no creo que vuelva temprano.

El se corrió y sus cuerpos quedaron tocándose.

—Hoy estás distinta.

—¿Cómo estoy?

—Distinta.

—Sí, yo sé. Hoy me siento terneruza.

—¿Y eso qué es?

—Ah, esa es una palabra que yo inventé. Yo invento palabras.

—¿Y qué quiere decir?

—Quiere decir . . . que me siento terneruza.

—¿Pero qué es eso?

—No sé. Lo inventé un día frente al espejo. Fue un día —agregó sonrojándose— en que me desvestí y me dieron unas ganas terribles de besarme yo misma. Tenía miedo, pero era un miedo rico. Ese día inventé esa palabra.

—¿Y qué quiere decir?

—Es algo así como sentirse un poco triste y un poco tierna, como los terneros. ¿Te has fijado que los terneros son tristes y tiernos al mismo tiempo?

El cabello de ella olía a yerbabuena. —Diana —dijo él con la voz más ronca.

—No, no me hablés, no me digás cosas. Tiene que olvidárseme poco a poco. Tal vez ya se me comenzó a olvidar.

—¿Y por qué te pusiste el vestido de baile?

—No sé. Sería que te esperaba a vos. Es cierto que quería mucho ir esta noche al baile. A bailar toda la noche. Que cuando clareara todavía siguiéramos bailando, como trompos, como si estuviéramos hiptonizados, como si tuviéramos que bailar hasta morirnos.

El le rodeó la cintura.

—Bailaríamos en una terraza sobre el mar y como tendría el piso de vidrio se verían las olas abajo. Y la música comenzaría a tocar primero despacito, pero después más rápido, cada vez más rápido, como si al final todos tuviéramos que terminar locos.

El la tomó con brusquedad por la barbilla, la obligó a girar la cabeza y la besó. Al principio ella apretó los labios, pero poco a poco los fue entreabriendo. Sin dejar de besarla él metió la mano por el escote y de pronto la sintió llena de un temblor dulce, una gelatina calurosa. Ella se deslizó el tirante del vestido, se soltó el broche del sostén y sacó de su cárcel rosada un melocotón redondo y rubio. Todo el cuarto comenzó a dar vueltas cuando él se precipitó a besarlo.

—Suavecito, que me duele. ¡Y decime algo, cualquier cosa, ligero!

—¿Qué querés que te diga?

—Decime: “te quiero mucho”. No, mejor decime: “te deseo”, “me arde la sangre deseándote”—. Hablaba mordién dose el labio inferior. —No es que esté haciendo esto por despecho. Te juro que no.

—Sí, sí. Y decime ahora vos a mí: Silvano, no estás solo.

—No, no estás solo, estás conmigo.

—¡Te quiero!

—Pero si ya te lo dije.

—No, si ahora soy yo el que te lo digo.

Y eso fue lo último que dijeron. Y comenzó un ritual tan viejo como la especie humana. Y la mano jugó su papel entreabriendo unos muslos que se apretaban un instante para ceder el siguiente y la saliva comenzó a escurrirse entre dientes que chocaban como espadas y los ojos delirantes devoraban devorando y comenzaron a estallar palabras como esas flores carnosas que sólo se abren de noche, repitiendo las más tiernas, las más dulces, las más acariciadoras tonterías. Y juntos se asomaron a la muerte pequeña, sueltas al viento grandes alas membranosas, todo con un orgullo infinito y una infinita amargura, y una alegría infinita sacada del puro fondo mismo de la alegría y un deseo inter-

minable de gritar, de reír o de llorar mientras allá arriba dos ojos comenzaban a entreabrirse todavía turbios, todavía agónicos, como si regresaran de una extraña lejanía.

Por la ventana, a borbotones, el mar se azotaba contra los arrecifes como un enorme músculo enervado y coronado de espuma.



## CAPITULO XVIII

— ¡Parece mentira! —dijo Trino moviendo la cabeza con una alegría triste.

— ¡Carajo, sí! —contestó Paragüitas.

Cuando vio la inutilidad de la violencia, el Presidente resolvió finalmente buscar con energía una solución. Durante tres días deliberaron los representantes del Gobierno, de los bananeros nacionales y del comité de huelga. Y una mañana, por fin, se llegó a un arreglo. Presionada por éste, la Compañía aceptó reducir las jornadas de trabajo, subir los salarios, abandonar el pago con fichas y establecer dispensarios en la zona.

Los diarios de la capital tocaron las sirenas y el público se atremolinó para leer las noticias en los pizarrones. Pocas horas después la nueva se extendió como un reguero de pólvora por toda la zona y llegó a Puerto Limón.

Los dos peones se han guarecido de la llovizna persistente bajo un alero. Están contentos. Están contentos pero se sienten, al mismo tiempo, desorientados. No se les escapa el gran significado de la victoria, presienten que ese día se ha abierto una nueva etapa en la vida de la República; rebosan de orgullo porque el conflicto les ha dado una demostración de su fuerza y, sin embargo, se sienten confusos. No en vano han vivido las últimas semanas una vida de tensiones casi insoportable, ocultándose al menor ruido, amparándose en las sombras, comiendo mal y durmiendo peor, día tras día y noche tras noche.

—¿Y si nos fuéramos a tomar un café?

Cruzaron la calle corriendo para no mojarse y se sentaron frente a la mesa de tablas.

—¿Vos qué querés?

—Yo tengo hambre —dijo Paragüitas— ¿de qué hay sánguches?

—De lomito, de queso, de tepezcuintle y de chorizo; también hay tamales —contestó de un tirón la muchachita.

—Yo quiero de chorizo. Y un café con leche. Mejor no, mejor uno de chorizo y otro de tepezcuintle. Y un tamal. Y el café, claro. —Paragüitas se llevó la mano al bolsillo.

—Si no te alcanza yo te invito —dijo Trino dándose cuenta. Yo tengo. —Y a la chica—: ¿Tiene quesadillas? Entonces yo quiero dos quesadillas y un sánguche de queso y café con leche también. También me dio hambre. Y el café bien caliente, por favor.

Era la celebración de la victoria. Ambos lo comprendían así, tácitamente. El chino de la cafetería vino personalmente a servirles y a quejarse de que en las últimas semanas las cosas habían andado muy mal.

—Pero ahora van a mejorar —dijo Trino.

Como el café estaba muy caliente Paragüitas lo vació en el plato. Las quesadillas estaban duras y Trino las remojó en el café. Afuera seguía lloviendo.

¿Cuál iría a ser su vida ahora? Ambos lo piensan cuando ven pasar por la acera a un policía que mira hacia adentro y clava la vista durante un segundo en el nicaragüense. Han vivido varias semanas perseguidos y se les hace difícil acostumbrarse a la idea de que ahora pueden de nuevo circular a la luz del día, entrar en un café a comerse un sánguche, ver pasar un policía sin sobresaltos.

—¡Idiay, esto se acabó! —dijo Trino.

—¡Quién sabe! Tal vez apenas esté comenzando.

—¿Vos creés?

—Pues sí. Esta vez, a pesar de todo, se las metimos suavecita, pero todavía tendrán que estallar muchas huelgas más antes que esos cabrones entiendan que no nos pueden tratar como animales.

—¿De veras? —dijo Trino remojando la segunda quesadilla.

—Pero claro, si es una ilusión creer que la historia se hace en unas pocas semanas. —Pues yo me estaba acordando de aquel día en que nos contaste del hotelillo con baño en Honduras. ¿Te acordás que todos dijimos que cuando terminara esta chingadera nos íbamos a ir para allá? ¿Estará todavía la misma cholita?

—¿Y vos creés que en Honduras viven mejor que aquí?

Cayeron en un largo silencio. El chorizo estaba sabroso. Afuera seguía lloviendo.

—Mirá Trino, vos todavía no me has contado, ¿qué fue esa vaina de Tapón? Contame, aquí, en confianza.

—Qué chistoso! ¿Así que vos creíste ... ? Pues yo creí que eras vos

—¡Chocho! —Ambos se rieron con ganas.— ¿Y de qué sería el contrabando?

—No se ha sabido. A lo mejor de armas. Podríamos preguntarle al sobrinito de Rojas.

—Pues si ese sabe se va a quedar callado.

Entraron dos cargadores y se acercaron a felicitarlos.

—¡A la pucha, pero lo que nos costó! —dijo Trino mirando la mesa. Y sólo el nica entendió que Trino en ese momento estaba recordando a Filiberto.

Los trabajadores compraron cigarrillos y les volvieron a dar la mano al despedirse.

—¿Te has fijado cómo lo ha tomado la gente? —dijo Paragüitas.

—Sí.

Volvieron a guardar silencio. Ahora le tocaba el turno al tamal. Entraron una mujer con su hijo.

—¡Idíay! camaradas, ¿ustedes por aquí tan frescos?

—Parece mentira, ¿verdad?

—Pues yo, lo único que siento —dijo la mujer que olía a jabón de lavar—, es que no le hayamos metido fuego a las casas de los gringos.

—Para otra vez será.

—Dale la mano a don Paragüitas —le dijo entonces la mujer al niño.

El chico abrió unos tremendos ojazos. ¿De modo que ése era el famoso Paragüitas de quien tanto había oído hablar? Estiró tímido la mano, y el nica la estrechó con fuerza.

—Mirá, —dijo Trino— a propósito, ¿por qué a vos te dicen así?

—Es una historia muy vieja.

—Pero tenemos tiempo, contala.

La mujer se había quedado junto a la puerta esperando que escampara, el niño aprovechó para acercarse de nuevo a la mesa y en sus ojos azorados, como en una diminuta linterna mágica, comenzó a proyectarse aquella historia ignorada, muy larga y muy vieja.

"Hace siete años, en Managua, el viento sopla con fuerza desde el gran lago. Una casa de adobes y piso de tierra; la canoa rota que chorrea sobre una bacenica y una gallina mojada que de vez en cuando se sacude y cloquea. Estaba triste la tarde.

"—Mamá, no me traigás, yà te dije.

"—¿Pero, cómo te vas a quedar en ayunas?

"La vieja mira hacia el entretecho en donde su hijo se ha pasado encerrado todo el día, en quién sabe qué misteriosos quehaceres. Trata de imaginarse algo, pero su pensamiento añoso y seco ya no le ayuda. En aquellas profundidades, ¿qué puede saber ella de su hijo? Se encoge de hombros, tapa refunfuñando el jarro y lo pone encima de la olla para que conserve el calor. Dos horas después su hijo baja, por fin, descolgándose del altillo.

"—Voy a salir.

"—¿No te alcanzás a tomar el café?

"—No, estoy apurado.

"—¿Vas a volver muy tarde?

"El no sabía si iba a volver tarde o no. En realidad, no sabía si volvería alguna vez. —En todo caso no te quedés esperándome —dijo.

"La vieja lo miró muy hondo. Aquel hijo la hacía vivir con el alma en un hilo. —Hoy tengo un dolorcillo aquí —dijo tocándose el corazón—, como una punzada—. El salió sin contestarle y ella volvió a soplar el fuego.

"Unas cuadras más allá dos marinos yankis conversaban junto a un poste. Cambió de acera. Uno era piernilargo, con la cabeza minúscula; el otro rechoncho. Podía haber sido el largo, pensó, sin detenerse.

"Caminó y caminó. Ahora se guiaba por el ruido de la música que llegaba en suaves oleadas. Cuando se asomó para ver cómo estaba el bailongo, alguien lo reconoció y se le acercó a saludarlo. A él no le hizo gracia que lo reconocieran.

"—¿Y, vas a entrar?

"—Todavía no sé.

"Adentro reinaba gran animación. El viejo local del sindicato de zapateros, clausurado desde que comenzó la guerra liberadora de Sandino, había sido transformado, por el Gobierno, en un salón de baile.

"—Bertilda te andaba buscando —insistió otro.

"—¡Ah, bueno, gracias!

“Se abrió paso a codazos y se encontró de improviso en medio de los bailarines. Dos focos amarillos iluminaban el tablado, en donde la orquestilla tocaba un fox trot, y dejaban en semipenumbra el salón. Olía a sudor, alcohol y tabaco. Siempre algunos marinos yankis, desobediendo las órdenes de sus jefes, aparecían por allí. Esa noche había dos. Uno, acodado en el bar, y otro, con el gorri1lo blanco de lona ladeado sobre una oreja, bailando en un rincón. Escogió al que bailaba, ¿era el mismo? No, el mismo, necesariamente, no. Pero era uno de ellos.

“Comenzó a apartar a la gente, sin prisa. Alguien extendió la mano y él se equivocó y le dio la zurda. El marino ahora bailaba de espaldas, con la mano, cubierta de pelos rojizos, como virutas de cobre, sobre la espalda desnuda de la muchacha.

“Cuando, por fin, le vio el rostro: nariz respingada, frente estrecha, pensó que hubiera preferido no vérselo. Los ojos no se los miró.

“Empujó más. Perdone. El cuello azul del uniforme tenía un triple filete de cordoncillo blanco. —No, no voy a bailar. —El cabello cortado recto en la nuca. Era mejor no haberle visto la cara, pero, ¡idiay!

“Comenzó de nuevo la orquesta. No fue realmente que la escuchara, pero todos comenzaron otra vez a moverse frenéticos. Las parejas lo zarandeaban, pero en ningún momento lograron que lo perdiera de vista. Le tenía ahora puesta la mano en la nuca a la muchacha y parecía hablarle al oído. La atmósfera se volvió por momentos irrespirable.

“Toda la mañana se la había pasado en el entretecho de su casa limando una varilla de un paraguas que encontró botado en el desván. Su vieja, desde abajo, llamándolo. Seguro presentía. Con el frotar de la lima la varilla llegaba a ponerse caliente, y de vez en cuánto tenía que soplar el polvillo de la limadura. Ahora lo tenía allí, cerca, casi al alcance de la mano. No era el mismo, pero podía haber sido el mismo. A él le había tocado presenciarlo todo. El chiquillo estaba jugando y el marino venía con su uniforme blanco por mitad de la calle. La pelota cayó en un charco y le salpicó el uniforme. El lo había visto todo, pero no había tenido tiempo de intervenir. El niño al recibir el culatazo se había encarrujado y cuando él llegó a recogerlo ya no hablaba.

“Metió la mano en al bolsillo y sintió, con la yema del pulgar, la lengüeta aguzada de la varilla, fina como una aguja. La sacó con destreza y la colocó en el interior de la manga derecha, con la punta asomán-

dose. Con doblar un poco el brazo los músculos la empujaban hacia adelante. Entonces la podía tomar y, con un movimiento que había practicado muchas veces, dejarla asentada en la palma, sobresaliendo la puntilla. Ahora tocaban un chárleston. Salía con una ligereza extraordinaria y lo demás consistía en lanzar todo el cuerpo hacia adelante.

“De pronto, enfrente, la cara incolora. Debía estar borracho porque lo miró con una mirada turbia, celeste-sucia. Se sorprendió a sí mismo tocándole el hombro. —Hey, míster. —El otro se volvió y él se lanzó a fondo. Una resistencia leve, muy leve, como hundir un punzón caliente en manteca. Aplanó los dedos hacia atrás para que le entrara toda, hasta el último centímetro, y le pareció que la panza había terminado por succionarla, porque algo sonó y en la mano no le quedó nada. El marino lanzó un débil quejido y se fue agachando hasta quedar acucillado. —Está borracho —dijo una voz. La hermanilla del Nato parecía no comprender qué había ocurrido, entonces él la abrazó y comenzaron a bailar abriéndose paso. De lejos vio cómo tomaban al marino por corvas y brazos y cómo con los tirones se le trepó la blusa dejando al descubierto su espalda blanca como leche cuajada. Le iba sonando la sangre, suelta por dentro, como una bota de cuero a medio llenar con vino.

“Dos hombres se le acercaron y en la puerta alguien quiso decirle algo, pero quienes lo llevaban no lo dejaron detenerse. Caminaron así varias cuadras y cuando escucharon los silbatos echaron a correr. Frente a un portón se detuvieron. Uno de los hombres entró y salió acompañado por otro hombre descalzo, con polainas amarradas con cabuyas. Trajeron dos caballos y junto con el de las polainas comenzaron a galopar, largamente, por la noche callada y negra, una noche negra y tremenda de Nicaragua. Y él no tuvo que preguntar hacia dónde iban porque eso lo sabía, sí que lo sabía. Cabalgaban bajo la noche negra y sola, dulce y gigantesca, hacia las Segovias, en donde el General Augusto César Sandino con su pequeño ejército guerrillero tenía desde hacía muchos años en jaque, amparado por la selva y escudado en el heroísmo de su puñado de valientes, a una división escogida, dieciséis mil hombres de bien armadas tropas norteamericanas. Eso lo sabía. Sí que lo sabía. ¡Mi general, presente! Aquí llegamos, mi general Augusto César, mi general Augusto César Sandino!”

—¿Así que fue por eso que te encajaron ese apodo? ¿Y después qué pasó?



—Chocho, que sos preguntón! Después . . . Después vino la traición. Pero todo eso vos ya lo sabés. Y unos pocos nos escapamos, cruzamos el San Juan a nado y llegamos aquí.

Paragüitas se echó hacia atrás en el banco y apoyó la nuca en la pared: —Todavía tengo hambre —dijo.

—¿Nos comemos otro tamal?

—¿Vos creés que nos alcanza?

Sacó cada uno lo que tenía y vieron que sí les alcanzaba.

—¿Y qué pensás hacer esta noche? —preguntó Trino.

—No sé. Me gustaría encontrarme una cobija con orejas.

—¿De veras? Pues a mí me gustaría jugar antes una mesita de billar.

—¿Y mañana?

—Yo tengo que salir a las cinco en el tren a la Estrella.

Terminaron de comerse el tamal. La llovizna había cesado y hacia el poniente el cielo lucía rosado como un caracol.

—Antes que nos separemos —dijo Trino— explicame qué es esa vaina de las células.

—¿De las qué?

—Esa carajada. Ayer se me acercó Soto y me dijo que por qué no entraba en su célula.

—¡Ah, cédulas!

—¿Cómo decís vos?

—Cédulas, con *de*.

—¿Y qué vaina es esa?

—Hombré, mucho no sé, pero a lo que entiendo es como un panal.

—Ahora sí que me jodiste.

—Pero si está muy claro. ¿Nunca has visto un panal? Por fuera es solo una pelota negra, pero por dentro está todo el hervidero.

—¿Y qué tiene que ver eso?

—¿Pero no sabés que cada huequillo de un panal se llama cédula?

Trino se arregló las faldas. —¿No irías a jugar una mesita?

—No, no me gusta el billar.

Se dieron la mano con fuerza.

—Pues lo voy a pensar —dijo Trino.

—Sí, entrá.

Y, ahora sí, terminada la celebración de la victoria, cada uno partió por su lado.



## CAPITULO XIX

Silvano lleva los ojos entrecerrados. El sol se refracta deslumbrante en las hojas de zinc, en el espejo negro del pavimento, en la lonja de mar que parpadea verdosa por entre los carros del tren. Tanto cabrilleo luminoso es un remolino que marea. Llega un momento en que debe detenerse y apoyarse en un poste. Dos chicos que pasan se lo quedan mirando. Los espanta con un manotazo, pero en cuanto se sienten a salvo vuelven a reírse y a hacerle gestos obscenos con la mano.

La huelga ha terminado y al día siguiente partirán con su tío a la finca.

Mientras se desayunaba, don Héctor entró como una tromba abrazando a todo el mundo:

— ¡Vieran la noticia que les traigo!

Elvira se encargó de echarle el balde de agua fría. La noticia había circulado por Limón la noche anterior.

— ¿Y a vos quién te lo dijo?

— La oí por la radio. Estábamos jugando en casa de Lupita.

Don Héctor no se desconcertó y comenzó a contar hasta los más nimios detalles de las conversaciones en la capital, en las que había participado como representante de los finqueros. Silvano lo oía a medias. Diana acababa de entrar al baño y aparecería en el comedor en cualquier momento. Don Héctor seguía hablando cuando pasó el cartero. Traía una carta que doña Elvira le pasó a Diana por debajo de la puerta. La carta no podía ser sino de Beto. Diana, en esos momentos, se estaría enterando de la conversación telefónica. Se le endureció la boca del estómago, pidió permiso para levantarse y salió por el patio sintiendo detrás la mirada dura y extrañada de su tío.

Podría coger el alma por el pellejo, como a un gatito, y sumergirla diariamente en alcohol. Tal vez así. Tal vez **después** de una gran borrachera desaparecerían los remordimientos ácidos, las heladas angustias, el rencor renegrido. Se da cuenta que está bajando escalones y que el mismo ambiente que rechaza con todas las fibras de su ser lo está enajenando. No se puede autoengañar. Para obtener un pasaporte repartió coimas entre los pequeños burócratas; con Diana se valió de un engaño, y últimamente, cada vez más a menudo, se sorprende recurriendo a las mentiras, a las hipocresías. Había comenzado a transitar por caminos tortuosos y su afán de alcanzar una vida limpia se iba magullando, desmoronando. Estaba, además, el miedo, ese miedo que no lo abandona y, lo que es más extraño de todo, al que se aferra con desesperación como el suicida al vaso de veneno. Era como si un reactivo maldito transmutara en miedo todos sus sentimientos. ¿A qué imaginarse grandes destinos y actitudes resueltas y heroicas si al instante se iban distorsionando y diluyendo y le dejaban como saldo único una oscura borra temblorosa?

Debe partir. Más ahora que no podrá contar con la compañía de Diana. Debe partir. Sin Diana no podrá tolerar más las largas horas vacías, la biblioteca estúpida, los pescadores. Y el ojo, el ojo bulboso, tumesciente.

¡Ah, si hubiera alguna forma fácil de suicidarse! Aunque vivir pensando en eso, ¿no equivalía a llevar un cadáver dentro? ¿Y puede un hombre vivir habitado por un cadáver?

Pequeñas nubes regordetas, color guanábana, viajan apacibles hacia el oriente. Tienen los bordes dorados. Fuera de las nubes nada parece moverse. El viento que las impulsa debe ser un viento alto porque las hojas de las palmeras cuelgan lacias y mustias. El mismo mar parece que dormita. En el patio del ferrocarril ni un solo carro se mueve, y el viejo de la banca ha terminado de cabecear y ahora duerme con la barbilla hundida en el pecho. La vida toda parece haberse detenido unos instantes como si quisiera tomar aliento. De pronto . . . Sí, son llamadas. Ya no lo engañan. Si uno llevara un cadáver dentro . . . No, no son llamadas, parecen exclamaciones de terror o de sorpresa. Llegan de lejos, del lado de la línea. Salió del parque y cruzó la calle. Le costaba comprender qué estaba ocurriendo, y por detrás de un cabús se asomó a mirar. Un punto negro se acercaba a enorme velocidad por la línea. De todas partes salían gentes que corrían. Arreciaban los gritos.

El motocar se acercaba como **una exhalación** y en él, de pie, un negro sacándose la camisa. Al pasar por delante la soltó y el viento la arrastró aleteando. ¡Era Tom! Le pudo ver los ojos. Chispas de frenesí, las que incendian una pradera. Hombres, mujeres y chiquillos corrían detrás. “¡Oh, Tom siempre ligero, la vida siempre ligero!” ¡Qué negro bruto! —Es Tom —gritaban los que corrían. —Se volvió loco—. El comenzó a correr con los demás, deseoso de adelantárseles, de ser el primero en presenciar el desenlace de aquella carrera alucinante.

Al dar vuelta para enfilar hacia el muelle el motocar seladeó y pareció que se iba a volcar, pero luego cayó de nuevo en la trocha y continuó como un relámpago achicándose por instantes.

Como un muñeco de trapo iba ahora Tom por el aire agitando brazos y piernas. El terminal de la línea había actuado de trampolín haciendo saltar al motocar por el aire. El carromato cayó primero y el chorro de espuma que levantó sobrepasó la altura del muelle. Echaron de nuevo todos a correr y cuando llegaron al borde vieron aparecer en la superficie rizada del agua la cabeza motuda. Tom dio una boqueada y se sumergió. Reapareció agitando los brazos, azurumbado, aturdido. Se sumergió otra vez, pasaron otros segundos de tensión y reapareció. Sacudió la cabeza y, ahora sí, primero con cierta torpeza pero luego con la mayor soltura, comenzó a nadar. Tras unas brazadas se detuvo, recogió agua y se la lanzó con fuerza a la cara, sacudió la cabezota, se volvió hacia el muelle y escupió. Con rabia escupió. Después se echó de espaldas y se puso a flotar.

— ¡Qué animal!

—Ese hombre le tomó odio a la Compañía desde que se le murió la mujer —comentó un muellero viejo.

—No, si lo que pasa es que le mete a la marijuana.

—Está chiflado —dijo una chiquilla hurgándose la nariz.

—¿Y el motocar, quién lo irá a pagar ahora?

—Aquí hay ocho metros.

—Ah, entonces sí lo sacan.

Tom había dejado de chapotear y parecía atento a la conversación. De pronto comenzó a reírse con carcajadas sonoras como rebuznos. Su tórax enorme se agitaba y la suya era una risa frenética, casi histérica, la risa de un hombre gozoso dentro de su soledad y su ceguera.

Silvano inició el regreso. "Era bueno el mar, oh yeah". Cuánto le había impresionado a Tom su relato de cuando se estrelló con su bicicleta en un caño y saltó por encima del corredor de una casa! Largo rato se había quedado repitiendo: "¡Jesus Christ, what a jump, what a jump!"

Volvió al parque, se trepó en uno de los laureles añosos y se sentó entre dos ramas. Era su escondite. De allí puede mirar y nadie lo mira. Tantos destinos diferentes. Tantos. Si se trataba de morir era preferible hacerlo a cielo descubierto, lavado por la espuma del mar, que no en el corazón de la selva junto al cadáver putrefacto de una mona. Unos lúcidos, rectos, como las paralelas de los rieles. Otros tortuosos, oscuros, llenos de meandros, como esos riachuelos lodosos que se retuercen sobre sí mismos y se diría que no fluyen, que no van a ninguna parte. El ambicionaba el suyo como una ruta de velero: la estela detrás, el cielo terso, el mar en torno lleno de lentejuelas luminosas. Eso quería. Pero ya sabe que no lo tendrá jamás. Además el problema no era morir. El problema era vivir. Una tarea de todos los días, de cada hora, de cada minuto de cada día. Diana se había bajado ella misma el tirante para que él le besara el pecho y ese había sido sólo un minuto. Y el desfile de los machetes desnudos había sido una hora, tan solo una hora. Seguramente Tom tenía razón. Había acertado el golpe en el plexo. Su venganza había durado escasos minutos, pero en esos minutos se había apoderado a la fuerza de una ubre de donde mamaría leche tibia y dulce el resto de su vida. De eso seguramente se reía. Porque uno podía hartarse de venganza. ¡Jugos de venganza chorreando gloriosos por la garganta descubierta!

Una lagartija descendió por el árbol como un relámpago verde y fue a esconderse entre dos raíces. Le vio el ojo: era diminuto, fosforescente, como una esmeralda.



## CAPITULO XX

Desde el momento en que el tren da su primera sacudida, comienza a vivir una vida semirreal que flota en torno suyo como una pesadilla. Se prolonga desde el momento en que abre los ojos hasta que cae, fatigado hasta los huesos con la jornada diaria, como un tronco en la cama. Sus sueños, además, son agitados, enfermizos. Cualquier ruido lo despierta. Salta de la cama y se asoma: enfrente el zacatal sembrado de árboles frutales, la cerca de clavelones, la llanura abierta salpicada de guanacastes y llamas del bosque. Detrás la selva. La selva respirando con sus profundos bronquios oscuros. No era nadie. Era el viento que pasaba gimiendo ululante.

Don Héctor trabaja con enorme tesón como si quisiera recuperar el tiempo perdido. Absorbido enteramente por el trabajo no nota que su sobrino está enflaqueciendo y que se le han agravado los tics nerviosos. A la hora de las comidas rápidamente se les agotan los temas comunes, caen en largos silencios y apenas se beben el café se levantan. Y cuando parten de madrugada en mula, a recorrer la plantación, Silvano encuentra cualquier pretexto para quedarse rezagado y escucha las órdenes que da su tío con el pensamiento ausente.

Hay un mundo de cosas por hacer que se repiten como un rítmico monótono: zanjones, resiembras, deshijas, chapías, rodajas, finas y hermosas mulas cargadas de fruta, burrocars rechinantes cargados de fruta, peones, secos peones verdosos cargados de fruta, y rodajas, deshijas, chapías, volteas.

En los atardeceres se sienta en el corredor fronterizo de la casona. La cocinera le trae un enorme jarrón con refresco, y él lo bebe lenta-

mente a sorbos. Los peones regresan del trabajo y pasan por la línea. Unos saludan, otros no. Pasa en sentido inverso el chiricano, con su fusil al hombro. Va de cacería. Tiene siete hijos y el salario no le alcanza para alimentarlos. Pasa Enrique, el catracho, quien se vino de Honduras porque se enjaronó con alguien. Pasa Ilustrísima, negra, gorda y muy oronda, y detrás pasa Jesús, habilísimo a la hora de hacer piraguas, labrándolas en un tronco de árbol con su hachuela. Pasa el negro Zeller y saluda tocándose el ala del sombrero desteñado por mil aguaceros, y detrás, moviendo el rabo, Tosca, su compañera inseparable, diestra como ninguno a la hora de descubrir las cuevas de los tepezcuintles. Diez minutos después pasa cojeando Ledesma, con su llaga en la pierna que no le quiere cerrar y que se venda con trapos sucios. Pasa Asunción, quien tiene una guitarra y canta en los atardeceres y, como si lo fuera siguiendo, pasa una bandada de oropéndolas. El chiquillo de Procopio seguro va a hacer un mandado y detrás, tirándole piedrecillas para molestarlo, pasa Julieta, que vive con Jesús desde que se peleó con Ledesma por lo de la llaga, y un rato después pasa el chino, dueño del comisariato, quien se ha puesto tan flaco que la ropa le cuelga como de una percha.

Termina de beberse el refresco y pide otro. Monotonía interminable, ritornelo eterno. Durmientes, toronjas alrededor de la casa, gallinas escarbando en el patio rodeadas de sus pollos, volteas, siembras, chapas, rodajas. Nadie con quien conversar. Ningún libro para leer. El chiricano lo invitó una noche de cacería. Van los dos con encandiladoras y se apostan en el comedero de los tepezcuintles. De pronto dos ojos en el chorro de luz, un disparo y un bulto que se escurre. Silencio. Ambos esperan, minutos larguísimos. Otros dos ojos verdosos, otro disparo y corren a ver. El cachorro volvió al lado de su madre y recibió la perdigonada casi a boca de jarro. Catorce balines que lo dejaron hecho una criba. Se lo tuvieron que dar a los perros.

De Diana prácticamente no se despidió. Ella lo evitó cuidadosamente, se encerró en su cuarto y se dedicó a recortar, en cuanta revista vieja encontró, fotos de artistas de cine para pegarlas luego con engrudo en un viejo libro de contabilidad de don Héctor. Sólo un momento se vieron en la cocina, en donde ella estaba preparando el engrudo.

—Vos lo sabías todo —le había dicho en voz baja, enrojeciendo.  
—Vos lo sabías y no me dijiste nada.

Mulas, nuevas mulas, meladas, cobrizas, con tobillos de bailarina y ancas opulentas teñidas de sangre con las picaduras de los tábanos. Chapias, rodajas, volteas. . . Comenzó a oscurecer. Oscurece tan rápidamente en los trópicos! En el potrero aparecieron las constelaciones fugaces de las candelillas. Una sola vez había decidido preguntar por Paragüitas y el chiricano le había dicho, rascándose la oreja con un fósforo, que el nica había conseguido trabajo por la Estrella.

El martes amaneció lloviendo y no paró en todo el día. Una lluvia copiosa, sin viento, de largos y apretados hilos lacios. Caía y caía, enmudeciendo a las chorchas, entristeciendo a los perros, obligando a las gallinas a refugiarse bajo el piso. Al crepúsculo Ledesma llegó a decirle que en el Higuerón del embarcadero había una iguana, por si la quería tirar. Era impresionante ver el río: su nivel había subido por lo menos dos metros y el agua ya había entrado en el bajo de los bambúes. Mató la iguana y se la trajo a la cocinera. Un tajo a lo largo del vientre, otro alrededor del cuello y otros más en el nacimiento de la cola y, en las muñecas, y la piel, áspera y escamosa, salió a tirones. El miraba con los ojos dilatados, por encima del hombro de la mujer. Ya degollada, el corazón, del tamaño de una yema de huevo, siguió latiendo largo rato.

—Ya se quisiera una la vida que tienen estas confisgadas —dijo la mujer.

—Pues yo de eso no como.

La mujer se rio. A don Héctor le gustaba con arroz y el patrón era el patrón.

Cuando llegó su tío él fue a contarle:

—Tío, el río se está inundando.

—No creás. Es que ha estado lloviendo en las cabeceras. Todos los años es igual.

Mientras comían se escuchó un trueno sordo seguido de retumbos.

—Otra cabezada —opinó la cocinera—; este año el temporal viene bravo.

Siguió lloviendo toda la noche y cuando amaneció el aguacero era aún más torrencial. El cielo estaba cerrado, bajo y plomizo, y al atardecer ya había una pulgada de agua en el potrero alrededor de la casa.

Alambradas, estañones nuevos para el agua llovida; ahondar las zanjas; reparar el puentecillo donde se fue de cabeza la Luzmira, la

mejor mula de todas; chapiar la sección **dos y** rodajear la siete . . . El chiricano mató un venado y les vendió una **pierna**. A Mills hubo que darle quinina porque con la lluvia le volvieron las tercianas. Mulas, firmes mulas de cascos de diamante, firmes para los peligros. Rodajas, volteaas . . .

Hace tres días que no para de llover. Pequeños hilillos lodosos son ahora acequias mugidoras, toros de agua que se precipitan amenazadores por los zanjones del drenaje. El cielo sigue gris y pesado bajo un toldo de nubes.

—Ofrecen en venta unos terrenos— le cuenta su tío al almuerzo. —Pura vega de río y allí no se inunda. Ahora que voy a Limón voy a ver con el Banco.

Silvano vuelve a la realidad como quien sale de un cine. ¿A Limón?

—Sí. Quiero ver si salgo mañana.

—¿Y yo?

—Vos te quedás. Así vas aprendiendo.

—¿Y usted tiene que ir por fuerza?

—Claro que tengo que ir. Tengo que ir a buscar la plata del **pago**. —Tomó la lámpara y se dirigió a su dormitorio. Le gusta, antes de **dormirse**, hojear un poco una revista de agricultura a la que está suscrito.

Al día siguiente, de madrugada, la cocinera fue al cuarto de don Héctor a prevenirlo: —Perdone que me meta, pero usted tal vez no se ha dado cuenta. Viera las miradas que su sobrino le echa cuando usted le da la espalda.

Don Héctor recibió la advertencia con una carcajada y la conversación no pasó a más.

Partió don Héctor y todo ese día siguió lloviendo. Parecía que el cielo se hubiera echado a perder y que fuera a continuar lloviendo así, eternamente. Ese día Silvano no salió de la casa y se dedicó a **desarmar** y aceitar el rifle 22, la pistola y la guápil. El revólver se lo había llevado su tío y el de repetición no aparecía por ninguna parte y él no había querido preguntar. Después de almuerzo el Gallego llegó a contarle que en Palmar una coral había picado a un negro que se murió cuando lo trajeron al rancho. También que el pobre **estaba** solo en un charral y cuando lo encontraron ya tenía la quijada agarrotada.

—Dos meses han estado jodiendo por el suero y allí tienen —dijo la cocinera.

—No seás babosa —dijo el peón— lo que pasa es que el suero no sirve para las corales.

— ¡Idíay, entonces es lo mismo!

—¿Pero no entendés, cara de bacinica, que no todas son corales?

Silvano le pidió al Gallego que fuera a revisar el motor de la secadora, para alejarlo de allí. Fue aquella la única visita del día. La única conversación en veinticuatro horas.

La noche siguiente hubo otra enorme cabezada y muy de madrugada llegaron Jesús y Zeller a avisarle que el río había crecido mucho más y que el puente peligraba. Salieron los tres a mirar. La correntada arrastraba troncos, ramas y vástagos. Un hermoso macho de pelo rojizo venía chapoteando valientemente con el pescuezo tirante, los ojos que se le salían de asustados y el belfo bañado en babasca. Cuando llegó al puente se golpeó contra los tablones y se sumergió en un hervidero. Por un momento lo consideraron perdido hasta que lo vieron aparecer río abajo agitando decidido los remos.

El chubasco caía tan copioso que no se distinguía la otra ribera. Se escuchaba el fragor pedregoso de truenos distantes.

Al mediodía Silvano regresó a la casona a almorzar, pero hasta allí llegaron otra vez a buscarlo. El puente peligraba. De camino un peón le contó que el agua había rodeado el comisariato del chino y que éste esperó hasta el último momento y se escapó saltando por la ventana cuando la casucha ya se ladeaba. El río se la llevó en un revoltijo de maderas y mercaderías.

Silvano comenzó a cruzar el puente. Sobrecogía el sordo bramido del agua que se precipitaba achocolatada y revuelta. El puente se estremecía todo y rechinaban los hierros. Antes de devolverse se agachó y estiró la mano: el agua le llegaba ya al antebrazo.

Al poco rato un arbolón llegó arrastrado por la corriente y su ramaje se atascó en los tablones. Todos se armaron de palos y pértigas y comenzaron a empujarlo. Fue inútil. Más troncos y ramas se fueron acumulando y se formó una represa. Con los golpes de ariete del agua contra la represa, el puente comenzó a oscilar.

La actividad arriba del puente se convirtió en un hormigueo febril. Había que deshacer aquella represa que se volvía más amenazadora por momentos. Veinte hombres entablaron una batalla a brazo partido contra las fuerzas ciegas de la naturaleza, y estuvieron luchando así más

de una hora hasta que al fin se declararon vencidos. El nivel del agua crecía. La represa se volvía más y más grande y la espuma saltaba ya sobre los rieles. Las oscilaciones del puente eran cada vez mayores y los largos cables se sacudían y se quejaban. Todos comprendían que en cualquier momento podían reventarse precipitándolos en el abismo y cuando el negro Zeller salió corriendo hacia la orilla se produjo la desbandada general.

Ahora están de pie, apiñados, mudos, solemnes y tensos bajo el aguacero. Como hipnotizados contemplan el puente que se mece con más y más fuerza. Debían alejarse de allí, porque el latigazo de los cabos sueltos, cuando se revienten los cables, representa un peligro mortal. Pero en eso ninguno piensa, enardecidos, abanderizados en aquella lucha entre el agua y el acero.

De repente se produjo lo inesperado. El peñón de enfrente cedió, desmoronándose como un gigantesco terrón de azúcar en el agua, y el río se ladeó pujante y se precipitó por el boquete que venía de improvviso a ensanchar la estrechez del cauce. El puente se había salvado. Estallaron gritos de júbilo salvaje. Gritaban por gritar, desgañitándose. El nivel del agua bajaba a ojos vistas y dentro de poco se desharía la represa.

Cuando el primer tronco pasó cabeceando todos volvieron a gritar y reiniciaron frenéticos la tarea de empujar los troncos. Finalmente el agua pasó bramando libremente bajo la estructura metálica. En donde el peñón se había desmoronado la línea del tren colgaba ahora lánguida, suelta, como una hamaca entre el puente y la orilla.

—Aquí lo que hace falta es un trago —dijo Ledesma arreglándose los trapos de la úlcera.

Varios se volvieron a mirar a Silvano. Este había bregado con todos, enajenado por el propósito único de deshacer la represa, pero, ahora que el agua corría libremente, con los pelos chorreando agua y el rostro desencajado por el esfuerzo y la tensión, parecía encontrarse muy lejos de allí.

—No te entendieron la indirecta, Ledesma —dijo Jesús.

—No se preocupen, hoy es día de pago —comentó otro peón.

Cierto. Era día de pago. De pronto cayeron en cuenta: don Héctor debía haber partido ya de Limón con el dinero. ¿Y qué ocurriría cuando llegara al puente, a toda velocidad, como a él le gustaba, en su motocar?



—Alguien debía ir al otro lado a atajarlo —dijo el Gallego.

El negro Zeller intentó la empresa. Llegó hasta el punto en que la línea férrea colgaba como una hamaca, y comenzó a cruzarla haciendo equilibrio. Con el vendaval la línea se mecía peligrosamente y tuvo que renunciar a su empeño y devolverse.

—Habría que avisarle, a Siquirres —dijo Mills.

Silvano los escuchaba. Comprendía que debía tomar la iniciativa, pero había algo dentro de su cerebro que no le dejaba entender a fondo la situación. Los sesos como trapos mojados.

—¿No le podríamos hacer señas? —dijo otro peón.

—Aunque las viera no alcanzaría a frenar.

Hizo un esfuerzo y repitió mentalmente: "habría que avisarle", pero la frase se quedó aleteando dentro de su cabeza sin alcanzar a adherirse a ningún otro concepto concreto. Le parecía que todo lo que sucedía a su alrededor estaba ocurriendo en otro mundo, en un mundo sepultado bajo capas enormes de barro, a muchísimo tiempo y muchísima distancia. Los peones lo miraban. —¿Qué hora es? —preguntó.

—Ya debe ir llegando a Siquirres —dijo el chiricano.

—Allí hay teléfono, se le podría avisar.

—Sí, —repitió él— allí hay teléfono—. Un eco diminuto lo remedió burlón: éfono, éfono. Se interesan por la plata del pago, eso era todo. —Bueno, voy a telefonar —dijo.

Se desprendió del grupo y echó a andar hacia la casona. El suelo estaba fangoso y se le hundían las botas hasta los tobillos. Al sacarlas producían un chupeteo ruidoso y una espuma morena en círculos concéntricos. Era como el ruido que hace una botella cuando se le mete el dedo y se saca jalándolo. Pensó en eso y enseguida pensó en algo que lo venía rondando persistente, desde la tarde en que vio saltar por los aires a Tom. Era una idea que volvía subrepticia buscando solícita el momento de ofrecerse. Como esos puntos negros que le manchaban la vista y que, cuando quería enfocarlos, se le escapaban por el lagrimal.



Armado con una rama que le sirve de bastón, Paragüitas avanza por un bajo de la línea con el agua a media canilla. Avanza cauteloso

tocando los durmientes con el palo porque la inundación puede haber arrastrado algún puentecillo y un paso en falso lo haría irse de bruces en la correntada. Por donde se extiende la vista sólo se ven vastas láminas de agua lodosa.

Calado hasta los huesos el liniero siente frío. Hambre, además. Ha estado buscando trabajo en muchas fincas, en casi todos los ramales, y en todas partes ha encontrado la misma respuesta: "No nos hace falta gente por ahora, estamos completos".

Un ronquido detrás, oculto por los cortinones del aguacero. Se paró resuelto en mitad de la línea. Tenía que hacerlo, aun a riesgo de que lo arrollaran. El motocar se detuvo a escasos palmos de sus rodillas y Héctor Rojas desenfundó el revólver.

— ¡Imbécil, por poco me descarrila! ¡Quíteseme de enmedio! La escena se repetía.

— Un momento don Héctor, déjeme que le diga. Después si quiere sigue y me deja aquí botado.

Los dos hombres se miraban. Con el dinero del pago en el bolsillo, don Héctor no quería correr riesgos inútiles.

— Tome en cuenta que estoy entumido, ya no doy más. ¿No me daría un empujoncito, hasta Siquirres?

El finquero no quiso pensarlo más y le ordenó que subiera.

Paragüitas iba a hacerlo atrás, pero a Rojas no le hizo gracia llevarlo a sus espaldas y le señaló el asiento al lado suyo. Luego guardó el revólver y puso de nuevo en marcha el motor. El motocar avanzó levantando dos grandes bigotes de espuma.

★

★ ★

¿A qué iba? ¿Por qué no se había quedado con los demás en el puente? Algo tenía que hacer, ¿pero qué, qué? Eran las cuatro menos diez. ¿Por qué le mortificaba tanto el paso del tiempo? ¿Cuándo le había importado que el tiempo corriera? Subió los escalones fronterizos y entró en la casona. Como tenía sed fue hacia el filtro y al agarrar el vaso éste se le resbaló y cayó quebrándose. Fue como un agudo estilete de lucidez entre la niebla. Se precipitó al teléfono. La llamada eran tres timbrazos largos y uno corto, de eso estaba seguro. ¿Aló, Siquirres?

No, no corte, estoy llamando a Siquirres—. ¿Serían tres largos y uno corto? Gritó el nombre de la cocinera, pero la mujer seguro no estaba porque no le contestó. Llamó otra vez. Por el tubo sonaron voces lejanas, confusas. “Hoy fue horrible —decía una voz de mujer— el río Guápiles está crecidísimo y la línea con Siquirres interrumpida”. Tal vez eso. Llamaría otra vez. Dio vuelta a la manivela. Tres largos y uno corto. —Sí, no cueigue, déjeme decirle primero, es un llamado urgente. —La voz de mujer seguía: “El Colorado también se desbordó. Todo lo que se sabe es que ha habido inundaciones por todas partes. Estrada y Davao están inundadas”. Otra voz preguntó enseguida por Angelita y la mujer expresó sus dudas de que la pudieran ver muy pronto. Colgó de nuevo. El sudor le corría sobre los párpados como gotas de cera tibia. Sonó el despertador: eran las cuatro y veinte. A esa hora lo había puesto don Héctor para madrugar el día que partió a Limón. El le había preguntado que por qué lo ponía tan temprano y su tío le había dicho que no le gustaba andar con el tiempo justo. Las cuatro y veinte.



—¡Qué tiempo horrible! —dijo Paragüitas. Le echa a perder la paciencia a cualquiera.

—Sí, húmedo está —dijo don Héctor.

Iban sentados hombro con hombro.

—¿Y usted no tiene trabajo en su finca? Fíjese que ando buscando trabajo y en todas partes me dicen que no. La gente es miedosa y ya se les ha metido que a mí me sale azufre por las orejas.

Don Héctor vaciló. En esa zona profunda del alma, allí donde él se sentía hijo de Archibaldo Rojas, reconocía que Paragüitas era un tipo hecho y derecho. —¿Y qué sabe hacer? —preguntó.

—¡ldiay!, lo que venga. Prefiero de vaquero, pero también soy bueno con el machete.

—Eso ya lo sé —dijo don Héctor y, después de una pausa: —Yo nunca le he negado trabajo a nadie.

Llegaron a Siquirres y en el patio de la estación don Héctor detuvo el vehículo. Había que cambiarlo de vía. Ambos se bajaron, alzaron el pesado carromato en vilo y lo acomodaron en la otra trocha.



Dos largos y uno corto. —Aló, sí, Siquirres. ¿Con quién hablo ahí? Pero con quién, ¿no me puede decir su nombre? Bueno, no importa. Es un llamado urgente. Mi tío, don Héctor Rojas, ¿usted lo conoce? Pero óigame, mi tío viene en motocar de Limón y el río se llevó el puente. Es decir, no se lo llevó, pero un pedazo quedó colgando, muy peligroso. Pero espérese, no sea animal! Bueno, perdone, es que estoy nervioso y es un asunto urgente. Mi tío viene en motocar de Limón y el río lavó uno de los rellenos y la línea está colgando como una hamaca sobre el vacío. ¿Entiende? ¿Cómo dice? ¡Entonces deténgalo, haga algo, apúrese!

Oyó el clic. Se le aflojaron los dedos, dejó caer el tubo y apoyó la frente en los vidrios de la ventana. Por los vidrios corrían los hilos de la lluvia. Con un movimiento mecánico comenzó a rayar con la uña en la masilla. Se hundía blanda, abriendo unos surcos diminutos. Miró otra vez el reloj: las cuatro y media.



Alguien les hacía señas agitando el sombrero. Parecía desesperado y gritaba, pero no se alcanzaba a escuchar qué decía. El nica le tocó el brazo a don Héctor, pero éste se encogió de hombros y apretó aún más el acelerador. Entonces, Paragüitas se quitó el pañuelo que tenía arrollado al cuello, le estrujó el agua y se lo volvió a poner. Le habían comenzado fuertes tiritones. De tanto andar bajo el agua, pensó. Pensó también que ahora que ya tenía trabajo podría refugiarse bajo un techo, comer algo caliente.



Silvano fue al dormitorio de su tío y al pasar frente al espejo chico se miró. Estaba ojoso, feo. Buscó un peine y se lo pasó por el pelo. Después colgó su sombrero empapado del gancho y con el casco de su

tío, que lo protegía mejor, volvió a salir. Seguía lloviendo con magnífica fuerza. El aguacero, al castigarle el rostro, le hacía bien.



La línea descendió buscando el cauce del río y el terreno se volvió a enfangar. El agua al paso del motocar se abría como un abanico achocolatado. Don Héctor iba pensando en ese terreno que le ofrecían. Cuarenta y cinco hectáreas con doce metros de cota. Puro limo, además. En el Banco le habían dicho que tal vez, que presentara la solicitud y que era muy probable que le concedieran el préstamo.

Paragüitas, recostado en el asiento, con los miembros flojos y los ojos entrecerrados, pensaba en su Nicaragua natal. El día que volviera, si algún día podía volver, buscaría a su madre. La vieja vivía. La noticia no era muy fresca, tenía más de seis meses y había venido de boca en boca, pero algo era algo. Tal vez ahora podría economizar unos pesos para mandarle.

En la otra ribera los peones petrificados acechan la boca del puente. El ruido del motor llegó por fin, ronroneando, ensordecido por el fragor del agua y el viento. Todos comenzaron a gritar y hacer señas agitando como locos los brazos. Don Héctor, en el último instante, se había dado cuenta del peligro y hacía esfuerzos sobrehumanos por detener el vehículo. Paragüitas, en cambio, venía desatento, echado para atrás, con los ojos entrecerrados.





## CAPITULO XXI

Silvano llegó a Limón en las primeras horas de la madrugada; frente a la Aduana saltó del carro-plataforma en donde hizo el viaje al descubierto, bajo el aguacero, desde Siquirres, y salió al muelle. En su corazón desmigajado latía, como en el diminuto corazón de la iguana, una esperanza nimia, frágil. "El Alondra" era en esos momentos la única ligadura que lo ataba a la vida.

Cuando leyó el nombre del barco, escrito con letras blancas en el casco oscuro, creyó que deliraba. Varias veces lo deletreó cuidadosamente, dolorosamente. El viejo navío, panzón y desvencijado, se balanceaba perezosamente atracado al muelle. Por su chimenea color yema de huevo se escapaba una débil columna de humo. "El Alondra" estaba allí, al alcance de su mano. Lo llevaría a mundos lejanos en donde se confundiría, anónimo, perfil borroso entre muchedumbres innumerables, angustia sin número entre millares de angustias hermanas.

Desde ese momento comenzó a actuar con sorprendente lucidez y precisión. Se encaminó hacia la casa y entró, saltándose la tapia, al patio, y a la casa por la ventana de la cocina. Se movió con tanto sigilo que nadie lo escuchó. Y una vez en su cuarto se sentó en la cama para planear cada movimiento y estar seguro de que no iba a olvidarse de nada.

Cuando los peones trajeron a la casona de la finca el cuerpo de don Héctor (el de Paragüitas nunca apareció) a quien pescaron con ayuda de unos garfios en el playón que se había formado con la inundación unos quinientos metros río abajo, él había tenido que hacer un esfuerzo sobrehumano para recibirlos. Más tarde, cuando llegó el chiricano a

contar que el telegrafista de Siquirres había alcanzado a hacerle señas al motocar pero que don Héctor no lo había oído, le volvió en parte la tranquilidad. La culpa había sido del destino, no suya. Nadie podría acusarlo. De lo demás se encargaría el paso del tiempo.

Los peones se fueron yendo en grupos de dos o tres. Oscurecía. Cuando se fue el último, él se dio cuenta de que la cocinera gemía hecha un ovillo en un rincón y le ordenó que se marchara a su cuarto. Quedó a solas con su tío. Un cuyeo comenzó a silbar en forma aguda, impertinente. Los peones habían dejado el cadáver acostado en la mesa del comedor, con una almohada bajo la nuca, y la mandíbula atada con un pañuelo.

Lívido bajo la luz lívida de la lámpara de kerosén, entre la pelambrera del pecho descubierto brillaba tímida una medallita de San Cristóbal, el que cruza los ríos. El cuyeo aleteó contra la zaranda de la ventana, como queriendo entrar.

Estuvo contemplando el cuerpo un largo rato, tratando de hacerse a la idea porque algo en su interior la rechazaba. ¿Era víctima de otra pesadilla? Los peones le habían contado de Paragüitas y en cierto momento hubo un extraño escamoteo de imágenes y creyó ver el cuerpo huesudo y seco tendido en la mesa. Bajó la mecha y la oscuridad se apretó en torno.

Sin saber en qué momento, comenzó a registrarle los bolsillos. En el de atrás encontró, prendido con una gacilla, un sobre con la plata del pago. Volvió a subir la mecha, la lámpara volvió a quedar incandescente y la claridad barrió las sombras de los rincones. Don Héctor conservaba la misma expresión.

En el escritorio encontró sobres. En uno colocó el dinero de Azucena y lo rotuló: "Para Tom Winkelman". El resto del dinero lo dividió en dos mitades y lo colocó en otros dos. En uno escribió: "Anticipo de los salarios de la semana del 7 al 14". El otro se lo guardó en el bolsillo. Después colocó los sobres apoyados contra una rodilla de su tío.

Se puso la capa y el casco, se metió el revólver bajo el cinturón y se ató el machete a la cintura. De cómo cruzó el puente aferrándose a gatas a los durmientes en donde la línea colgaba como una hamaca; de cómo hizo a pie las cuatro millas hasta Siquirres en una noche negra como el alquitrán, y de cómo subió al tren de carga que pasó por Siquirres en la madrugada, conservaba muy escasos recuerdos. En realidad, casi no recordaba nada.

Ahora, en su cuarto, una vez que puso en orden sus ideas, comenzó a recoger su ropa y a ordenarla en un maletín. Después fue al baño. Allí, del hueco del medidor, en donde lo tenía escondido, sacó su pasaporte. ¡Un ruido en el cuarto vecino! Se inmovilizó y se mantuvo en silencio escuchando hasta que la respiración de su tía volvió a recobrar su ritmo acompasado. Recogió el peine, la maquinilla de afeitar y el tubo de la pasta de dientes, enrollado y casi vacío y, de nuevo en su cuarto, sacó del armario, en donde la tenía clavada con una tachuela en la parte de abajo de la tabla inferior, una foto de Diana. Con el traje de organdí del día que habían ido en bicicleta a Piuta, y en la mano un "Bastón de emperador", apoyaba la mejilla contra la carnosa flor de exuberante belleza. La boca sonriente y el ceño fruncido, quizás por el sol que le daba de frente. La miró un rato, la rompió en pedacitos pequeños, volvió en puntillas al baño y arrojó los pedazos en la taza. Sólo entonces se dio cuenta de que no podría echar a correr el agua, los recogió, se lavó las manos y volvió a su cuarto sin saber qué hacer con los restos húmedos de la cartulina. En ese momento el reloj del mercado dio las cinco. Debía apurarse. Metió todo en el maletín y salió. Al pasar recogió del aparador una naranja. Comenzaba a sentir hambre y, pelando la fruta con las uñas, echó a andar por las calles desiertas. Había dejado por fin de llover.

Al dar vuelta a la esquina vio al carretonero de la basura arreglando los arneses. El hombre le dijo algo acerca del temporal y él no le contestó. Venía una negra con una gran batea con fruta de pan equilibrada sobre la cabeza y le ofreció, pero él no le quiso comprar.

Al pasar frente a la casa del médico vio una silueta a través de los visillos: el doctor estaba ya en el baño haciendo sus gárgaras con listerina. Pensó en Azucena. La negra, en ese momento, miraba desvelada, a través de la zaranda de la ventana, el cielo que hacia el oriente se iba tiñendo de color salmón. Poco a poco las calles se llenaban de figuras que se recortaban nítidas contra un aire limpio, increíblemente limpio, como sólo puede estarlo en los trópicos después que ha amainado la tormenta.

Diana, en el cuarto vecino al de su madre, se dio vuelta en la cama. Ya había claridad suficiente y, quien mirara bien, podría apreciar la marca que había dejado la oreja en su rosado brazo desnudo. Y a veintidós kilómetros de allí el río Reventazón retenía en una poza profunda, entre dos pedrones, un cuerpo lacio y moreno y lo lavaba dulcemente.

Cuando llegó al muelle el viejo de la garita lo reconoció y lo dejó pasar guiñándole un ojo. En pocas horas más debía partir "El Alondra".

—Sí, parece que va a Veracruz —le contestó. La acumulación de barcos dejada por la huelga se iba despejando paulatina.

Frente al barco, en el muelle, un contramaestre ordenaba la estiba. La conversación fue breve y muy somero el examen de sus papeles. El marino le habló de un salario, pero él no retuvo la cifra. Comenzó a subir la pasarela cuando la sirena pitó, larga y lúgubremente y tuvo que sujetarse de la barandilla para no caerse.

La sirena pitó otra vez, triste y fina, desgana y melancólica. Casi todos los limonenses la escucharon y Diana, al oírla, se incorporó sobre un codo y miró por la ventana reteniendo la respiración, como si sintiera un dolor, un leve dolor, un pequeño dolor.

## OBRAS DEL AUTOR

### Primeras ediciones

- POESIA*. (San José, Costa Rica, 1937).  
*JICARAL*. (San José, Costa Rica, 1938).  
*COCORI*. (Santiago, Chile, 1947).  
*MANGLAR*. (Santiago, Chile, 1947).  
*PUERTO, LIMON*. (Santiago, Chile, 1950).  
*DEL MAPOCHO AL VISTULA*. (Santiago, Chile, 1952).  
*LA URSS TAL CUAL*. (Santiago, Chile, 1967).  
*LA HOJA DE AIRE*. (Santiago, Chile, 1968).  
*MURAMONOS, FEDERICO*. (San José, Costa Rica, 1973).  
*TE CONOZCO, MASCARITA*. (Santiago, Chile, 1973).

### TRADUCCIONES:

- Cocorí*, al francés, alemán, holandés, ucraniano, checo y eslovaco.  
*Puerto Limón*, al ruso y al lituano.  
*Murámonos, Federico*, al ruso y al estonio.  
*La hoja de Aire*, al ucraniano.





## INDICE

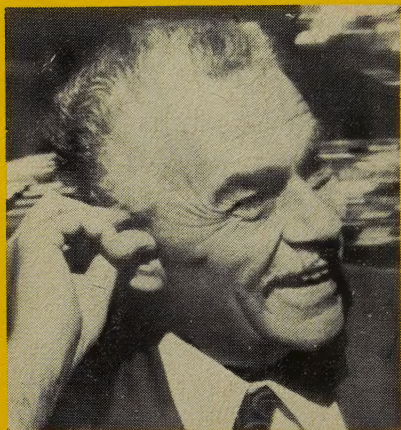
	Pág.
Mirando y Mirando . . . . .	9
Capítulo I . . . . .	15
Capítulo II . . . . .	27
Capítulo III . . . . .	35
Capítulo IV . . . . .	41
Capítulo V . . . . .	53
Capítulo VI . . . . .	61
Capítulo VII . . . . .	73
Capítulo VIII . . . . .	79
Capítulo IX . . . . .	85
Capítulo X . . . . .	95
Capítulo XI . . . . .	103
Capítulo XII . . . . .	111
Capítulo XIII . . . . .	119
Capítulo XIV . . . . .	127
Capítulo XV . . . . .	131
Capítulo XVI . . . . .	137
Capítulo XVII . . . . .	141
Capítulo XVIII . . . . .	153
Capítulo XIX . . . . .	161
Capítulo XX . . . . .	165
Capítulo XXI . . . . .	177
Obras del autor . . . . .	181

Este libro se terminó de imprimir en los talleres de la Litho. Imprenta Argentina, en el mes de enero de 1985. Consta de 3.000 ejemplares en papel periódico con forro en cartulina lino. Su edición fue acordada en sesión No. 737 de la Junta Directiva de la Editorial Costa Rica. Diseñó la portada Osvaldo Salas.

Prohibida la reproducción parcial o total del libro.







**JOAQUIN GUTIERREZ** nació en Puerto Limón, Costa Rica, en 1918. Escritor, editor y periodista, su vida ha sido riquísima en experiencias, vividas en su país natal o en sus andanzas por Chile, Estados Unidos, China, Unión Soviética y distintos países de Europa Occidental, en donde ha

residido por tres largas décadas. Actualmente, de regreso a su patria, trabaja como Profesor de Literatura en la Universidad de Costa Rica.

Autor de una docena de libros, los que han consolidado su prestigio de escritor han sido de preferencia sus novelas, las cuales han alcanzado ya, junto con sus traducciones a distintos idiomas, un tiraje total de un millón de ejemplares, cifra elocuente que habla por sí sola.

Todas esas novelas: "Manglar", "Puerto Limón", que aquí presentamos en su sexta edición costarricense, "Cocorí", su deliciosa novela para niños, "La Hoja de Aire" y "Murámonos, Federico", han sido editadas y reeditadas por nuestra Editorial.

Fue laureado con el Premio Nacional de Cultura **MAGON**, correspondiente a 1975.



EDITORIA  
COSTA RI  
UNA INST  
AL SERV  
DE LA C

SO-AJH-165